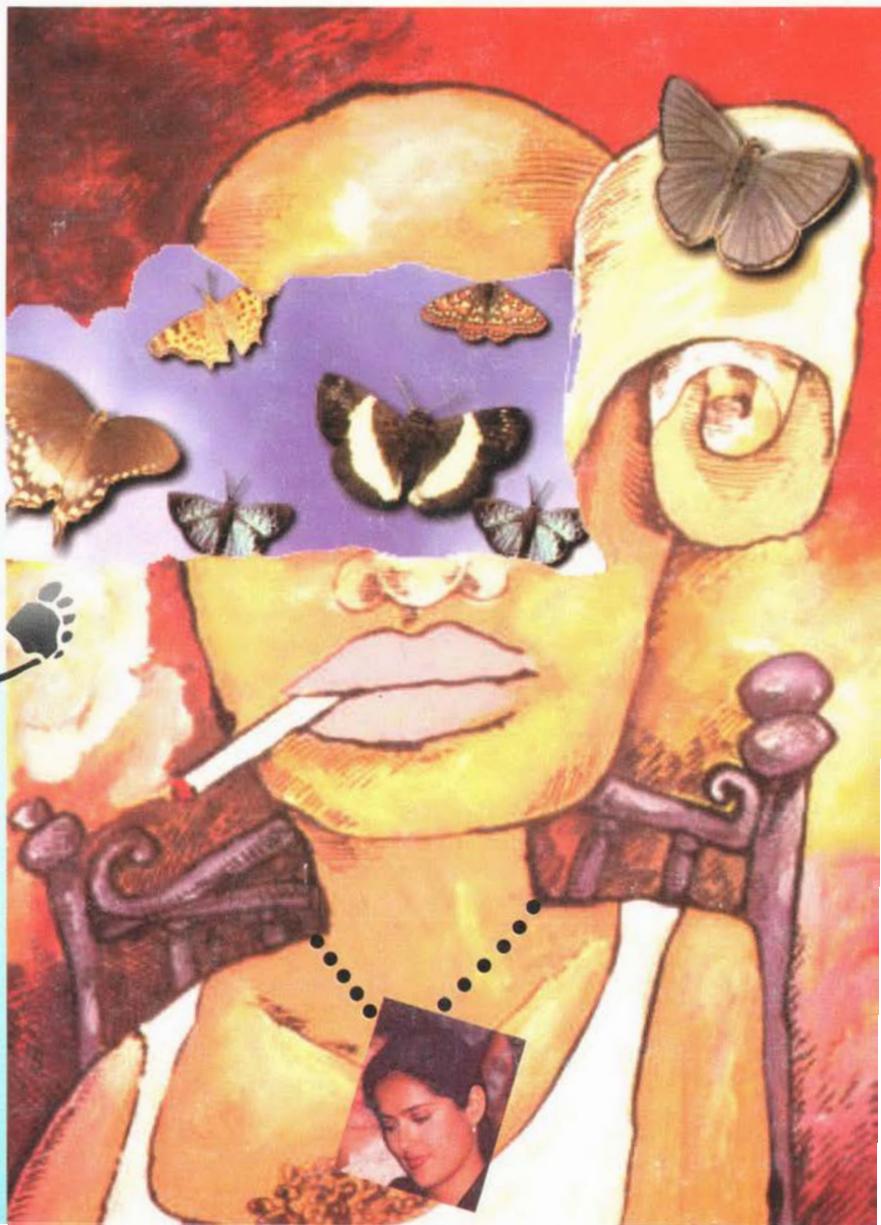


10027

villahermosa

peligro para caminantes



teodosio
garcía
ruíz

Villahermosa, peligro para caminantes

Teodosio García Ruiz

Primera edición, Noviembre 2000

D.R. Teodosio García Ruiz

Este libro se terminó de escribir con el respaldo del PACMYC (Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias), en 1996. En 1999, recibe el apoyo parcial del mismo programa para su publicación. Este libro se enmarca dentro de la categoría «Memoria Histórica y Vida Cotidiana», por lo que las ideas vertidas, juicios y observaciones, son responsabilidad exclusiva del autor y no comprometen bajo ninguna circunstancia al PACMYC.

Portada: Rogelio Urrusti

Diseño: Ricardo Torres Baños

ISBN: 970-18-4171-9

Impreso y hecho en México

Clasif. _____

Edic. _____

Fecha _____

Proced _____



**BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION**

Dirección General de Culturas Populares

E C I D Z I	Nota	9
	Presentación	11
	1. Villahermosa, otra historia de piratas	17
	2. Donde se cuenta de las lluvias y de las inundaciones	25
	3. Recuerdos de Villahermosa	33
	4. Mercado de Villahermosa. Ida y vuelta	42
	5. Villahermosa, peligro para caminantes, 1	52
	6. Personae: Pepe del Rivero	62
	7. Villahermosina, 1	65
	8. Piedra de la ciudad, 1	66
	9. Personae: Gerardo Rivera	70
	10. Memoria de enero: una experiencia zapatista	72
	11. Personae: Mamá Gaba	77
	12. Villahermosina, 2	79
	13. Villahermosa, peligro para caminantes, 2	80
	14. Villahermosa, 2000	84
	15. Piedra de la ciudad, 2	90
	16. Villahermosina, 3	93
	17. Personae: Chico Ché	94
	18. Las cervecerías de Villahermosa	96
	19. Personae: Edith Matus de Sumohano	104
	20. Personae: Musulunga	107
	21. Personae: Jorge Priego Martínez	109
22. Apuntes para una constelación	111	
23. Galería de villahermosinos ilustres...	129	



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

24. Petroleros	132
25. Desayúnese leyendo Teodosio Hoy	137
26. Villahermosa, peligro para caminantes. 3	139
27. Manuscrito hallado en...	142
28. Personae: Geney Torruco	144
29. Personae: Pedro Romero	146
30. Nueva enjundia de savia jubilosa	148
31. Villahermosina, 4	150
32. Alfredo y sus teclados: Opus Dei	152
33. Personae: Ricardo Torres Baños	159
34. Historia de mi fraccionamiento	162
35. Personae: Rodolfo Montiel	178
36. Villahermosina, 5	180
37. Telesecundaria: ida y vuelta	182
38. Personae: Fernando Nieto Cadena	214
39. Villahermosina, 13	221
40. La Turca. Calle Morelos.	224
41. Personae: Manuel Pérez Merino	228
42. Cuatro acerca de mi vocación uno	231
43. Personae: Jesús A. Sibilla Zurita	247
44. Identidad cultural	250
45. Final	254

Í
Z
D
I
C
E

Villahermosa, c. de México, a orillas del río Grijalva, cap. del Estado de Tabasco; centro agrícola y comercial. Universidad, Obispado. Fue fundada en 1596.

Larousse

Reconocí en un breve instante el olor y el color de la noche de verano... todos los ruidos familiares de una ciudad que amaba y de cierta hora en la que ocurriame sentirme feliz. El grito de los vendedores de diarios en el aire calmo de la tarde, los últimos pájaros en la plaza, el pregón de los vendedores de emparedados, la queja de los tranvías en los recodos elevados de la ciudad y el rumor del cielo antes de que la noche caiga sobre el puerto.

Albert Camus
El extranjero

De pronto en Roma no hay nadie:
no hay ni perro que me muerda,
no hay ni gato que me arañe,
no hay ni puerta que se abra,
no hay ni balcón que me llame,
no hay ni puente que me divise,
no hay ni río que me arrastre,
no hay ni foso que me hunda,
no hay ni torre que me mate.

De pronto, Roma está sola,
Roma está sola, sin nadie.

Rafael Alberti
Roma, peligro para caminantes



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION
Dirección General de Culturas Populares

A veces no es necesario que se explique la razón por la que se escribe un libro; pero sí es necesario explicar que el libro tiene el derecho a decir sus verdades, pese a todo. Por esta razón es justo decir que este libro se ha escrito para conocer a la ciudad de Villahermosa, para testimoniar algunos de sus cambios, para hacer ver a quienes sólo la viven, que es hermosa, que es fea, que sus calles nos conducen hasta el misterio, que no siempre degustamos de su historia, y que la mejor forma de conocerla es viviéndola. El autor de este libro es sólo un personaje anónimo que se pierde entre las faldas y los vericuetos de la noche, almuerza al aire libre y cuando se emborracha le da por cantar canciones de amor y también por entrarle a la épica bucólica de las canciones que antes no eran ecológicas pero ahora sí.

Z

O

El autor ha vivido los cambios urbanos de esta ciudad. Se ha enojado, ha pateado las aceras, los postes de metal, los botes de basura; ha tirado limones a los comensales en comelitonas rurales, ha gritado, ha escrito, ha mendigado a las palabras para expresar bien sus quejas y nadie le hace caso; si alguno de los villahermosinos le tomó en cuenta, fue para hablar de los tiempos idos, de las costumbres y de los rezos; para hablar de lo que era antes, y no de lo que ahora es la ciudad. Ha crecido este autor con la ciudad y no le ha ido del todo mal; por lo menos ha vivido, y se quiere dejar constancia aquí, de lo que es la ciudad y de lo que no es.

T

Lo que no ha cambiado es la mentalidad de la gente, un hormiguero eufórico que se desvive por vivir, porque Villahermosa tiene ese afán, querer ser.

Este libro es una invitación para hablar de la ciudad de Villahermosa; no nuestra ciudad, nuestra casa.

A

*años viejísimos aquellos
donde mujeres y niñas pasaban por los ojos
alegrando caderas de pájaros y mañanas
terquísimas caracolas de entusiasmo
palabras derechas sin sentido
ojillos de niño en medio del circo agujereado
artes de la naturaleza el espectro de mi
el esqueleto de mis manos
donde recorro febril anchas ficciones de placer
donde junglas infinitas me atrapan en caricias
y me duermo me suspiro y me despierto a un grito de amor*

Teodosio García Ruz. *Yo soy el caritarite*
(1990)

Con respeto se acerca uno a un poeta. No sé si es un ser con algo de sagrado según se le consideraba en la antigüedad griega -por su boca hablaban los dioses- o como un buen panadero, cual se le ha llamado actualmente, o como algo intermedio o como ninguno de los dos. Para mí un poeta nace, independientemente de que pueda hacerse o no. Y es una persona muy especial, que ve lo que otros no ven, siente lo que otros no sienten, oye lo que otros no oyen y sobre todo, dentro de él, algo nada de pronto como un delfín en el océano de las palabras.

Teodosio «pare» un nuevo libro, pero ahora de crónica. Crónica de sus días, sus momentos, sus lugares, su ciudad: «de ese modo fue como supe lo que era la ciudad de Villahermosa; un pueblo exótico, lleno de árboles donde la frescura de la sombra llenaba los corazones y los estómagos de bienestar, de pulcro espíritu divino». Aunque no nació en ella, Teo adopta Villahermosa y trata de comprender sus raíces; siente la ciudad como su razón de ser. Con humor e ironía, desfilan por el libro piratas, personajes de hoy, calles, rutas, casas, malecones que «le pintan los labios a la ciudad», mercados, costumbres, parques, gente.

Entre sus «Personas», Pepe del Rivero: «es un hombre duro; fuerte, de esos que no bailan porque le aplastan los pies a las mujeres. No es cierto. Lo único que es cierto es que es un hombre duro. Mirada fiera, aunque eso lo fue en su juventud, impulsivo o noble, esto ni él mismo lo sabe; pero sí buena persona (...) Nunca lo conocí, pero eso no importa»

Las estampas forman otra de sus secciones. Y después de una estampa («Villahermosina, I») toma vuelo un poema («Piedras de la ciudad, I»):

«Abro los ojos y éstos se deslizan por la pared. Buscan como las plantas el suspiro del sol, la brisa impura. Yo busco la calle, el breve polvo del amanecer, las calzaletas de una muchacha que va a comprar tortillas y bosteza los rezagos de un sueño apenas abordado. Abro los ojos y ya estoy en el camino de las primeras piedras».

Libro misceláneo y multiforme, con una prosa capaz de recordar nítidamente el pasado («Memoria de enero: una experiencia zapatista»):

«La mañana era una presunta bocanada de lobo; neblinosa, con un cargado olor a pólvora; era acompañada apenas por algunos vehículos y ciertas botellas que se rompían varias cuerdas a la redonda como delatando la existencia de vida todavía efervescente. Los perros olisqueaban en los basurales y en las puertas de las casas. Un atroz espectáculo de vidrios, servilletas, latas de cerveza, y quién sabe qué cantidad de papel, era el gran collage de la calle y la mañana (...) Me levanté a mear y vi esa mañana densa, pesada, que no dejaba ir así de fácil el olor a pólvora; miré el desperdicio de

comida, las botellas de Coca Cola a medio consumir, el baño vomitado; Estela, Sinohé, Josué y Celia, trabucados cada quien en su área de influencia y casi babeando por la desvelada (...) Caminé hasta la puerta y al abrirla, una señora como de sesenta años se retiraba con un costalillo lleno hasta la mitad de latas de cerveza.

Hacía calor pero no se veía el sol. No tenía en realidad qué hacer. Miré los libros de Albert Camus que acababa de comprar y no se me antojaba en ese momento leer. Tampoco quería estar en la cama sin hacer nada, y ni siquiera tenía ánimos para ir a caminar (...) Entre esa indecisión de que tenía qué hacer algo y no quería hacerlo, prendí la radio para escuchar de nuevo la noche anterior: música de teclados y toda la fauna de ejecutantes: El pulpo de los teclados, La araña de los teclados, El tiburón de los teclados, El tucán de los teclados, La ardilla de los teclados, El tejón de los teclados, El perro de los teclados... Como no estaba bien sintonizada cambié de frecuencia y ubiqué no sé dónde pero era la voz de una mujer la que hablaba con mucho cuidado al pronunciar las palabras y que su voz fuese clara, que el mensaje también, y a veces repetía la alocución para que se entendiera bien que es lo que estaba diciendo.»

Jocosos, iconoclastas, desenfadados, mordientes, «vaciladores», divertidos, «desmadrosos», desacralizadores, desolemnizadores, irónicos, guasóns, tiernos, satíricos, quemantes, criticóns, bromistas. Llenos de vida. Teodosio hace literatura de todo lo que le rodea, hasta lo más mínimo, su lengua lo atrapa y lo mete a su libro.

Ocurrente: «desayúnese leyendo todos los días Teodosio Hoy».

Chismoso: «vive al lado de mi casa, y a altas horas de la noche o cerca ya del amanecer, sale de ahí un hombre que maneja una camioneta repartidora de pan, La hogaza. La importancia de todo esto es que es una mujer muy popular a raíz de su negocio: da fiado.

Doña Nati para acá, Doña Nati para allá. Medio kilo de tomate, una piña, una bolsita de limones, etcétera. En una ocasión me estaba bañando, cuando escuché unos murmullos bastante escandalosos. Eran señoras que se habían reunido para platicar y exhibir entre ellas, lo que es el apio, el modo de consumirlo y cocinarlo, y algunas de las propiedades curativas y preventivas que tiene esa legumbre. Era en verdad un escándalo. El apio, comido como se ve en la televisión, con mayonesa Hellmans, con sal y limón, dentro del puchero de cola de res, en jugo con zanahoria, en fin, dijo una de ellas, y hasta perdonando la palabra, crudo. Otra señora dijo ¡voy, voy! y siguieron platicando de una telenovela que estaba en boga y cuyos personajes masculinos las tenían, como dijo alguna vez José Luis Rivas con Josué Ramírez en Taxco, húmedas y frescas».

El libro tiene también mucho de autobiográfico. Nos habla Teo de su niñez, de su formación intelectual, del taller con Fernando Nieto Cadena, de su obra poética, su enfermedad, su viaje a España, sus experiencias como profesor de telesecundaria, su casa.

Teodosio alcanzó la poesía ya desde su primer libro, plenamente, *Sin lugar a dudas* (título justo). Su obra, que no es todavía reconocida en su gigantesco valor poético, es siempre congruente con lo que para él es la literatura: «la literatu-

ra es verdad, no la que encuentran las diversas ciencias, también verdadera, sino otra más sutil o más grosera, fina o gruesa, inasible u obvia, poco accesible para las metodologías (...) En la literatura no se puede mentir; cuando el lenguaje es falso y no corresponde a las circunstancias textuales, entonces el texto es también falso».

Ciprián Aurelio Cabrera Bernat
Villahermosa. Año 2000

Lo que dicen los libros

Entrar a las geografías del sur de México, es revivir de nuevo las crónicas de la Conquista, elucubrar en medio de la noche el grito de los saraguatos, los chillidos de las aves nocturnas, un jaguar celoso atacando a la noche, y la imaginación turgente de los primeros letrados que anduvieron la selva separando hojas y bejucos para avanzar algunos metros, quemando áreas vírgenes para acampar, dejando la impronta de una civilización lejana y nostálgica, hambrienta de raciocinio y de fábulas, de misterios y de correspondencias naturales con lo real.

Impelidos por la ambición, por el absolutismo, por dominar el mundo a través de las extensiones de terreno sin saber a qué se estaba jugando o qué territorios de misterio se violentaban, los españoles llegaron a las costas de México y sus miradas preñaban de vida (para su historia), lo que en estos rumbos ya era historia.

Así fue como Hernán Cortés pasó por tierras tabasqueñas y su espíritu militar se incrementó más cuando en la desembocadura del río Grijalva, frente al hoy conocido Puerto de Frontera (Centla, Tabasco), dominó a un grupo de aborígenes y los sometió a la Corona. Dicen las malas lenguas y plumas de los historiadores, que los aborígenes de ese lugar no se sometieron tan fácilmente, razón por la que tuvo que dejar asentado ahí, a un grupo de sesenta soldados, y que ese lugar se llamó Santa María de la Victoria.

En territorio tabasqueño, ya en contacto con las organizaciones sociales europeas, de fundar ciudades, hacer calles, construir edificios, Santa María de la Victoria (de los españoles), fue el primer sitio de asentamiento humano formal de que se tiene referencia. Los habitantes de Tabasco conocían pocos materiales perennes y los usaban para sus centros ceremoniales; sus poblaciones construidas con materiales perecederos de la región: techos de palma, setos de jahuacte, horcones de madera y yaguas, entre otros, constituían caseríos que con el paso del tiempo eran reemplazados por materiales de la misma naturaleza pero que no dejaban huella por el tiempo de lluvias, inundaciones y humedades propias de la región.

En este lugar, la desembocadura de los ríos Grijalva y Usumacinta, o entrada a Tierra Firme por la vía fluvial, era propicia para la vida relajada, la fortificación de un puerto, el establecimiento de actividades comerciales o la exportación hacia la Corona española. Se puede imaginar el trajín de la población en la pesca y en el campo, el humo de los fogones y las mujeres caminando como si nada. Los piratas observaban codiciosos tales manjares y decidían atacar a las poblaciones de naturales y enclaves españoles: robar era hermoso, atacar, sustraer cerdos, frutas, agua dulce, mujeres, granos, utensilios de paja; todo un festín, y además gozar con el miedo de quienes huían aterrados hacia los montazales.

En el año de 1557 comienzan las irrupciones de los corsarios... en las costas tabasqueñas y yucatecas... (cau-

sando) gran confusión y temor; un grupo de españoles, varios indígenas y esclavos, temerosos de que... los filibusteros atacaran a La Victoria, subieron el Grijalva como 24 leguas al sur y en un lugar llamado Tres Lomas(...) fundaron el 24 de junio de ese mismo 1557 una nueva población con el nombre de San Juan Bautista de Tabasco (Diego de Quijada).

Este es el primer referente que se tiene de la ciudad de Villahermosa.

Diego de Quijada que llegó a Tabasco en enero de 1564 como alcalde mayor de Cozumel, Tabasco y Yucatán, le informa al rey de España lo siguiente:

...conocí que algunos españoles casados o solteros andaban vagabundos con mujeres e hijos a cuestas y con su pobreza vivían entre los naturales. Héles mandado recoger en un muy buen asiento, que está a 20 leguas de la villa de La Victoria en el mismo río Grijalva, junto a la ribera de este río y allí tracé el pueblo y dí solares y títulos de estancias y tierras para sus granjerías...

La zona referida no ha cambiado mucho: Diego de Quijada cita que en este lugar habían venados, aves, abundante agua dulce, leña, una fauna y una flora que abastecían lo suficiente a los naturales para permitir un asentamiento humano sin muchas estrecheces. Ahora ya no hay venado, pero seguimos teniendo suficiente agua; ya no hay leña, pero te-

nemos suficiente gas butano, ya no hay muchas aves silvestres comestibles, pero tenemos granjas de pollos, de cerdos y de patos. Se puede decir que en la zona existe el cuerno de la abundancia, pero ya somos muchos y la abundancia está en el cuerno.

Sucede entonces que ya tenemos dos lugares habitados por españoles en la Provincia de Tabasco: villa de Santa María de la Victoria y San Juan Bautista de Tabasco.

El famoso rey español acartonado como absolutista, aunque no lo fue del todo, Felipe II, le concede a la villa de San Juan Bautista, el título de Villa Hermosa y el poder usar escudo. Esto ocurre, según dicen, durante los años en que Inglaterra y España se enfrascaban en una guerra por expandirse territorial y comercialmente a otras tierras.

Durante un tiempo prudente, las dos villas coexisten. Crecen y se desarrollan casi paralelas, sólo que Santa María de la Victoria sigue siendo asediada, atacada y robada por los piratas. Cuando esto ocurre, todos los pobladores corren a refugiarse a Villa Hermosa para ponerse a salvo. La prosperidad de Villa Hermosa es tal que, en 1604, Juan de Miranda, alcalde mayor de Tabasco, y los encomenderos de Santa María de la Victoria, solicitan al virrey Juan Mendoza y Luna, que la capital de la Provincia se traslade a Villa Hermosa, y además que en honor a Juan de Grijalva se le llame San Juan de Villa Hermosa, pero no se logró. Una de las razones que los historiadores más ponen en boca de sus plumas, es el hecho de que los piratas seguían haciendo de

las suyas, y tenían que refugiarse siempre, en la hoy Villahermosa. A lo mejor es cierto, porque los piratas sí eran malosos.

En 1619 se gestiona nuevamente el traslado de los poderes a San Juan Bautista de Tabasco ante Diego Fernández de Córdoba, pero con autorización y todo (3 de diciembre de 1619, dicen) los habitantes de La Victoria no se decidieron a abandonar la villa y dejarle todas sus cositas en bandeja de plata a los filibusterillos y piratillos que estaban al servicio del absolutismo inglés y de quien se les daba la gana, del mejor postor.

El 24 de junio de 1641 se trasladaron los poderes a San Juan de Villa Hermosa y según los latosos historiadores, dicen que venían los miedosos pobladores de La Victoria, locos de contentos con su cargamento para la ciudad, y que traían la imagen de La Victoria (Virgen María, que les había dejado Hernán Cortés), el pendón real (?), el archivo (?), y algunas armas.

Un año antes, Ambrosio López había insistido en este sentido, a nombre del Cabildo, ante el virrey Diego López Pacheco y Bobadilla, quien siempre dijo que sí.

De este modo la ciudad adquirió, a base de antigüedad, acta de nacimiento y plenos poderes.

Lo que siguen diciendo los libros

Pero no todo es felicidad. Los piratas ingleses no iban a dejar, así como así, a esas poblaciones a las que habían saqueado por largo tiempo; había que darles algún escarmiento y esto -dicen los libros, yo no lo sé de cierto, lo supongo- ocurrió en los primeros meses de 1677. Era alcalde mayor Diego de Loyola, a esas gentes les decían don, como ocurre hoy en España, y este señor decidió trasladar el gobierno a Tacotalpa. Los piratas desmadrosos atacaron con «renovados bríos», a Villa Hermosa, que la gente no sólo puso pies en polvorosa, como dicen que dicen las locuciones adverbiales y dejaron despoblada la ciudad. No quedó ni un alma, y muchas de las poblaciones cercanas quedaron también a la intemperie. Sí, ni un alma.

Hartos de tales desmanes piráticos (o piratescos), los aterrados villahermosinos se armaron en alguna ocasión (1702) y fueron hasta la madriguera de los piratas (la Isla del Carmen), donde derrotaron a un buen número de ellos y los apresaron y les dieron un buen escarmiento pero no fue suficiente. El espíritu del mal es indómito y este tipo de afrentas no se perdona. En 1771, los ingleses arrasaron a Villa Hermosa hasta reducirla a un poco de humo, casas quemadas, ruinas, y un montón de sobrevivientes escondidos en un lugar llamado Fortín de la Encarnación, que según dicen las malas lenguas, estaba en las proximidades del parque de los pajaritos.

Y no solamente los piratas ingleses tuvieron en jaque a los villahermosinos, también el destino o el azar o quién sabe quien; estando el gobierno de la Provincia en Tacotalpa, se quemaron las oficinas y con ella el escudo de armas y la Cédula Real donde se daba oficialmente nombre a la ciudad; las hipótesis para aclarar este misterio pueden ser muchas, como también la de un condenado accidente, remedo de la evocación de las piras inglesas en las orillas de las playas, después de los saqueos.

Regresar a Villa Hermosa de nuevo los poderes de la Provincia, fue motivo de otras gestiones, jaloneos y trámites de orden burocrático. Ya sin piratas cerca, Miguel de Castro y Aráoz, ya en ese tiempo gobernador, hizo lo conducente ante el virrey Miguel de la Grúa Talamanca y Branciforte, y la ciudad vuelve a tener sus vestimentas de tal, en agosto de 1795.

Y aún hay más

Las denominaciones que indistintamente se han utilizado para nombrar a la capital de Tabasco, desde 1614, han sido las de Villa Hermosa, San Juan Bautista de Tabasco o San Juan de Villa Hermosa.

Algunas correspondencias fechadas en 1767, son firmadas en San Juan de Villa Hermosa.

El 27 de octubre de 1826, el Congreso Constitucional del Estado de Tabasco decretó que la ciudad se iba a llamar

Ciudad de San Juan Bautista de Tabasco, a iniciativas (a lo mejor no fue de ellos, pero firman el decreto) de Narciso Santa María y Juan Antonio de Sala y Oramas; ocho días después, el 4 de noviembre, Marcelino Margalli y Joaquín Burelo, implementan dicho mandato y lo dan a conocer a la sociedad, y que se obedezca.

Pasó mucho tiempo, hasta que llegó a Tabasco el general Francisco J. Mújica y decretó la abolición de la nominación anterior (el 3 de febrero de 1916 en Teapa, Tabasco) e impuso la de Villa Hermosa, otra vez, como históricamente se había manejado. Solamente que Francisco J. Santamaría, secretario de gobierno, mandó una circular a todas las instancias públicas para dar a conocer la noticia, y haciendo notar que había un error ortográfico en la redacción; que en lugar de escribir Villa Hermosa, se debería escribir Villahermosa. De ahí pal real... ya somos villahermosinos, no bautistas ni juanillos.

2 Donde se cuenta de las lluvias y de las inundaciones

La lluvia en Villahermosa es una experiencia alucinante, delírica. Como deben ser los monzones en la India y Pakistán, los vientos helados sobre la cordillera de los Andes chilenos, los relentes hirientes en los pasillos de los pueblos andinos del Perú, los nortes en las costas veracruzanas o el vaho infernal de los calores sonorenses o de las heladas regiomontanas.

Una experiencia de la que se puede hablar si uno es testigo o protagonista de ese fenómeno.

En Villahermosa llueve como dice el lugar común, a cántaros. Llueve y llueve y llueve como si pronunciar la palabra lluvia, fuese solamente un asunto literario o un conjuro.

Pero también hace calor. Es difícil distinguir las cuatro estaciones del año: o llueve o hace calor.

Tabasco es un lugar costero donde no se han explotado los recursos del mar. No tenemos puerto de altura con una dinámica comercial, sólo un lugar de atraque y un embarcadero de petróleo. Las tierras son bajas y cenagosas, amplias llanuras con abundantes mantos acuíferos y vegetación de arbustos en abundancia, ya que la tala de árboles y el incremento de la actividad ganadera, aunada a la explotación de hidrocarburos, ha permitido abatir a las selvas y erosionar sustancialmente ciertas áreas de producción agrícola.

Los ríos más importantes del estado son el Usumacinta y el Grijalva. Los otros apenas se perciben en los mapas de Geo-

grafía de México que se imparte en Telesecundaria: afluentes, riachuelos, brazos de agua, pantanos, lagunas, esteros, arroyos y otras denominaciones de las aguas, son el permanente espejo que se observa desde los amaneceres hasta que los pájaros regresan a los árboles de Plaza de Armas o zócalos de los municipios.

Agua por todas partes. Apenas se quiere construir el cimiento para una casa, y a metro y medio ya se tiene «un ojo de agua». Las tierras son generosas para la producción y las aguas complementan el sentido de la vida, solamente que cuando esto ocurre en demasía, llegan las enfermedades cotidianas como el dengue, el cólera, las gripes, las muertes repentinas por picaduras de nahuyacas y coralillos, las pérdidas materiales y humanas, el lamento de una bendición que viene con las aguas podridas y que nutre las tierras con detritus y fertilizantes naturales que se dejan venir desde las montañas de Chiapas a través de cientos de kilómetros y que atraviesan por el Grijalva que pasa junto a Villahermosa con su cauda de vacas muertas, ghettos de jacintos en flor con su garza blanca como aderezo, palmeras de coco y plantas de plátano arrancadas en las riberas del río, colchones viejos, bolsas negras de polietileno llenas con plumas de gallinas blancas y troncos de árboles que no han tenido la mejor suerte del destino.

En las zonas bajas de Tabasco, la gente coexiste con las inundaciones y con las lluvias; construye sus casas en tiempos de seca, a una estimación aproximada de un metro del nivel en que suben las aguas. Las cosechas son guardadas

en tapancos, que son algo así como una bodega elevada para proteger los productos de los animales de monte, de los rateros y de las inundaciones.

Una embarcación ligera más pequeña que el cayuco, es guardada durante todo el año para que cuando lleguen las aguas, se utilice de un modo cotidiano por las mujeres para las tareas domésticas. Las trampas, los paños, los anzuelos, las nazas y los cuchillos, reposan una buena temporada del año hasta que se revuelve el río en sus rezumos, y empiezan a saltar las mojarras, los topenes, los camarones de agua dulce, las piguas, los pejelagartos, los bobo escama, los bagres, las culebras de agua, las nahuyacas que suben a las tierras altas, las tortugas e hicoteas.

En septiembre es tradicional el inicio de clases. Las escuelas rurales que están cerca de las costas, de los ríos y de las lagunas, año con año experimentan los problemas de la temporada de lluvias; los alumnos se enferman, se anegan las aulas, se entorpecen los caminos, y en ocasiones se desbor- dan los ríos. Para mucha gente, las lluvias constituyen una alegría inusitada: hay abundancia de pesca; para otras, días de asueto, de hacer el amor, de quedarse en casa y sentir el gusanito de la estética, de decir algo a través de la palabra escrita, de leer, de tomarse un tequila. Para algunas gentes la inundación y las lluvias sólo traen desgracias y pérdidas económicas, para otras es la hora de cobrar seguros de Agroasemex por las pérdidas de las cosechas y la inutilidad de la tierra.

Agua e inundación en Tabasco son comunes. En Villahermosa, que es una ciudad hidráulicamente hecha con los pies, la mayoría de las calles se inundan. Es común ver a la gente de las colonias más desprotegidas de servicios públicos, realizar sus tareas cotidianas dentro del agua: la cocina, la sala y el patio, las aves de corral sobre los techos, pero nadie abandona sus casas. Lo poco que tienen lo resguardan de las aguas y de los rateros, de los policías y de los animales.

Hay un modo de maravillarse con las lluvias que no se puede narrar. Se oye a la lluvia, se le consiente, se le degusta. En altas horas de la noche, bajo los techos de zinc, un sonido fuerte, intermitente (si es que la lluvia viene acompañada de vientos) y después monótono adormece a la población. Sobre la ciudad se tiende un velo agradable, la estampa bucólica de una felicidad insospechada. Uno está recostado en la hamaca o en la cama, y la lluvia delata su presencia con la humedad. El villahermosino se siente un hombre fuerte, como debe ser cualquier habitante del mundo que esté protegido de la lluvia, y deja de pensar: se entrega a los placeres de la carne, se da a la plática de los chismes comunes y corrientes, acaba con medio mundo y lo compone, atiza sus cigarrillos de marcas transnacionales y bebe sus cervezas de rigor. Con las lluvias unos escriben o leen libros, otros hacen el amor de mil maneras (las estadísticas dicen que los hoteles y moteles de paso se saturan), se suicidan, o simplemente se dedican a ver las telenovelas o los canales por cable.

Pero hay más. Si de noche es una maravilla compartir los sonidos del sueño con los de la lluvia, observar la lluvia debajo de una palmera, de una hoja de malanga o de plátano, es muy emocionante. Uno, o sea, el observador, es ya protagonista de las lluvias (todavía no de las inundaciones). Se convierte en estatua de sal, y sus ojillos se mueven al compás de los torrentes que se improvisan bajo sus pies, del movimiento vertiginoso de las palmeras que se doblan con el viento, de las lagunas que se improvisan sobre las carreteras o atrás de las casas, en los patios donde los cerdos y los guajolotes han pasado lo mejor de sus vidas. Atestiguar la presencia de las lluvias desde los zaguanes y los aleros, sobre un butaque de piel o una mecedora tejida de ratán o mimbre (y como en mi caso, en tiempos de la infancia, sobre la panza de mi abuelo Antonio Ruiz Hidalgo, el de Cunduacán, recostado en su hamaca, contándome historias de terror y de brujos, de las nuevas generaciones que van a gobernar el mundo, del quemasantos Tomás Garrido Canabal y de un fulano llamado Carlos A. Madrazo) es doblemente emocionante; desde esos pórticos que los recuerdos enmarcan y actualizan, observar la lluvia es otra vez un espectáculo. Pasa la gente y saluda, pasa la gente y pide permiso para cubrirse del agua, pasa la gente y pregunta si vamos a encargar carne de puerco para el domingo, que se van a hacer cueritos si es que cesa la lluvia; y si el río empieza a crecer, entonces serán tamales de masa colada o manecas.

El tiempo de las lluvias empieza en septiembre. Cada vez que se celebra en Plaza de Armas el grito de la Independen-

cia, llueve. El treinta de septiembre, llueve. En Tamulté de las Sabanas, que es una villa del municipio de Centro, el cuatro de octubre llueve; es el día de San Francisco de Asís, el santo patrono del pueblo y ese día llueve, aunque el cordonazo de ese santo, ocurre en muchas regiones del país, es decir, más allá de Tamulté.

A un lado de Villahermosa pasa el río Grijalva. Se comporta como un caballero ríjoso frente a la ciudad, pero cuando entra en los territorios de Aztlán, Acachapan y Chilapa, adquiere propiedades especiales. Es traicionero, arrasa con plantaciones, se come las orillas de las carreteras, desborda en las cercanías de Centros de Salud y de Casas Ejidales, el rezumo es benéfico para los camarones, pero en muchas ocasiones a río revuelto ganancia de pescadores es un aserto que pocas veces se cumple.

La magia de las lluvias que aparece en la literatura latinoamericana como un realismo mágico, es interpretado por los villahermosinos como algo natural: cuando la fama de Gabriel García Márquez llegó a Tabasco, y se hablaba de las acciones inusitadas como la lluvia, los niños que aparecían con colita de cerdo, el personaje al que seguían las mariposas, las tremendas hembras por ahí descritas o la mujer que se fue al cielo envuelta en sábanas, los intelectuales de este lugar dijeron que si Gabriel García Márquez hubiese nacido en Tabasco, fuese un escritor costumbrista.

El villahermosino, y el tabasqueño en general, está acostumbrado al agua. Las inundaciones y las lluvias más que ser cotidianas en la zona, constituyen un modo de ser, una cultura.

Fernando Nieto Cadena, en un curso dirigido a escritores, hizo ver la necesidad de que es impostergable indagar o recrear la identidad cultural del tabasqueño, y de algún modo llegó a la explicación de que el elemento cultural que los identifica, es el fluvial: la cultura de ríos, de viajes interminables por los canales naturales donde fluyen los nervios de la tierra camino al mar; este autor hizo también mención de que estamos alejados del mar: no tenemos elementos comunes con Campeche, Ciudad del Carmen, los puertos de Yucatán o las poblaciones veracruzanas. Las zonas costeras de Tabasco están vedadas a la organización del trabajo productivo respecto de la captura de peces. Hay cooperativas disgregadas, sumidas en la corrupción de sus dirigentes, o en la apatía de los propios agremiados, responden de algún modo, a un descuido institucional de los organismos de estado y a la crisis del país. Pero sí es posible hallar ricos helados y horchata de coco, minilla de pescado, empanadas de carne molida con achiote y chile amashito; los vuelve a la vida, cocteles de camarón, de ostión (el cólera vale madre), campechanas, las mojarras fritas y los horribles (por mal preparados en los restaurantes villahermosinos) pan de cazón (generalmente son de mojarra o de robalo, pero de cazón nunca).

El chipi chipi, es una denotación de una lluvia leve, casi podría decirse que suave, pero que hace más daño que los aguaceros torrenciales; interrumpe todo trabajo, paraliza las actividades colectivas, hace que los villahermosinos utilicen toda su ropa y que a la vuelta de dos o tres días, ya no tengan nada seco que ponerse. Y es que con el chipi chipi baja la temperatura. Los Villahermosinos sólo quieren una excusa para lucir sus suéteres de colores, sus gorritos de esquimales, las botas largas y negras de las muchachas robustas, los chalequitos de mezclilla, las bufandas y las mascaradas, producto de algún viaje al extranjero y a veces hasta guantes. Los villahermosinos son friolentos hasta más no poder. Pero también son toscos. Acostumbrados a los calores, algunos andan despechugados con la camisa abierta (cuando baja la temperatura) o de plano con playera. Ahí se ven caminando por las calles del centro con las manos en los bolsillos y la mirada cómplice de quien comparte el agua: alimento vital de estas especies del trópico tabasqueño.

La lluvia es una imagen; tema literario que anega nuestros sentimientos, que moja las más vastas esperanzas; sólo que en Tabasco, además de euforia, es una cotidianidad que ya no asombra, como el sol y el amor, al que tenemos que reinventar a diario, si es que nuestra vida quiere tener algún sentido, y sonreír. ¡Bah!

Imagen primera

La primera información que tuve de esta ciudad se dio a través de Telerreportaje, un programa de noticias que conducía Jesús Antonio Sibilla Zurita, a través del cual el pueblo de Tabasco se enteraba de todos los acontecimientos del momento: enfermedades, cumpleaños, llamados para asistir enfermos, resultados de juegos de pelota, chismes nacionales, internacionales y anexas.

Vivía en villa La Venta, Huimanguillo, Tabasco, y los únicos medios de comunicación eran la radio y la señal de televisión que llegaba de la ciudad de México. La televisión nos entretenía y Jacobo Zabludovski hablaba de lo de siempre con verdades a medias y a veces con noticias lejanas y ajenas a nuestra comunidad. El mundo era ancho y ajeno, no estaba tan a la mano como lo está ahora. El locutor Sibilla Zurita hacía comentarios, enviaba saludos a sus amigos diputados, a los compadres, era poco dado a los modismos y a las bromas mientras leía los recortes de periódicos y las noticias frescas que algún reportero aplicado le llevaba. En una ocasión empezó a describir un viaje en «Las jardineiras», que según él, eran unos camiones de pasaje sin toldo y con unas lonas para proteger a los pasajeros del sol; dichos camiones, servían de recorrido, más que de transporte urbano, y se iban por toda la ciudad de Villahermosa recorriendo los parques; iban también por los museos, que sólo eran dos: el Parque Museo de La Venta y el Museo de Tabasco, que estaba a un lado de la Biblioteca Pública del Estado, donde el director era José María Bastar Sasso y una

de las personas que atendía a los usuarios (en ese tiempo no se les llamaba así), era nada más y nada menos que don Ruffo Castro Vidal, poeta menor, gentil hombre y de cultura popular magnífica, amigo mío por cierto, que ahora vive en la ciudad de México, donde pretende morir para que después traigan sus cenizas y el pueblo de Tabasco las arroje al río, le haga una estatua (para que la caguen las palomas), y le pongan su nombre a una escuela.

Por Telerreportaje fue como supe lo que era la ciudad de Villahermosa: un pueblo exótico, lleno de árboles donde la frescura de la sombra llenaba los corazones y los estómagos de bienestar, de pulcro espíritu divino: los ideales de un joven de provincia, ¡pero qué provincia!, de La Venta, Huimanguillo, Tabasco, donde las explosiones de Pemex se dan a cada rato, y en ese tiempo ni quien dijese nada; nada más de pensar la palabra Villahermosa, se conmovía el alma pues los periódicos, la radio (las anécdotas de los profesores, de los padres y de los amigos que viajaban más allá de la ruta convencional de Transportes Pancho Villa, que salían de Agua Dulce, Veracruz, pasaban por La Venta, se dirigía después a Ogarrio, Sánchez Magallanes, La Barra de Santa Ana, y enfilaban por último a Cárdenas, Tabasco, y después paraban hasta Comalcalco), y los sueños hacían de Villahermosa un paraíso.

Pensar sólo en ese transporte me daba la sensación de la aventura. Pegarse uno a los cristales de la ventanilla, mirar las reses, los campos llenos de prados hermosos, las torres de perforación, los batideros de aceite, las peras y las gran-

des máquinas todas llenas de aceites y petróleo, era un espectáculo. Pero conocer más de esa geografía negada a nuestros ojos por asuntos de conocimiento geográfico, era como estar dentro de los terrenos de Cascarrabias o del Avispón Verde, de las caricaturas del canal cinco, que nos servían como fuente de documentación para tener de qué platicar en las primeras horas de la escuela primaria, cuando el maestro salía a echar novio con alguna profesora nueva, o a platicar sus cuitas de borracho en el cabaret de La Maizena; era como entrar a la locura.

Esa era la aventura. Un como quedarse en los cómics de Capitán América, de Aquamán, de Los Cuatro Fantásticos, y volar por los cielos para conocer la Ciudad de Villahermosa, una ciudad como la de los Superhéroes, que resplandecía como si fuese un diamante, que tenía sus recovecos oscuros donde uno podía esconderse de Los Chicos Malos, entrarse en zonas de misterio, salir a las grandes librerías o a los museos de cera (q.e.p.d.), ir a la catedral del Señor de Tabasco, o simplemente acercarse hasta donde se puede mirar a los aviones que aterrizan y dejan una estela de humo que desaparece poco a poco entre los vientos con olores a pan Bimbo o panaderías de las seis de la tarde; Villahermosa era también una bahía: de la voz de Barry White salía un eco subyugante, una melodía de las dos de la tarde que nos envolvía los oídos y los nervios, y entonces aparecía la otra voz poderosa de Luis Illán Torralba, quien describía, por la radio, de otro modo la ciudad: los lugares donde se baila, los mejores restaurantes, las joyerías más finas, los radios y relojes de Baldemar Domínguez, los calzados de Zapatilanda,

Mickey, la zapatería Grijalva en la zeta más grande de Madero, las camisas de Pechelito, el restaurant turístico Bibiloni; de repente este locutor habla mal de los maestros, que son muy flojos, habla mal del obispo de Tabasco, manda saludos a los taxistas que andan ruleteando por la ciudad, o de plano atacaba a las obras del ayuntamiento, «obras de relumbrón», se tira el agua en tal o cual parte que los trabajadores de limpia en vez de recoger los desechos de la ciudad, los esparcen en las calles y avenidas recién pavimentadas.

En algunas temporadas que pasé con mi abuelo en su plantación de cacao en Cunduacán, las ocupaciones nuestras no pasaban del trabajo lúdico de la hacienda: recoger chirivitos, conchas de coco, almacenar hojas para quemarlas en la tarde por el asunto de los mosquitos, los tábanos y los chaquistes. La mañana se me iba como agua y la radio era el instrumento que acompañaba nuestra evolución física y psíquica: primero el programa Telerreportaje, después las radionovelas de Chucho El Roto, la radionovela cubana La Rebelión de la Juventud, Juan Sin Miedo, y los comerciales de Piperawit, los laboratorios Mayo, la Emulsión de Scott, los productos Bayer para el campo, el Racumín; o la visita de un personaje a la ciudad de Villahermosa, ya que eran limpiadas las calles y avenidas con esmero, recortada la yerba de parques y jardines, pintados los postes de luz y los arriates, las entradas de la ciudad, las escuelas, las cárceles, los mercados, y los lugares donde iba a llegar esta persona: los ballets folclóricos preparaban sus arreos (imagino a Juan Torres planchando su camisa y su pantalón para tales jolgorios; a doña Rosa Dehesa con su enjundia zapatera, iya

me los imagino, cómo no!). Y la mañana de mi infancia evolucionaba. Mi abuela me asignaba una gallina o un gallo de Castilla para que lo detuviera, lo llevara a su presencia y decidir si iba a ser objeto de trabajos en la cocina, para un caldo de pollo con fideo y perejil, o se le iba a perdonar la vida para mejor ocasión. Después de las doce del día, cuando mi abuelo se tomaba un pozol con yuca cocida, el radio empezaba a ladrar programas como Alma Ranchera, Mi Tierra, Noticias en Flash (con la tarabita de que cada vez que se leía una noticia, el locutor decía ¡en batería!), hasta llegar a una voz que todavía retumba en mi memoria por aquello de los experimentos de Pavlov, o quizás por un postulado de Juan Amós Comenio, de aprender a ser: me daba hambre: era la voz de Hilda del Rosario de Gómez, mujer luchona, de mucha presencia en la aristocracia tabasqueña, amiga y conocida de todos, con una voz de buen registro y deambuladora de los más diversos géneros de la comunicación y de todo lo que se tenga que hacer con el lenguaje: locutora de radio y televisión, cantante, periodista de sociales, maestra de ceremonia, oficial del Registro Civil en Atasta de Serra por muchos años, diputada local, jurado en los más disímolos concursos de las ferias regionales y no sé qué más. Esta mujer tenía un programa que salía al aire como a eso de las dos de la tarde. En ese momento mi estómago reclamaba las babas de Dios, la fuente de la longevidad, los pochitoques en verde o la tortuga en su sangre; las tortillas gruesas de maíz nuevo con yuca y queso, cocidas en comal de barro bañado con una película de cal, y las bebidas de la temporada: guanábana, guayaba, cacao, naranja, pataste, matalí, naranja agria, limón, tamarindo (ésta no la bebía porque siempre me daba diarrea) o por último, agua de coco.

El programa Fricasé de Hilda del Rosario, constituía en mí, el derecho y la obligación de los alimentos. A esa hora ella leía horóscopos, obituarios, onomásticos, misas del señor Obispo, bodas, quince años y bautizos. Publicitaba a muchos negocios del centro de la ciudad, y llegó a proponer, no sé si al Cabildo del Ayuntamiento de Centro, que al primer cuadro de la ciudad se le llamase Zona Luz, a la que se le sigue llamando Zona Remodelada porque los gobiernos de Mario Trujillo García y Leandro Rovirosa Wade habían realizado trabajos de pavimentación, iluminación y pintura en algunos lugares, y en verdad, ese primer cuadro de la ciudad se veía bonito. Hoy es un lamentable basurero, zona de corrupción entre los inspectores de reglamentos del Ayuntamiento y los vendedores ambulantes, las calles son zonas de atracos, de prostitución y las cantinas que se encuentran en esa zona son para ahuyentar al turismo y a los hombres de bien: el servicio es pésimo, no hay botanas y creen que todos los tomadores están cortados con la misma tijera. Eso creen.

Después del programa de Hilda del Rosario, que, ahora que me acuerdo los matizaba con fenómenos de ovnis, apreciaciones satánicas de la realidad y de una paranoia que le entró del fin del mundo, seguía una voz más terrenal, con música de Barry White, con un cachondeo verbal de la jerga choca. Se llama Luis Illán Torralba, y nunca supe el nombre de su programa. Él dice, al aire, este es el programa de Luis Illán Torralba, de las dos y pico. Y por los más diversos lugares del estado, ahí está la voz de este locutor: habla con honestidad, sin pelos en la lengua (yo no opino, respeto las

canas), y sabe la función de su discurso; es directo cuando lo quiere ser, es retórico, pero nunca demagogo. Escucharlo es un agasajo. Se divierte uno, se informa, toma partido.

En una ocasión, con motivo de la llegada del Papa a Tabasco, se tomó la libertad que siempre ha tenido, de hablar de la religión, de las religiones (come santo y caga diablo, fue una de las expresiones), del Obispo y del Papa. De la función del Estado y de la Constitución Política; caló a fondo en el sentimiento religioso de los mojigatos creyentes villahermosinos, y lo cesaron de la radio. Cambió su programa a otra estación, y por fortuna, usted lo puede escuchar camino del aeropuerto, dentro de las plantaciones de bananos y de cacao, en la barra de alguna cantina, sensato, mientras se desplaza en un taxi o en la «tranquilidad de su hogar», como él siempre dice.

Desde villa La Venta, en Huimanguillo, Luis Illán Torralba constituía para mí la voz turística de Villahermosa a través de la radio. Con él Villahermosa ha tenido (radiofónicamente) un color y un sentido. Sus descripciones urbanas, las atmósferas que crea en torno a la problemática municipal, a los servicios públicos de la localidad, su perceptible vocación de interactuar con la comunidad, de orientarla, de «abrirles el seso», con programas matutinos para cacaoteros y ganaderos y sus polémicas observaciones de la cultura en general, han logrado que este hombre sea casi un hombre incorpóreo de un voluminoso físico; no una leyenda viviente, sino un hombre del sureste: franco, abierto, amigo de todos (aunque algunos con toda razón lo

manden a chingar a su madre), respetuoso e irreverente a veces con su auditorio. Uno de los pocos hombres que a la manera de Frank Sinatra, han hecho con su vida una olla de mondongo, y bien.

Pues con este hombre fue que conocí Villahermosa. Y con los otros también. Tengo una visión radiofónica del mundo y de esta ciudad.

El primer viaje

Vinimos a la Feria de Tabasco a mediados de la década de los setenta. Lo primero que se debía hacer era asistir al teatro al aire libre. Éramos tres hermanos y nos llamaban los tres García por aquello de la película de Pedro Infante y Sara García.

La Feria se hacía en el parque Tomás Garrido Canabal o parque Tabasco, construido justo a un lado de la Laguna de las Ilusiones. Era, como dijo Enrique González Pedrero alguna vez, la cantina más grande del sureste. Como en todas las ferias modernas, el objetivo era exhibir los adelantos que en materia de productos agropecuarios, educativos, obras de gobierno, y aspectos de la cultura en general, podrían mostrarse al turista. Llegaban artistas de talla internacional, y también el aroma de las marimbas, de los nances y ciruelas curtidas, de los panes frescos con dedicatorias a las suegras y rellenos de membrillo, los baleros, las navajas, los trompos, las pistolitas de chinampina, las cajetas redondas que traían de San Cristóbal de las Casas, las sandías gigantes,

los racimos de plátano o de coco, las grandes calabazas, las mazorcas de cacao; todas esas imágenes quedaron en la primera impresión que tuve de la ciudad.

Veo ahora una foto donde mi hermano Marco Antonio estaba borracho. La mirada de mi madre curiosa y la de mi padre con orgullo. El chamaco tripón tiene la mirada perdida y nosotros (René y yo, pues Alejandro todavía no había nacido) lo observamos con envidia, ¿cómo era posible que ese chamaco ya tomara cerveza y nosotros, mayores, no?

Mercado de Villahermosa. Ida y vuelta 4

El mercado de Villahermosa tiene historia, como las historias de todos los mercados del mundo: populares, dinámicas, mentirosas, míticas. Tiene en su haber un conjunto de narraciones, tradiciones orales, ficciones, chismes, dimes y diretes. Pero es un mercado de todos y de uno; de la perrada, de la barriada, de las colonias, de ciertos apellidos de prestigio, de historias conocidas, de amoríos furtivos, de componendas, de trampas y fraudes, de desengaños y de una tradición que ahora podemos llamar pop, por aquello de los recuerdos.

Dicen que el primer mercado de Villahermosa estuvo asentado en el antiguo Playón, que debió ubicarse en la parte de atrás de lo que era el Palacio Municipal, ahora Centro Cultural Villahermosa. En ese lugar llegaban los carboneros de Acachapan, los pescadores de las diversas secciones de Aztlán, los tortugeros y recogedores de guaos e hicoteas de Chilapa, y de Boca de Escobas, de La Mixteca y de Palo Millal. De esas mismas comunidades, llegaba el plátano macho, las calabacitas tiernas para el puchero, el camarón seco, las piguas, los calambucos rotos, las nazas para reparar y las carnadas para el bobo escama y el robalo de río.

La zona del Playón era precisamente eso, un Playón a donde llegaba la chamacada y la viejada (hombres y mujeres ya adultos) a bañarse, a quitarse la flojera de la piel y del espíritu (porque dicen que son trabajadores), a vencer los alrísimos grados del indicador Celsius de la temperatura, a ver los cuerpecitos de las mujeres chocas que se bañaban con ropa, dejando a la imaginación lo que las prendas húmedas

dejaban precisamente a la imaginación; pero en el Playón, en donde se mercadeaba de todo, ya que todos los caminos (fluviales sobre todo) llegan a Villahermosa, no era sólo un lugar de veraneo, sino de tardeo, de punto de fuga para las excursiones, o punto de concentración de cadáveres que se ahogaban a la altura de las crecientes que se dejaban sentir desde Parrilla, de Torno Largo o de Teapa. La gente se iba al Playón como ahora se dirigen los bañistas a Miramar, Playa Azul o El Bellote. Ir al Playón encendía los corazones, hinchía los pechos, daba vuelo-a-la-hilacha de la aventura en la imaginación y además dejaba sin dormir a la muchachada que tenía en sus manos un día de pinta, o la sensación de escaparse de la rutina de estar en casa y moler el maíz, pelar una gallina, lavar el chiquero de los cerdos o barrer el patio que ya estaba enmontado. El Playón, ¡ah, el Playón!, lugar de encuentros y desencuentros, como quien se echa debajo de la sombra de un almendro o de una ceiba con sendas botellas de cerveza fría, aceitunas y queso, una buena novela de escritor argentino, y la panza fría de la mujer amada, donde recargamos nuestras cabezas para escuchar el sonido de sus tripas románticas que de vez en cuando nos hacen reparar en el cordel que dejamos con carnada de camarones para pescar robalos, y después de todo nos olvidamos de todo, del cordel, de la novela, de las cervezas, pero no del vientre frío de esa mujer amada y recordada debajo de la sombra de ese legendario árbol llamado ceiba o almendro. Así debió ser el Playón en el recuerdo; por lo menos en el mío.

Con el paso del tiempo y el crecimiento de la población, se empezó a recorrer hacia las márgenes de la ciudad algunos servicios públicos y oficinas en las que se concentró la actividad gremial de ciertos sectores productivos; en la hoy popular (por las ventas de cerveza clandestinas, por los robos colectivos, por la trata de blancas y el contubernio de los policías) colonia Casablanca, se ubicó la Aduana del servicio portuario, que todavía (aunque en ruinas) existe; ahí se concentran hoy algunos astilleros, que devienen ya en talleres de mecánica automotriz, vulcanizadoras, hojalatería y pintura y embobinado de alternadores y motores eléctricos; una maderería (La Selva) del aspirante a poeta Jerónimo Priego Zurita, la moderna Ferretera Su Perico, la Unidad número no sé qué de la Universidad Pedagógica Nacional, el Semanario El Clarín de don Guillermo Hübner Díaz, la supervisión escolar número uno de mi amigo el profesor Ruffo Domínguez Pérez (a veces buena gente, a veces no tanto) que es lo correspondiente a telesecundaria con buenas perspectivas de desarrollo en las comunidades rurales; todo eso se encuentra ahora en la colonia Casablanca; y de algunas de esas instituciones u oficinas nombradas, la más joven ha de tener diez años y la más antigua, tal vez unos cuarenta y cinco o cincuenta años.

El área cubierta por esta colonia, es el área en donde llegan a descansar quienes desde muy temprano arriban a la ciudad de Villahermosa con sus productos de frutas y verduras recién cortadas o cosechadas, y de quienes vienen también a realizar las compraventas de peces y de conchas con los coyotes o los intermediarios, escondiéndose sistemáticamente

de los inspectores de reglamentos del Ayuntamiento de Centro, quienes hasta se disfrazan para poder caerles de sorpresa a aquellos que venden iguanas, hicotetas, pochitoques, venado y armadillo, ya que son especies en peligro de extinción, pero que en el mercado de Villahermosa todavía se consiguen, claro, en lo que se llama el mercado negro, el mercado iconoclasta, el underground del mercadeo.

Y ¿qué onda con los mercados? Pues nada, solamente que ahí es el lugar donde se concilian todas las clases sociales (como en los bailes populares de Chico Ché, en los panteones, en las iglesias, y en las cárceles, porque en las cantinas, aunque los sentimientos son homogéneos, los recursos y los gustos no).

Y como decía al principio, el mercado de Villahermosa tiene una historia, una tradición, una canción y una microhistoria degenerativa. La historia la conoce esa generación de ilustres villahermosinos que deben andar en estos momentos por los cincuenta años. Se construyó el mercado como todos los de la República Mexicana: un galerón con pequeños cajones amontonados y ordenados de tal modo que quienes iban a vender pollos en canal, sólo tenían que amarrarlos de las patas, con los picos colgando; quienes iban a expender carne de res, lo mismo: ensartar como peces los montones de hígados, los pulmones, los tendones, el estómago, las tripas (¿serán el duodeno y el yeyuno?) de leche, las orejas, los sesos, la lengua, el buche y las amígdalas (tragadero o gañote) de las reses: todo colgando. Quienes iban a vender frutas y verduras, sólo tenían que estibar los

jitomates, las naranjas, las calabacitas tiernas, los aguacates, los melones, las sandías como carcajadas del verano roja y fría de José Juan Tablada o el cuadro de Rufino Tamayo; todo acomodadito, los pavos en el suelo, las gallinas con plumas, las coloradas de un lado, las negras de otro y las blancas (como si fueran prostitutas las pobrecitas) tiradas por ahí como al descuido; todo acomodadito, los vendedores de camarones secos, queso Bejucal de Balancán, queso de Chilapilla, queso de hebra, queso fresco, cabecitas de camarón (para darle solamente sabor al caldo o al arroz); esa visión romántica del mercado que se encuentra en algunas obras de los muralistas mexicanos, sí corresponden a lo que en sí son los mercados de México, y también el de Villahermosa: un mercado romántico, un área donde se ubica el paraíso. Todo está a la mano, los chicozapotes, la pomarroja, la anona amarilla y la morada, los cuajilotes, los melocotones, el tamarindo, la pitahaya, los cocos frescos y las guanábanas, el matalí y los limones, el chile amashito curtido al lado del furioso e irascible chile habanero; la yerba martín, la albahaca, la chaya, el llantén, la sábila, el maguey morado, manzanilla, belladona, riñonina, epazote, yerbabuena, romero, ruda, nopal, rosas, claveles, gardenias, violetas, huevos de rancho, agua bendita, besos de Judas, niños dioses con los ojos revirados como si estuviesen chemos o drogados con thinner, vírgenes de Guadalupe con minifalda, listas para retocar y volver a su área de trabajo que es el altar de muchos de los Villahermosinos creyentes, como son los taxistas abusivos, que se amparan atrás de las enaguas de esta mujer santísima; niños dioses de todos colores, negros, lampiños, regordetes, flacos, pero con una

mirada risueña, como de santidad. De todo hay aquí, menos droga, o eso es lo que digo yo. En el sector folclórico del mercado están unos pejelagartos disecados, con sus fauces abiertas y mostrando al espectador sus dentaduras espléndidas, sáuricas; los petates de pajita que se elaboran en la zona indígena de Nacajuca y que se tejen de acuerdo a medidas estándares o de acuerdo a las dimensiones de un departamento que se quiera cubrir con alfombras de petate para darle sabor local al ambiente e impresionar a los visitantes de otras regiones del país; los sombreros de palmita, llamados chontales, las bolsas para damas y las carpetas o folders también de petatillo que duran una eternidad, si es que el dueño de tal objeto no lo deja olvidado en algún bar o en un restaurant de poca monta; las cabecitas olmecas de yeso o de piedra colocadas en una base de madera, los llaveros con motivos tabasqueños, los cayuquitos llenos de dulces, de plátano deshidratado, de panela, de dulce de naranja o de guanábana; en algunas ocasiones rellenos de materiales botaneros como las aceitunas, el queso o las salchichas pequeñas que provocan el vómito generalizado entre los bebedores; sin incluir elementos turísticos tradicionales, encontrará el lector (de esta nota) o el marchante de ese mercado, si es que lo visita, jícaras labradas de Jalpa de Méndez, jícaras partidas a la mitad, que esas las pueden hacer en cualquier lado (la partida por la mitad, se entenderá), bushes que son como calabazas constituidas por dos esferas: una esfera grande abajo y arriba una esfera más chica, instrumento en donde los campesinos de Tabasco llevaban su bebida para realizar sus intensas jornadas matutinas de trabajo; en un tiempo se elaboraron de plástico, con

la intención de darle continuidad a la difusión de lo tabasqueño, pero pronto quedó en el olvido cuando descubrieron que en este mercado, las que existían eran de verdad; algo que ocurrió en alguna ocasión con las pechugas oaxaqueñas o con las botas de vino españolas. Encontrará usted, esos abanicos de palma que sirven para avivar el fuego en los fogones; esto ya es decorativo porque el combustible de aquellas épocas, la leña, se ha agotado y ha sido sustituida por el gas butano; los fogones, la leña, las parrillas, constituyen, tecnológicamente el día de hoy, elementos de una tecnología anacrónica, y comer un producto elaborado en este tipo de instrumental técnico desfasado, es en realidad un goce culinario y un capricho que pocos villaherminos se pueden dar, y que lo hacen a menudo, son tercios.

Un modo de comprobar esto, es saliendo de Villahermosa, por la colonia Tierra Colorada (hoy se llama José María Pino Suárez pero nadie le hace caso a los cabildos del municipio de Centro, son unas bestias, ellos contra el pueblo. Habráse visto semejante batalla histórica) hacia el municipio de Nacajuca y con la finalidad de llegar a Jalpa de Méndez, Cunduacán, Comalcalco, Paraíso, puede uno oler y ver dos cosas: el aroma de los pejelagartos asándose, de las mojarras y postas de robalos friéndose, el calcio de las conchas de tortugas, hicoteas, guaos (con tres quillas en la concha; tres lomos, dicen los que saben), pochitoques y mojinás, calándonos el cuerpo con su olor intenso, como de esas quemazones que hacían los ejércitos de las cruzadas en la Edad Media, donde se quemaban los cadáveres y la putre-

facción quedaba en el ambiente semanas enteras, recuerdos enteros. Desplazarse de Villahermosa a esos municipios, es ver los campos, los sembradíos, las tierras bajas de Tabasco que en temporadas de lluvias se convierten en entidades homogéneas de mosquitos, pobreza, enfermedades, torrentes de desesperanza, pero también de fe: a río revuelto ganancia de pescadores, pero cuando no había contaminación de hidrocarburos, ni el agua salada había entrado hasta los pantanos y popales, lagunas y esteros, donde los peces de agua dulce retozaban como si estuvieran en un paraíso recobrado.

Después de este lapsus necesario, volvemos al mercado. Como apuntamos antes, el mercado tiene su historia. Ha crecido de un modo deforme (con respecto a su construcción original) como ha crecido la ciudad, sin ningún orden, o como crece una casa familiar: a medida que aumentan los hijos, aumentan las habitaciones o se extienden los galerones cuando un hermano en desgracia solicita que se le eche la mano a un hijo suyo que llega a estudiar a la ciudad.

Cuando se construyó el primer edificio del mercado, en las proximidades de él funcionaba un jardín de niños; en las afueras del edificio estaban las verduleras, los vendedores de cerdos en pie (marranitos vivos, marchante, y desparasitados), los de cangrejos moros, los de jaibas coloradas y de otros tonos, los de tepezcuintle asado, los de pijijes y patillos, los de perros de raza (siempre robados en alguna colonia pudiente), los de periquitos australianos y cotorras y loros; los de tucanes y pajarillos de la suerte (esos

pajarracos diminutos que sacan un papelito para adivinar la suerte o la no suerte de uno), las ensartas de mojarras pescadas por la noche en los cárcamos del río Grijalva, los de huevos de totola para sacar las salaciones y espantos de las sietemesinas; también estaban las putas, esas mujeres que vienen de las comunidades rurales a «trabajar» para mantener a sus hijos, y nunca dicen en donde laboran porque los patronos se enojan; en el edificio de Marina, ahí se han construido los más intrincados laberintos del placer y la jodienda, de los crímenes sin resolver, y del misterio. En las afueras del mercado, la otra vida, una visión del mundo que se sustenta en la pobreza y en la miseria.

Pero el mercado es la vida; tacos de todos los estilos y sabores; caldo de gallina de rancho, mondongo en verde o colorado, puchero de res con diez tortillas por sólo ocho pesos, pero eso sí, tiene usted la virtud de oler los orines y los líquidos de las aguas negras que atraviesan por debajo del mercado. Como en esas escenas de las películas ambientadas en la Edad Media, los humos de los calderos ascienden al infinito, pero también de los mierderos.

Ir al mercado en estos días, es ir a atestiguar la destrucción de un imperio. El abandono paulatino de las tradiciones orales y de la comunicación en las transacciones comerciales: primero las carnicerías empezaron a resentir bajas en sus ventas porque los grandes supermercados empezaron a colocar en sus aparadores, cortes y menudencias en oferta; después las verduleras (santa sea su profesión), por los mismos mecanismos de mercado; y en estos momentos (fines

de 1999), las tiendas de abarrotes empiezan a cerrar sus locales, porque en realidad, las estrategias y el comercio a mayor escala ha venido a violentar la parsimonia de los locatarios, que tienen frente a sí la competencia desleal de los vendedores ambulantes, y la voracidad de los funcionarios de reglamentos del Ayuntamiento de Centro.

El mercado del que hablo es el mercado José María Pino Suárez. Una leyenda de prosperidad y de buen comer, cuando éramos pobres, documentados y de exportación. Hoy es la falta de higiene, el desorden, el verdadero rostro de nuestra descomposición social y moral. Pero la fe la conserva, eso sí, porque a veces ahí se come rico, o encuentra uno como si nada, sus tonguitas de carambola. ¡Arza, coño!

Las ciudades del sur de México son ciudades atrasadas en todas las áreas y disciplinas del quehacer social y económico y en su desarrollo general.

Villahermosa es una de ellas y comparte situaciones análogas con los municipios de las entidades sureñas.

Hasta hace casi cincuenta años, todas las ciudades y capitales de la región eran propiamente ciudades analfabetas; alejadas del centro del poder, con imitaciones de las costumbres capitalinas, y con la mirada de sus pobladores puestas en las marquesinas y en los centros de educación superior de la ciudad de México; la gente barría los patios de sus casas, quemaba la basura enfrente de las calles (aun cuando el servicio de limpia era eficaz y oportuno), peleaba con los cerdos que soltaban sus amarras a mordiscos para abatir con temeridad las milpas de los patios vecinos.

Hace cincuenta años, por ejemplo, Villahermosa era como en los primeros días del siglo veinte, un caserío dividido en barrios o en suburbios que se fueron formando por los cuatro puntos cardinales o por las entradas de los ríos o los caminos (trillas o senderos, les llaman aún) donde la gente se aviene de las poblaciones cercanas: del lado de Nacajuca, se formó la población denominada Tierra Colorada y Samarkanda; por la salida a Frontera, un nuevo asentamiento (tendrá unos veinte años) que se llama Indeco, como el programa habitacional (los humildes urbanistas, constructores y planeadores de la ciudad se rompieron la cabeza para encontrar nombres a las unidades habitacionales), y que tam-

bién absorbió a muchos campesinos de Acachapan y Colmena que soñaban con vivir en la ciudad; (muchos ancianos me han contado que también fueron creciendo estas colonias porque eran las casas chicas de hombres ricos que tenían propiedades en Acachapan, y siempre que iban «al rancho», se quedaban a resolver los problemas que les planteaban las inundaciones). Por la salida a Cárdenas se empezaron a poblar las comunidades de Anacleto Canabal, Loma de Caballo y la entrada a Bosques de Saloya; la carretera a Teapa, integró a comunidades cercanas de Torno Largo; en Las Gaviotas, se avicindaron (por aquello de los terrenos baratos y de las inundaciones) gentes de Luis Gil Pérez y comunidades circunvecinas.

Villahermosa tuvo un origen fortuito: gracias a los piratas, muchos habitantes de Santa María de la Victoria se asentaron en las márgenes del río Grijalva, en una zona alta, para evitar los saqueos permanentes de estos ¿flojos? forajidos del mar.

Al crecer la población, se fueron ubicando en las márgenes de los afluentes, en tierras fértiles para el cultivo y la domesticación de los animales de corral, y hasta el sol de ahora han vivido felices.

Felices, lejos de la civilización y del vituperio, lejos de las modas o anhelándolas, yéndose lejos para ser algún día, algo. Y esto tiene que ver con una evolución lenta, o más bien con un desarrollo a tropiezos a causa de tecnologías y urbanizaciones a veces despreocupadas de lo que es la planeación.

Como muchas ciudades del sur de México, sin rutas terrestres de transporte, era más sencillo (en Villahermosa), transportarse por vía fluvial: salir de Puerto Obregón (hoy Frontera) y viajar en vapores a Yucatán, Ciudad del Carmen, en Campeche, el Puerto de Veracruz o alguna de las costas de Tamaulipas, Cuba, Nueva Orleans y Nueva York. Los vapores eran cómodos, y la publicidad decía que si usted no viajaba era porque no quería. Viajar por tierra, era solamente hacia los plantíos de bananos, hacia las milpas o los cacaotales, o salir a lomo de mula con todos los enseres domésticos, de las inundaciones hacia tierras altas.

Los pocos periódicos (seguimos hablando de hace cincuenta años) que existían, sólo establecían un diálogo con el poder; análisis de las situaciones políticas imperantes, o arengas para el candidato en turno; dos cines; una Plaza de Armas descarapelada; el parque Juárez, las calles Constitución, Pino Suárez, los tranvías y una vida totalmente disipada entre los moscones o cascarudos como los llamaba Graham Greene (El Poder y la gloria), el calor insoportable, la disentería, el cólera, los bichos en la panza de los niños y los cacicazgos a la orden del día.

Villahermosa estaba sola, y hablar de Villahermosa es hablar en cierto modo en la totalidad de Tabasco; una entidad que lenta, muy lentamente se integró al desarrollo nacional.

Andando el tiempo, y a pesar de la huevonería típica de los habitantes del trópico (dicen las malas lenguas que el tabasqueño no es huevón, que sólo reposa sus fatigas),

empezó a despertar el ánimo inquieto de los habitantes de aquí, y los logros vieron la luz a través de obras artísticas y de índole literaria; no fue sino hasta que se iniciaron las exploraciones y explotaciones petroleras cuando la entidad experimentó la cura de una anemia económica basada en la riqueza agropecuaria en la que siempre ha fincado su porvenir per cápita.

A partir de entonces Villahermosa es nuestra ciudad; un rostro de muchacha malcriada que obedece a los ímpetus de su cuerpo, a su coquetería natural, a la cadencia de una cintura que debe moverse entre las tonalidades del concreto; y sus habitantes, impelidos por el deseo de hacer de ella una de las ciudades modernas y más actuales del sureste mexicano, la maquillan más: Veámosla.

Nunca tuvo esta ciudad un Centro Histórico (en plena década de los noventas, se está intentando decretar uno, ya está decretado, y ya se está concluyendo su rehabilitación); siempre ha sido un viejo caserío, que todas sus construcciones están próximas a las tres lomas que le sirvieron, hace mucho tiempo como protección natural a las inundaciones, y como fortín armado contra los ataques de los piratas; un caserío ha sido pues, Villahermosa, y de repente se le pintan los labios con un malecón mal hecho, al que está socavando el Grijalva.

Primer peligro para caminantes

Si usted camina por ese malecón, encontrará las bancas de metal corroídas por la cagada de los pájaros; se manchará la ropa de excremento de pájaros, le cagarán los pájaros, y sobre la ribera del río, encontrará un basurero fenomenal, un río lleno de basura, casi un cagadero, y un olor a mierda de borracho; desde el puente que está cerca del mercado Pino Suárez (Puente Grijalva I), hasta el monumento a Carlos A. Madrazo.

Parador I

Hace más de treinta años, las poblaciones cercanas a Villahermosa eran las de Tamulté de las Barrancas y Atasta de Serra, que crecieron de tal modo que se incorporaron a la ciudad y hoy son flamantes y populosas colonias con los problemas típicos de servicios públicos, hacinamiento de viviendas, cinturones de pobreza, altos índices de delincuencia, inventario de historias míticas, zoofílicas y pederastas, de cervecerías iconoclastas, de zonas de tolerancia y casas de cita.

Llegar a Villahermosa en aquellos tiempos (antes de la irrupción petrolera), era llegar al Hotel Sofía, al Palma de Mallorca, a la Posada Bariloche; ir a los bailes de la Sociedad de Artesanos, a los del Dancing, del Club Sonorama; comer en el mercado Pino Suárez, pasear por el Parque Juárez y matar mosquitos en el Malecón. No habían galerías de pintura

pero era maravilloso ir al Parque Museo de la Venta, al Museo de Tabasco, a la Biblioteca del Estado, y a una librería del Fondo de Cultura Económica que estaba entre los bustos de poetas y jardines que rodeaban a esa zona próxima al río Grijalva, y que hoy ocupa un insípido estacionamiento del Gobierno del Estado, y es cimiento de un puente inútil que fue construido sobre el río Grijalva con la intención de desaparecer el servicio de lanchitas que cruzan a la gente de Las Gaviotas a Villahermosa y viceversa. No lo consiguieron, la gente villahermosina es terca.

Educación es cultura, eso dicen

Toda ciudad tiene sus peculiaridades educativas. Villahermosa tiene las suyas. Cuando las escuelas particulares, antes que las públicas, empezaron a formar y deformar generaciones de «ilustres chocos» que más tarde se irían a la capital del país y a Yucatán para continuar sus estudios, la gente criolla quería que sus hijos tuvieran un porvenir bien labrado; como siempre se dice, «no quiero que mis hijos sufran lo que yo sufrí», y como no había acceso a una educación superior, sólo les quedaba el consuelo de aprender un oficio.

Mi padre por ejemplo, se fue a un taller mecánico de Comalcalco, donde aprendió a base de golpes (el golpe avisa, maistro) las medidas de las herramientas, los parámetros para una afinación de motor, y se consolaba escuchando a Carlos Colorado que ya amenizaba, los fines de semana, en los parques públicos.

Los padres mandaban a sus hijos de «encargo», como «aprendices» a las casas de gente próspera, dueños de talleres o empresas; los jóvenes se instruían en los oficios de la carpintería, sastrería, panadería, como ayudantes de cocina (criadas, gatas, famuyas, las novicias de las casas chicas, prospectos pues, para la ¿buena? vida). En los inicios de la década de los sesenta, era un orgullo llegar y cortarse el pelo en la peluquería El Fénix: quien viajaba a Villahermosa, (y esto es ego entre yucatecos, campechanos, chiapanecos, y todo el sur de aquella época) y no se hiciese un corte de pelo ahí, no había estado en la ciudad; El Fénix, era un modo de identificar la estadía por estos lugares, así que los aprendices de peluqueros (muchos de ellos que en este momento rebasan los sesenta años, ahí se formaron) luchaban por instruirse en ese lugar y después irse a otro lado; los mismos villahermosinos se ufanaban de ir al Fénix, reunirse ahí para después ir a los billares. Y, adivine usted cuál era el atractivo: pues que era una peluquería que tenía ventilador, sólo eso.

Villahermosa tiene hoy instituciones de educación superior públicas y privadas que no abastecen la demanda de la sociedad, y algunas que logran hacerlo, proporcionan una educación del mismo talante que la educación básica pública, de mala calidad.

Sin embargo, es pasmoso el crecimiento de la población y el desempleo, de los servicios y de los satisfactores en general. La aceleración del desarrollo en todos los ámbitos de la vida productiva, ha dejado a los villahermosinos y a los tabasqueños, con la boca abierta.

Tecnológicamente, el campesino no ha estado (o no se le ha) preparado para armonizar sus tradicionales modos de producir con las herramientas y equipos que se han implementado. Dos programas federales de fuerte inyección económica han fracasado: los cientos de tractores y maquinaria de transporte que se adquirieron, se pudrieron, en el Plan Chontalpa y en el Plan Balancán-Tenosique; los cursos de capacitación no fueron suficiente para contemporizar la tradición y la modernidad, y aunado a esto, el sistema de obstinación burocrática oscila entre la ineficiencia y la complacencia de no hacer nada por nada.

Culturalmente ha sido necesario que nuestros intelectuales y profesionistas se vayan fuera de la entidad. Las mejores obras de los villahermosinos Carlos Pellicer Cámara, José y Celestino Gorostiza, José Carlos Becerra, Josefina Vicens, Andrés Iduarte, y muchos más, han sido escritas fuera del estado; hay una teoría del calor que aparece en La historia de Sofía, que explica la tendencia a la molicie y al ocio de todos los habitantes del trópico. Solamente Francisco J. Santamaría, el autor del Diccionario de Mejicanismos, y Diccionario General de Americanismos, realizó casi su obra literaria en estas tierras de pantanos, cascarudos, mosquitos, lluvias abundantes y calor. Solamente él.

Pero los avances educativos se han dado en grados académicos, obras de arte y algunas aportaciones tecnológicas, no en una evolución de la psique del villahermosino quien todavía sigue temiéndole a los fenómenos naturales, y acude a la lectura de cartas del tarot y la baraja española, al

ensalmo para curar de los malos espíritus, a la magia negra, a la verde y a la azul; la blanca no hace daño, esa sólo la usan para quitarle las mujeres al prójimo, y para que regrese el ser amado. El villahermosino sigue siendo el hombre de principios de siglo, su pensamiento salvaje, es el nuestro.

El gobernador Leandro Rovirosa Wade, por la década del setenta, con toda la derrama económica que le proporcionó Pemex, construyó lo que se llama Tabasco 2000; hizo teatros, galerías, foros; remodeló parques y echó a andar la bonanza de las construcciones (es ingeniero todavía); dio rango de acueductos a los drenajes de la ciudad y se empezaron a pavimentar callejones y a rellenar pozas en zonas céntricas para conjuntos habitacionales que después se inundaban: se hicieron pues, las grandes construcciones, las obras magníficas para unos villahermosinos que no sabían qué era una obra de arte, la naturaleza y función de un Planetario, entre otras cosas.

Quedó hecha la casa, pero había que habitarla. El gobierno siguiente, el de Enrique González Pedrero, vino impelido por la intelectualidad. Se reactivó el espíritu de las misiones culturales vasconcelianas en todas las comunidades del estado, se dio profusión a la expresión indígena en obras de teatro y literatura en general, y se publicaron libros, discos, vinieron a la entidad intelectuales de la talla de Octavio Paz a cenar con los gobernadores en su casa de gobierno, pero sin ningún contacto con la población; en La Casa de la Laguna, a decir de las malas lenguas, que son mis informantes, se oían muchos de los idiomas del universo; se hablaba en

francés, en italiano, en rumano, en inglés, en argentino, en cubano, en chontal. Se crearon talleres literarios y se fundó una escuela para formar promotores culturales, que recibió el nombre regional de CEIBA, Centro de Estudios e Investigación de las Bellas Artes.

Los villahermosinos tuvieron una bonanza de promoción cultural, (de la cual ni se acuerdan ya que por lo general no tienen memoria histórica) tan vertiginosa, que aún queda la duda de si fue verdad. No estaba la población preparada para este fenómeno, no fue sensibilizada. Ahora, con la crisis del país, se empiezan a organizar sustancialmente grupos artísticos y jóvenes que buscan respaldo y apoyo para la creación y divulgación de sus obras. Pero son pocos.

El Tabasco dormido empieza a despertar; tan es así que como un símil de esta imagen le pusieron a una galería El Jaguar Despertado, porque ahí se empezaron a expresar pintores, escritores, dramaturgos, dancistas, expositores de las más diversas temáticas, escuelas, y de los más variados intereses.

Es así como, también, los cuatro vientos cardinales del arte y la cultura, nos dejaron viendo cómo pasa el tiempo.

Es un hombre duro: fuerte, de esos que no bailan porque le aplastan los pies a las mujeres. No es cierto. Lo único que es cierto es que es un hombre duro. Mirada fiera, aunque eso lo fue en su juventud, impulsivo o noble, esto ni él lo sabe; pero sí buena gente. O al menos eso es lo que pretendo decir en el animal desbocado que es este texto.

Nunca lo he visto en persona, pero eso no importa. Siempre he estado cerca de él, en los bares, en los carnavales, en las fiestas donde los tabasqueños somos pocos, y los anfitriones sacan a colación eso de ven, ven, ven: ven, ven, ven: vamos a Tabasco, que Tabasco es un edén; y entonces es cuando salen las cervezas, los ligués, los bailes, los cachondeos que se ilan copa tras copa, falda tras falda, cama tras cama; él es el único, el maravilloso, el más grande músico de la memoria tabasqueña, quien ha llevado más allá de ultramar las notas cadenciosas de un trópico edénico; de una geografía y de una fauna que ya no existe; de un sentimiento solidario y natural de la esencia de lo tabasqueño, el extraordinario, el maravilloso, el excepcional, el divino Pepe del Rivero. ¡Sí, éñor!

Y aunque no se crea, es un músico didáctico, un músico escolar; la armonía de sus obras se encuentra en todas las clausuras de fin de cursos escolares; ahí están los bailables, el enamoramiento sensual de la pareja, la eufonía de un danzón apenas velado; la pujanza, el entusiasmo, la fe en todo lo que el hombre tiene qué hacer y hacerlo bien:

para olvidar la tristeza, Pepe del Rivero
para dejar la torpeza, Pepe del Rivero
para dejar la pobreza, Pepe del Rivero
para tener la grandeza, Pepe del Rivero
aleluya, aleluya, aleluya, Pepe del Rivero
Pepe del Rivero, Pepe del Rivero,
Pepe del Rivero, Aleluya.

Pero también Pepe del Rivero es un músico político, de aquellos que no se olvidan de Emiliano Zapata (el municipio) y le inyecta su fe y su nostalgia histórica a aquella región de una estirpe ganadera sin precedentes: Montecristo; y es este hombre un ecologista natural, su aprecio a la naturaleza está en las canciones; la esencia de su música es lírica y popular; surge de lo que el hombre común y la mujer común necesitan para establecer un diálogo con los cuerpos, con las pieles; una conversación necesaria para aspirar al infinito, a la trascendencia del orgasmo; en suma, la música de Pepe del Rivero, es una columna de identidad cultural con nuestra idiosincracia.

Desde que tengo razón de ser, mi padre ponía a Pepe del Rivero y a Mariano Mercerón en un mano a mano. Llegaba borracho con sus amigos petroleros y sacaban de sus bolsas de trabajo cangrejos cocidos, camarones de mar y mandábanme a comprar cervezas caguamas. Yo servía en los vasos ese vino (líquido, coño) espumoso y me dedicaba a poner los discos y repetir determinadas canciones. Se armaba en mi casa, cada sábado, lo que ellos llamaban el convivio de Dios. Después en la escuela, con marimbas y a

veces comparsas, volvía a escuchar a Pepe del Rivero, y en verdad, se inflaba el corazón, sentíamos como una caricia en los oídos esa música que no era moderna, sino que ya era como sagrada; una música del trópico, pero con los tintes clásicos de lo pueblerino, de lo popular:

Ya viene don Serviliano y don Leandro Sánchez para tocar.
Anoche de Palizada llegó Pichiche con su timbal
Ya las abajeñas ¡ay ay!, vienen zapateando ¡ay ay!
Y las arribeñas, ¡ay ay!, alegres bailando, ¡ay ay! (...)

Para quienes sólo hemos asistido a la beatitud de su música, no sabíamos que este hombre ha sido uno de los publicistas más fecundos y exitosos de México. José del Rivero Azcuaga, ha trabajado para la televisión y para la radio, y ha producido obras como Teatro de Angel Garasa, Teatro Fantástico, La sombra y Diario de una mujer, entre otras.

Se le han hecho algunos homenajes en Villahermosa y se le han entregado algunos muñequitos como preseas, pero no sirven para nada. En vida, Pepe del Rivero tiene nuestro cariño de generaciones de jóvenes y viejos que hemos bailado con su música, amenizado fiestas aburridas, y lanzar la carcajada mientras tomamos a nuestras mujeres y nos vamos camino de la vida o de la perdición que también está en la vida. Sean estas breves palabras villahermosinas, violetas y tulipanes, jacintos y chipilín para Pepe del Rivero, a quien escuché desde niño, desde aquel cielo no contaminado todavía de un Tabasco que tiene cara de no sé qué.

La mujer grita desde el fondo de la casa, cerca de unos cocos donde está torciéndole el cuello a un pavo de engañoso plumaje:

-¡Ana Laaaauraaaa! Contesta el teléfono.

-Desde una habitación en el piso superior de la casa:

-¡Voooooy!

La mozuela contesta el teléfono y en ese momento, tocan a la puerta:

Rinnnnnnnnn, rinnnnnnnnnn; aunque debía de ser toc, toc.

Ella habla, la mozuela:

-Mamiiii, que si vas a comprar tamales de chipilín y tortillas de maíz nueeeeevo.

La mujer, desde el fondo de la casa (creo que ya lo dije), con un animal de plumas retorciéndose en sus manos contesta:

-¡Nooo! ¡Dile que pase mañana! Porque todavía tengo frijol con pueerrrco.

La mozuela contesta:

-¡Bueeeenooo!.

A Jorge Priego Martínez, I

A.

Abro los ojos y éstos se deslizan por la pared. Buscan como las plantas el suspiro del sol, la brisa impura. Yo busco la calle, el breve polvo del amanecer, las calzaletas de una muchacha que va a comprar tortillas y bosteza los rezagos de un sueño apenas abortado.

Abro los ojos y ya estoy en camino de las primeras piedras.

Debajo de la ventana, en el primer caminito del jardín, donde empieza la orilla de la calle, está un corazón que me aguarda, un monstruo putrefacto que inunda mis narices; es el vientre de la ciudad que ya se apura; son las enzimas de la ciudad que ya me aguardan; son los estertores de la ciudad donde apenas me reconozco, son los carnavales de la ciudad donde otra vez mi corazón respira, y amanece.

B.

Así es la ciudad: los ojillos de alguien a la orilla del río que se retuerce de gozo por ir hacia el mar, viendo las nubes y el cielo que pasan despreocupados arriba de la gente.

Así es la ciudad, un espejo en el río donde los flamingos se reflejan y lanzan sus chillidos de apareo.

Y también es río y lluvia y a veces un desborde en las riberas de tanta emoción y gozo contenido.

La ciudad es así; una alcahueta mujer de cuatro pétalos,
donde alguna vez todos dejamos el ombligo.

C.

Piedra sobre piedra, así debe ser la ciudad.

Pero ésta no.

Mi pobre ciudad de la memoria se anegó de peces, se durmió en sus laureles por ser del trópico: no tuvo piedras ni templos mayores, oratorios con aceites de Málaga, vino de consagrar y obleas romanas; nunca en su vientre los almacenes reales albergaron Leyes de Indias, ni azafranes, paños ocultos a los filibusteros y galletas de soda; ni los cronistas dijeron haber quemado a nuestros dioses.

Nunca más calles empedradas, nunca más;
nunca más campanas al vuelo, nunca más;
nunca más casas incendiadas, nunca más.

Pero tampoco La Mulata de Córdoba, ni La Llorona, ni las diligencias, ni los leproarios.

En esta mi ciudad solamente caseríos, palmas de coco y castañas crudas; iglesias con piso de tierra y cayucos esperando las inundaciones.

Piedra sobre piedra, esa debe ser una ciudad.
Pero ésta no.
La piedra es mi memoria.

D.

De lejos la ciudad: mírala, siéntela, óyela, acaríciala.

¿Ves aquellos caseríos; las bestias que pastan en los campos, las ropas tendidas en los traspatios?

Y esos perros que atacan a los vientos; y los puercos que buscan en la tierra una perla que orle sus sofritos.

Mira nada más las arboledas, las calles trazadas, el panteón, la iglesia y ese parque.

Así es la ciudad de lejos. Nunca vayas más allá de lo previsto. La ciudad te sigue. Recuerda aquello del ombligo, y también de los muertos, tus muertos.

Ahí se enarbolan estandartes. Y éste es el tuyo.

E.

Porque saldrás de una ciudad y entrarás a otra.

Y atrás de ti quizás la memoria, un puñado de besos, el primer grito en la calle y las correrías de la infancia.

No sé si una primera mujer te duela en el costado, la primera cerveza, la bendición del párroco. Pero sí llevarás la brisa de los vientos más fieros, el irte para siempre a otra parte, a

buscar tu pedazo de ciudad que aquí no tuvo piedra suficiente para atar el río a tu pescuezo.

Te irás, ya lo sabemos, pero siempre tendrás un vaso en movimiento oscilatorio, el olor de unas tortillas de maíz nuevo y las carnes primeras asadas en brasas.

Te irás, ya lo sabemos. Pero regresarás de algún modo a morir en tu ciudad.

Para eso la memoria.

Es una leyenda.

Como algunos de los extranjeros contemporáneos que se han instalado en tierras tabasqueñas, Gerardo Rivera es una leyenda, así como Fernando Nieto Cadena y otros de baja ralea y posibilidades de trascendencia.

Pero este bicho raro fue, dice la leyenda, quien enseñó periodismo a los actuales pequeños maestros de los géneros propios del periodismo choco. Los periodistas lo niegan, él lo afirma; desde las páginas del diario Avance, perpetró algunas polémicas y generó opiniones encontradas acerca de algunos tópicos del pensamiento contemporáneo; desde la nota de sociales, hasta las corresponsalías apócrifas de frentes de guerra; desde los testimonios atroces hasta la franca mojigatería de una muerte totalmente literaria; desde fotos de guemilleros donde sobrepone su rostro, hasta cartas que llegaban de ultratumba, donde tenía suscripción con la revista Duda, de leal y ortodoxa duda.

Investigador literario (de esas características raras de Introducción, Selección y Notas), histórico, médico, bananero; pendenciero, erotómano, discípulo de eros y thanátos; fundador de suplementos literarios iconoclastas, es, a decir de propios y extraños, un gran hombre, un gran cabrón.

Su trabajo como poeta lo ha salvado de ser un periodista «pan sin sal, chocolate sin dulce, tamal sin presa» (con perdón de los panes), y ya se ha hecho acreedor de importantes flores naturales y certámenes literarios en la región del sur de México, por no decir Ciudad del Carmen.

Su leyenda continúa viva, porque él todavía está vivo, aunque es hombre de lo más corriente que hay en el planeta. Como padre de familia, deja que sus hijos manden, y eso no se puede permitir, por eso es que es corriente, por padrote o por ser un padre grande. Allá la leyenda.

Lo de salvadoreño ya nadie se lo quita. Aunque ahora, por amor a esta ciudad y a sus gentes (barbero le dicen algunos), es un villahermosino de los buenos.

Memoria de enero: una experiencia zapatista.

La mañana era una presunta bocanada de lobo; neblinosa, con un cargado olor a pólvora; era acompañada apenas por algunos vehículos y ciertas botellas que se rompían varias cuadras a la redonda como delatando la existencia de vida todavía efervescente. Los perros olisqueaban en los basurales y en las puertas de las casas. Un atroz espectáculo de vidrios, servilletas, latas de cerveza, y quién sabe qué cantidad de papel, era el gran collage de la calle y la mañana.

Un silencio ominoso se dejaba sentir en la atmósfera. Desde las cuatro de la tarde del día anterior, mi madre había preparado ya una pierna horneada con pasitas, aceitunas, pimienta y algunas incrustaciones de carne molida, jamón envinado y trozos de piña; el insano espectáculo de la cocina, me hacía recordar las comelitonas de algunas películas que tienen que ver con la Edad Media.

Había ocurrido pues que todos teníamos que estrenar ropa, como ha sido siempre una costumbre mexicana: comprar sidras Copa de Oro, manzanas, uvas, nueces y avellanas; el rompopé para la abuela, el clásico brandy Presidente, Viejo Vergel o una «pata de elefante». Los confetis y la piñata con la figura de un pájaro, del chavo del ocho y, los tronadores: bombas, buscapiés, cohetes, chinitos, luces de bengala, frijolitos, cerillitos.

Todo eso quedaba como al descuido en la porción de memoria que todavía quedaba entre alcohol y oxígeno dentro de mi cerebro. Me levanté a mear, y vi esa mañana densa, pesada, que no dejaba ir así de fácil el olor a pólvora; miré el

desperdicio de comida, las botellas de Coca Cola a medio consumir, el baño vomitado; Estela, Sinohé, Josué y Celia, trambucados cada quien en su área de influencia y casi babeando por la desvelada.

No había bebido mucho pero tenía la cabeza revuelta: eran las tres cajetillas de cigarros que había consumido con mi hermano Marcos, el mecánico, y con su mujer Lupe. Estela le había tupido duro al chupe, y se había discutido con Lupe de sepa qué tantas pendejadas como dice el poeta Jorge Max Rojas.

Caminé hasta la puerta y al abrirla, una señora como de sesenta años se retiraba con un costalillo hasta la mitad de latas de cerveza.

Hacía calor pero no se veía el sol. No tenía en realidad qué hacer. Miré los libros de Albert Camus que acababa de comprar y no se me antojaba en ese momento leer. Tampoco quería estar en la cama sin hacer nada, y ni siquiera tenía ánimos para ir a caminar por algún sitio donde la yerba pudorosamente verde me viese sudar y despejarme de ese insano sentimiento de nostalgia, esa saudade extraña que se carga en los dos últimos meses del año, y que nos hace sentir más humanos, más sensibles, más buenos.

Decidí bañarme y calentar café. De algún modo quería hablar con alguien acerca de los problemas de la educación en telesecundaria y sobre todo en Tabasco, porque creo que es el mismo reflejo de lo que ocurre en otras partes del país;

hablar de una novela espléndida como Barrabás, y la otra que se llama El Enano, del mismo autor sueco, Pär Lagerkvist, creo.

Entre esa indecisión de que tenía qué hacer algo y no querer hacerlo, prendí la radio: música de teclados y toda la fauna de ejecutantes: El pulpo de los teclados, La araña de los teclados, El tiburón de los teclados, El tucán de los teclados, La ardilla de los teclados, El tejón de los teclados, El perro de los teclados... Como no estaba bien sintonizada cambié de frecuencia y ubiqué no sé dónde pero era la voz de una mujer la que hablaba con mucho cuidado al pronunciar las palabras y que su voz fuese clara, que el mensaje también, y a veces repetía la alocución para que se entendiera bien qué es lo que estaba diciendo; yo conocía esa voz, yo conocía esa dicción, yo conocía esa entrega hacia el trabajo periodístico: era Lorena del Carmen, la que trabajaba en el diario Presente, la que se fue a Italia después de la muerte de Juan Garzón Bates, la que le rentaba un departamento a Fontanelly Vázquez (buen dibujante tabasqueño, dicen los que saben), y la que hasta el día de hoy considero mi amiga. Hablaba como aquellos niños que atestiguan el misterio o la visión de un espanto, y cuando lo cuentan no pueden sostener la respiración. Explicaba a un locutor, vía telefónica, de la existencia de un grupo de encapuchados que había tomado por asalto la presidencia municipal de San Cristóbal de las Casas; que se autollamaba Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y que le declaraban la guerra al Gobierno de la República y al Ejército Nacional.

Escuchaba la voz de Lorena que seguía explicando lo inédito del caso, la intención de abortar la celebración de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio, de un levantamiento insurgente con gentes indígenas; llegaron a mí centenares de ejemplos y fragmentos de novelas, canciones y poemas, que hablaban del cono sur, de los desaparecidos, de los escuadrones de la muerte, del ejército de gobiernos pronorteamericanos que abolían los derechos humanos de poblaciones enteras, del caos económico, político y social de esas poblaciones. Algo tan lejano que sólo había atestiguado en la literatura y que de repente me despertaba en año nuevo de mil novecientos noventa y cuatro, a una realidad secundada por un sueño oscuro.

Sentí miedo, y me dije que los del ejército iban a hacer una masacre con esas gentes de San Cristóbal; Lorena decía que los del EZLN tenían tomadas también las poblaciones de Las Margaritas, Ocosingo (pensé en Efraín Bartolomé, que ahí nació, pero como vive en México, D.F., me supuse que estaba a salvo), y dos más que en ese momento se me parecieron tan lejanas y extrañas, como las comunidades marginales de Tabasco.

Era el día de San Manuel, un día de resaca, de poner en marcha las dietas que uno prometió, empezar a beber menos y a fumar lo mismo, cambiar de modo de pensar si es que así las cosas van a salir mejor; leer más, escribir más, ir más allá de lo que treinta años nos permiten en una retrospectiva; ser en definitiva un poeta, un buen poeta.

Pero el día era cada vez más extraño, más pesado; un silencio que no se rompía en toda la mañana, era el aterrador inicio de otros tiempos, que ni siquiera la imaginación nos revelaba. La pachanga de año nuevo fue más que espléndida, estuvieron las familias, comieron, bebieron y quemaron tronadores de Chiapas, de Guatemala y de El Salvador. Hasta la hora en que empezamos a comer las doce uvas, no sabíamos que el futuro era nuestro y además imperturbable, no sabíamos que se podía manchar.

Apagué la radio y me quedé viendo el cartel de Eliseo Diego que alguna vez me regaló Vicente Quirarte. No pensaba en nada.

El título de este texto pudiera ser de un artículo para evocar el pasado, o la remembranza de un cuento de Gabriel García Márquez.

Pero no es así: en boca de Jorge Priego Martínez escuché esta expresión: «Mamá Gaba». Yo trabajaba en un tiempo en lo que se hacía denominar Fonapas-Tabasco, que era el Fondo Nacional para Actividades Sociales. Había llegado a la oficina el original de *¿Quién le corta las alas a los pájaros?* y se iba a publicar el libro. Gabriela Gutiérrez vivía en Puebla y de allá llegaban noticias que en boca de Jorge Priego se difundían con rapidez; eran conversaciones cálidas, agradables, de una mujer lejana que tenía cierto prestigio entre ciertas gentes a las que yo todavía no conocía.

Con el paso del tiempo, Gaba regresó a Tabasco; conocí primero a Agenor González Valencia, su esposo, y a uno de sus hijos, Carlos, recién casado y con ímpetus lúbricos por la narrativa. Cuando conocí a esta mujer, no recuerdo la fecha ni el lugar, me quedó la impresión de haberla conocido desde hacía muchísimo tiempo; era ella toda propiedad, todo léxico, todo amor por la tierra que la vio nacer; es esta mujer el sentido común de la expresión; la que habla sin tapujos y la que conoce el espíritu viviente de la aristocracia tabasqueña; nuestras conversaciones siempre han sido cálidas, amorosas y siempre con afecto hacia la literatura y hacia el periodismo. La boa hambrienta del periodismo se la ha ganado; ella está siempre cercana a la crónica, a la recuperación de la memoria oral, de los tiempos que vivió y que busca a fuerzas (en detrimento de su propia creación estéti-

ca) testimoniarla, comunicarla a otras generaciones de tabasqueños que no pudieron vivir ni constatar aquel Tabasco del que ella formó parte y del que es protagonista.

Villahermosa ha sido su espacio vital. Tabasco su fuente de trabajo, su razón de ser, su alter ego. Nada más despierta, me imagino, y empieza su labor gozosa: mirar el día, sentir la brisa de una ciudad que despierta con los ruidos de los minibuses, con la venta de tamalitos de masa colada, de pejelagarto, de chipilín; sentir la calle Carranza, donde disfrutó la niñez, y reconstruir una ciudad que ha cambiado de fisonomía, pero no de mentalidad, que los villahermosinos siguen siendo ellos, los habitantes de este reino.

Una mujer grande, maquillada, de sonrisa agradable y de palabras de aliento para el trabajo del periodismo, es Gabriela Gutiérrez. Una señora que tiene el respeto de toda la sociedad es Gabriela Gutiérrez; una mujer odiada por los espíritus menores es Gabriela Gutiérrez; sin mucho qué decir acerca de ella, porque ella son sus escritos y sus crónicas, es la estampa viviente de quien se niega a morir sin dejar testimonio en la vida. A lo mejor un día las calles de Villahermosa tendrán su nombre, una estatua para que la caguen los pájaros o una galería de pintura que lleve su nombre aunque se enojen los pintores; a lo mejor. Mientras, es la cronista de la ciudad, la primera mujer, y la primera persona que viene a dignificar esta designación. Ojalá y no se muera nunca.

Caraveo (Manuel Martínez), está cantando una canción de Julio Jaramillo: «fatalidad sino cruel, que en mi rodar se llevó, el más valioso joyel...»; con él está sentado Jeremías Marquines quien hojea la sección deportiva de La Jornada y exclama para sus adentros: «Chin... este Carlos Hermosillo me está dejando mal, hoy no anotó ningún gol...»; a su lado está Jaimito, el representante de Edén García, y Edén García. Jaime anota algo en una agenda nueva, desde una agenda vieja; Edén García todavía tiene las mieles de una cerveza dulce en el hocico, y está viendo -como él ve- algunas calles parisienses y las nalgas de las italianas que, dice él, están perfectas.

Huele a café con espuma, café negro y panecillos de queso, piña y jamón.

En otras mesas está el profesor Madrigal, Juan el Pelón, Godoy que se le anda escondiendo -dice Fontanelly- a Fontanelly.

Hablan de Villahermosa, de libros de arte, de pintura y de las nuevas bailarinas que están en La Terraza.

-Hay que ir, maestro Teo, dice Jaimito.

-Están muy bien, dice Jeremías.

La tarde pasa de algún modo, como en el Café de Artistas de Camilo José Cela.

Pero este es el Selecto. Café de Artistas. Villahermosa, marca registrada.

Cerca del Parque Museo de La Venta, se encuentra el Convivencia Infantil, el museo de Historia Natural y el parque Tomás Garrido Canabal también conocido como Tabasco. Como todos los parques del mundo, está lleno de jóvenes, de estudiantes, de grupos de turistas que vienen a comprobar si esas cabezas olmecas colosales son en verdad de piedra o de cartón. El colorido de los domingos es impresionante. Los villahermosinos beben aguas frescas de tamarindo, de naranja, de coco, de horchata o de limón; a veces cuando es la temporada, de pitahaya. Nunca falta el bote de pozol, la bebida densa y prehispánica que es en cierto modo la identidad cultural de esta zona, en el sur de México.

Así pues, en esta región, que es un área hermosa, llena de árboles del trópico, de tipo selvático, se siguen los mismos patrones de la especie humana; se abaten las plantas, de los rosales sólo quedan las ramas -ni hojas ni espinas-, las tinas de basura que ahora reciben el apelativo de botes, quedan repletas de accesorios de alimentos, latas, sorbetes, bolsas de plástico, frituras, toallas femeninas, pañales desechables, esqueletos de pescado, huesos de pollo, botes de bebidas enlatadas, vasos de helados con marcas internacionales, servilletas, similares y conexos.

Pero esto ocurre en todos los países de habla hispana. No es sólo característica nuestra; rodeando el parque, que una de sus orillas da a una laguna que se denomina De las Ilusiones, y que es orgullo manifiesto de los villahermosinos, se encuentra un puente y en éste se erige una construcción

que se hace llamar El mirador de las Águilas (ojo caminantes). Es una construcción alta, cercana a los veinticinco o treinta metros, como una torre de los castillos españoles, y con escaleras que ascienden en forma de caracol. Dice la leyenda que desde arriba se observa la ciudad: la cálida y tierna Villahermosa, la que nació por el miedo a los piratas; y uno desde ahí mira los techos de las casas viejas que se ven cerca del horizonte; la nueva ciudad Tabasco 2000 (construida sobre los terrenos del antiguo campo de aviación y sobre popales y pantanos), las avenidas y los coches; la torre de Pemex, Exploración y Producción, la torre empresarial que es del Banco Unión donde se enlazaron por primera vez, dicen, como dijera el poeta Jaime Sabines, no lo sé de cierto, a Internet; La Casa de la Laguna con sus prados hermosos y algunos venados que cagan distraídamente en los cuidados jardines de las residencias o en su jaula del zoológico mientras los villahermosinos los observan del lado del parque; la majestuosa laguna que es vivero de peces y también recipiente natural del drenaje de los hoteles cercanos y de quienes viven en las orillas y le roban terreno a las aguas con la complacencia de todas las instituciones que deben impedir eso. ¡Bah!. El asunto es que desde El Mirador de las Águilas se mira la ciudad, y dicen también que es un deleite todo eso.

Se dice también, de los apremios que pasan los (disculpe usted) paseantes al tomar los primeros escalones de ese Mirador de las Águilas; uno nunca sabe, pero si va con la novia, con la esposa, los hijos y los abuelos, el esfuerzo es titánico; pero reconfortante, es que va uno en familia, y la

felicidad es plena, compartida. Se asciende en espiral, poco a poco, la presión de la sangre se empieza a sentir en la respiración y en la cabeza, en los muslos y en el color de la piel; la respiración se emplea a fondo, y como es natural, a mayor altura, la brisa, el oxígeno de la flora que rodea el parque se hace más pleno, más puro; si es domingo o un día de asueto y uno se preparó para salir con la persona que más le agrada y en verdad pasarla bien, ¡cuidado!, algo malo puede ocurrir; cuando usted sienta el vértigo de su organismo que va bien, caramba, ¡qué bien se siente uno estando bien!, y decide disfrutar su ciudad, en los escalones de este mirador empezará a encontrar algunas sustancias que al parecer son plásticas, gelatinosas, y huelen mal: ¡cuidado!, es la mierda de algún villahermosino que no tuvo tiempo de ir a otro lado, porque los baños del parque siempre están con llave, y cuando usted tiene la suerte de entrar a uno de ellos, no hay agua. Pero volvamos a lo nuestro, conforme usted va subiendo, se intensifican los olores; a veces usted capta la esencia pura de los alimentos descompuestos, pero qué va usted a hacer si ya está en camino; o toma el plan A o toma el plan B; si toma el plan A significa que se va a regresar y se quedará con las ganas de disfrutar visual y plásticamente esta ciudad; si toma el plan B, es que usted es un viajero al que no le importan las adversidades olorosas y táctiles que le plantea el destino; es usted en verdad un turista, un hombre de mundo, que va a reconocer que a ciertos habitantes de esta ciudad les gusta cagar en las alturas.

Como esto ocurre en muchos lugares del mundo, no crea que Villahermosa y sus habitantes son copronosequé; siem-

pre hay interferencias en la comunicación de nuestros organismos con la naturaleza: la mierda que a veces aparece en El Mirador de las Águilas, es sólo un fantasma: el arte culinario de la comida tabasqueña que se niega a despedirse sin trascender la felicidad de algún festín.

Un pueblón grande con olor a mierda de puercos y de guajolotes, era la Villahermosa que conocí en 1979. Un conjunto de gentes que camina a tropeles y grita como si no se escuchase a veinte leguas a la redonda. Si uno caminaba esas calles, iba percibiendo las discusiones familiares desde el patio de la casa hasta la calle; el ruido de la hamaca en los horcones o en las vigas, el cacaraqueo de una gallina después de poner un huevo, el chirriar de la manteca en la sartén, esperando con sigilo y ojos atigrados la espera de una mojarra tilapia o tenguayaca, el sonrosado hueso de una chuleta de puerco, o el iluminado solsticio de un blanquillo (así también le llaman acá a los huevos); era el mes de agosto, porque no iba yo por lo fresco de las aceras y de las matas de guayacán y de macuilises (esas espléndidas floraciones amarillas y rosas, respectivamente, que extasían a los espíritus chocarreros del romanticismo, del simbolismo, del bolerismo, del anacronismo, del tradicionalismo, del hedonismo y del pendejismo) sino que iba a media calle, con la intención de comprar el diario del sureste *El Presente*, que no traía nada de información sustancial, sólo puras ofertas de trabajo, y como mi padre quería comprar el medio motor de un auto decrepito que tenía, pues me lanzó a la aventura de conseguirle un ejemplar. Iba yo camino al centro y desde algunos camiones de transporte me gritaban leperadas los viajeros, sobre todo algunos vecinos hijos de la chingada que no se llevaban conmigo; a eso respondía yo con piedras traídas de Teapa, con las que se rellenaron muchas de las calles de esta ciudad; sonaban los chingadazos en el capacete de los carros y en los vidrios; la gente utilizaba el transporte para traer su maíz ya molido desde el mercado; su atado de

pejelagarto o de hoja de tó o de banano (guineo le dicen los que saben), y en muchas ocasiones tongas de papel periódico Rumbo Nuevo, Presente o Avance, que peleaba la gente para hacer piñatas, muñecos de papel, y para el comercio de abarrotes en general; porque a los sanitarios públicos, los usuarios los aderezaban con papel de estraza.

Pues ese pueblón con su olor a pan de huevo y de excremento de puercos llegó hasta donde tenía que llegar, y empezó a desarrollar sus extremidades, a pavimentar sus calles, a entubar sus aguas de popales y pantanos, y despiojar a los críos en las escuelas primarias; a desparasitar vacas y mujeres embarazadas, a ponerle una pizquita de vitamina en polvo a la leche de los recién nacidos, a untarse talco para la erisipela, a quemar las llantas y limpiar los cagaderos (letrinas dicen los que saben). De repente, los trabajadores petroleros hicieron sentir su presencia en los mercados, en los salones de baile, en los juegos de pelota, en las cantinas y algunos muy cínicos, se dejaban ver hasta en las iglesias protestantes (usted sabe que a las católicas llega cualquier gente). En los parques se escuchaban léxicos diferentes a los chocos y leperadas y mentadas de madre que enchinaban la piel de los turcos cultos que iban a pasear y a correr con sus perros, para asuntos del colesterol, de la diabetes y de esos asuntos (valga la repetición) del corazón.

Se sabía que los tabasqueños éramos ricos. Muy ricos, ¡cómo carajos que no! Que de las reservas petroleras del país, Tabasco era una de las más ricas en yacimientos de gas natural y de petróleo. Y que ya no nos íbamos a morir de ham-

bre, ni de sed, ni de ardor, ni de envidia; íbamos a tener trabajo, íbamos a salir de pobres, la vida nos sonreía como si el futuro fuese el culo rozagante de la esperanza. Todo era orgullo y entusiasmo en los semblantes de la gente; los precios de las casas en renta subieron hasta las nubes; cualquier cuchitril costaba tres veces el salario mínimo semanal de un jornalero de comunidades rurales; la ropa empezó a encarecerse, y de repente los centros comerciales tradicionales empezaron a colocar climas o aire acondicionado a sus departamentos de percederos, a sus peluquerías que se denominaron después estéticas y se poblaron de homosexuales serviciales y estilistas de calidad internacional; se empezaron a acondicionar discotecas en los hoteles y se construyeron las primeras salas de música para jóvenes destrampados que bailaban al compás de Gloria Gaynor, The Bee Gees, Boney M., Donna Summer, Glenn Miller, y todo lo que cayera en manos de los chocos olorosos a Paco Rabanne, vestidos con Yves Saint Laurent, luciendo sus joyas de oro en ambas manos; las muchachas regordetas y flaquetas también, con sus hocicos apestando a alcohol y cigarrillos Marlboro y Benson & Hedges, las más despistadas usaban Camel y More; en las maltrechas carreteras (ahora avenidas), las jovencitas y jovencitos pudientes hacían carreras en sus vehículos de ocho cilindros quemando llantas y mentándose la madre como verduleras respetables, a lo largo de la calle Gregorio Méndez, 27 de Febrero y los circuitos del Periférico que ya estaban en construcción y a donde se iban a esconder para esos asuntos subrepticios del amor, ya que los hoteles y moteles, a la chamacada de estos lugares, les resulta, además de demasiado costosos, de po-

cas emociones fuertes; es preferible hacer el amor con la música bucólica de los campos, batirse de mierda de vaca, y no ser sorprendido por los policías rurales del estado.

El aeropuerto de Villahermosa funcionó enfrente del Hotel Villahermosa Viva (hoy Calinda Viva); atrás de él se empezó a construir la gloria de nuestra ciudad, la entrada a la modernidad, al primer mundo del urbanismo, a una ciudad de altura como debe ser una ciudad petrolera, algo digno para que los turistas lo vean, no para que nosotros disfrutemos. Se empezó a llamar Tabasco 2000, iniciada por el ahora anciano Leandro Roviroza Wade y en aquel tiempo flamante gobernador de la entidad.

Como en todos los excesos y caprichos que da el poder, este hombrecito le puso así, Tabasco 2000, cuando debería ser Villahermosa 2000, porque no fue un proyecto urbanista de gran envergadura sino una serie de construcciones de edificios públicos, zonas residenciales, parques recreativos, galerías comerciales; sí fue una obra en la que se dio empleo a muchas compañías, a trabajadores tabasqueños (de peones de albañil no salían) y además de lavadoras de ropa (las mujeres) y vendedoras de tacos y consomés de pollo, pucheros con arroz blanco y muchas tortillas.

Había gente muy estimada como Heberto Castillo quien era a menudo asediado por la prensa, ya que su técnica de la armazón de tridilosa se utilizó como esqueleto de las construcciones de ese Tabasco 2000, que muchos inquilinos ya no soportan (en las zonas habitacionales), pero que

a fuerza de la costumbre ya no se quejan. Quitaron de la ciudad la Fuente de los Pescadores que estaba enfrente de la embotelladora de Coca Cola y de la Pepsi Cola (para que no se peleen) y se la llevaron al nuevo edificio del Ayuntamiento de Centro; el reloj floral también lo llevaron hacia ese lugar para darle color local a todo el asunto, y los tabasqueños no se sintieran mal o incómodos.

Es así como de repente aparece el Club Campestre, Galerías Tabasco 2000, que entre sus más importantes huéspedes se encuentran Liverpool y Woolworth, pizzerías, heladerías, zapaterías, corseterías, cajeros automáticos y muchas minucias más; surgió el flamante Centro Administrativo del Gobierno del Estado de Tabasco, el edificio del nuevo Ayuntamiento del municipio de Centro; cantinas y restaurantes de poca monta pero costosos y con ganas de que la gente no llegue a esos sitios: El oasis (ahí tenían bailarinas), el Freeday (lugar inhóspito y donde sólo se veían videos), algunas fondas lujosas para comer carnes especializadas, y beber lo mismo que se bebe en todas partes, sólo que con clima.

En ese lugar donde se rellenaron pantanos para construir una nueva ciudad, se construyó una nueva ciudad; pero sólo eso; no una nueva mentalidad en la que los villahermosinos entrásemos con nuevos ánimos al siglo XXI, no sólo fue un detonante o un pretexto para gastarse el dinero que Pemex entregó, en ese tiempo al estado, y que el hombrequito que era gobernador, hasta se dio el lujo de dejar en las arcas un montón de ese dinero; no se pudo gastar todo, y eso en

términos de los códigos sociales y políticos de la época, fue una soberana pendejada o una soberbia honradez. Tabasco 2000, ibah!

Hoy, cuando ya están las calles pavimentadas, cuando ya tenemos agua entubada, parabólicas, internet y correo electrónico; cuando los narcos han empezado a hacer sus desmanes en esta región y estamos entrando a la historia virulenta de todo el país, aún seguimos comiendo pochitoques en verde, iguanas adobadas, pejelagarto asado; nos ensalmamos con los curanderos de Nacajuca, de San Carlos, Macuspana, o de Tamulté de las Sabanas; cuando tenemos el carretón de la basura, quemamos las hojitas de almendra o las palmas enfrente de las casas, y hasta el humo de los papeles cagados se deja sentir en las brisas estivales por las colonias populares; los que se van a vivir a otras ciudades, mandan pedir por la vía que sea, su kilo de carne salada, su atado de queques o galletas de Las Dos Naciones, su kilo de cacao y pinole, y algo de dulce de coco; si es posible enviarle carne de venado o de armadillo, ¡hijito, que Dios te lo pague!; seguimos con la devoción de San Judas Tadeo, las peregrinaciones al Señor de Tila y agarramos a cinturonzos a nuestros hijos en el día de San Juan para que crezcan. Estamos ya en el siglo XXI, y los analfabetas continúan su loca carrera estadística, el cólera avanza en la población, la disentería, el dengue hemorrágico y las luchas electorales que siguen siendo tercas y obstinadas.

Villahermosa 2000. ¡Ah, que felicidad es describirla y gozarla! Un pueblón con características de ciudad chica. Los villahermosinos somos los mismos. ¡Salud!

A Jorge Priego Martínez, 2

F

Los estandartes de la ciudad pueblan la sabana;

Una vez al año el colorido de sus pendones hace rabiar al cielo, y rabiar y rabiar y rabiar.

Surgen los flamboyanes, saltan los guayacanes, gritan los macuilises.

En las orillas de la ciudad arden las brasas, los calderos regurgitan sofritos y chicharrones altaneros; una vez al año la ciudad se celebra a sí misma.

Y nosotros, los habitantes tenebrosos, la contemplamos.

G

En la orilla del Playón se bañan las niñas; de jóvenes espíabamos la aparición brusca de sus bustos, de las caderas que se anchan a la vista, del atisbo indirecto de los vellos púbicos.

Era un delirio llegar hasta la orilla del río, que era también de la ciudad y ver el desfile de vírgenes: a nuestros ojos, turgentes labios y cabelleras pegadas a las espaldas; piel cobriza, en ocasiones negra.

Pero la voz y sus gritos chillones, nos siguen todavía en el sueño.

Las niñas eran un delirio en los veranos; y en los inviernos también.

El playón no existe. Existen los vientos.

H

La ciudad tiene jardines y mercados y un habitante ebrio que le ama; no permite que el olvido llegue a las orillas de las almenas; no deja pasar al centinela que se duerme en sus laureles y no completa sus rondas en la Historia.

Ese habitante ebrio lo es no por el vino; por el arrojo de un caballero que es a la vez un buen padre: con sus manos de niño construye castillos en la playa y las arenas se niegan a erigirse.

Un caballero ebrio que está solo quiere aparecer en este poema y yo no lo dejo: Hasta que beba mi última cerveza, y cierre de una buena vez este maldito libro.

I

Abajo del Ayuntamiento, en el edificio viejo, están las fotos de la inundación.

Los estudiantes pasan, ríen y se abrazan. Señalan rostros que miran a la cámara, perros y gallinas arriba de los cayucos, niños desnudos bañándose en las aguas que bajaron de la sierra.

La gente mira como se mira a otro mundo.

Yo también; de frente a una gráfica donde mi abuelo bebe una gaseosa y pela sus dientes de caballo.

J

Las calles de la ciudad son tripas largas: un enredo de calles y avenidas que doblan por las orillas de las lomas, siguen el camino de las aguas, regresan por mercados sobre cayucos, cerca del Playón, y vuelven a oler como en los fogones donde se asan las mojarras.

No son de piedras, la ciudad no tiene, pero sí de barro. Son calles hermosas que tienen sus bordes bien trazados, orillas de jardines tienen, o cercas de verracos y pavos.

Las calles son vericuetos que se pierden entre las casas, senderos nada más como la vida. Nervios de esta ciudad apenas comentada.

Todos saben cómo empezó. Todos saben cómo cantó por primera vez. Todos han bailado su música y se expresan de él con emoción, con ternura, con afecto. Él es Chico Ché. El hombre que en Tabasco ha desmitificado la música popular, o la ha consolidado, y ha roto en pedazos el aserto aquel de que nadie es profeta en su tierra.

No es música folclórica, ni un sincretismo de formas y ritmos; es una mezcla extraña que de un modo monótono hace mover las puntas de los pies; se mete en ese extraño y desacompañado ritmo del trópico que oscila entre la huevonería y los movimientos brisáceos de lo estático, permitiendo que quien baila no se canse.

Así la música de Chico Ché. Quienes sólo escuchamos discos de acetato, y alguna vez bailamos en pachangas de quince años o en reuniones de ocasión, y éstas parecían aburridas, sólo teníamos que esperar a que alguien pusiera a Chico Ché para que se animara la fiesta. Algo así como la música más tradicional de Pepe del Rivero.

Pero con los ritmos de Chico Ché, nadie podía estar quieto; este hombre era la rebeldía lexical, el monorritmo, la contraria, la irrupción expresiva y verbal de otra cosa que se quedaba en la ironía, en el sarcasmo, en el valemadrismo. Lo que la gente del barrio y de la colonia piensa y siente y dice y quiere decir, encontraba eco en las letras estereotipadas, clichés de Chico Ché, que expresaban, la neta, lo que se siente.

En Chico Ché se hallaba al cuate, al cómplice; se iba a sus bailes a verlo cómo bailaba con su mono de obrero y sus

lentes negros, cómo se desplazaba sin saber bailar, por el tablado; se iba a él para encontrarse con uno; con un cabrón analfabeta que tocaba y cantaba como si estuviera practicando en la sala o en el patio de su casa; estar en un baile de Chico Ché, era estar en camaradería compartiendo el café, hablando de la enfermedad de la vieja, o de las exigencias de hembra o de las bondades del patrón; no se sabe si existió una tendencia en la música de Chico Ché; abundan letras de corte social y político, desencanto en algunas y entusiasmo en otras. De todos modos, este hombre del overol sigue vigente en el corazón de los villahermosinos, quienes se han dado a la tarea de organizar una colecta permanente para erigir su estatua, producir una radionovela o una película con su vida; una biografía quedó truncada por ahí, pero a menudo la gente baila con él, come con la música de él, duerme con él: en las pachangas, en los restaurantes y en las cárceles.

El día de su sepelio, se congregaron cientos de personas en el panteón central que está cerca de la Catedral del Señor de Tabasco. Casi todos los músicos del estado estuvieron ahí interpretando sus canciones; se vendían palomitas, empanadas, se regalaba pozol; de muchos restaurantes se enviaban víveres para que la gente soportara el calor; yo estuve ahí con Estela y los chamacos, y bebimos pozol y comimos empanadas; se hablaba de Chico Ché, no se hablaba de otra cosa importante. Sabíamos que habíamos perdido un símbolo de algo pero no sabíamos qué; éste es un villahermosino ilustre, y todavía no lo tenemos perdido: baila en nuestros corazones.

No sé cómo puede hablarse de la cerveza sin llegar a los problemas morales, económicos, sociales y psicológicos que el consumo del referente de esta palabra provoca.

Cerveza es una palabra mágica; convoca a los amigos a degustar determinado líquido porque la marca es importante. Algunos se enfrascan en discusiones bizantinas en las que no se llega a nada, y siempre se concurre en la palabra salud, en el choque de vasos o culos de botellas, y beber la sustancia tan largamente paladeada por las sociedades cultas e inteligentes. Después de varios litros consumidos de este líquido, se va uno a los baños a mear, leer los grafitis, y decir, lo importante de mear es hacer espuma.

Y beber cerveza puede ocurrir en cualquier parte como el hecho de hacer el amor, nada más que uno se acomode, que no se le vayan a entumir las piernas, y a darle.

En Villahermosa la gente bebe debajo de los arbolitos de tamarindo, a la sombra de un muro en construcción, en el taller mecánico, estacionados sobre la carretera federal con el cofre levantado para que los polis de la federal no se las huelan, en las cantinas, en los bares, en las cervecerías, en el taller de pintura de un artista cualquiera; se llevan siempre envueltas en papel periódico o en bolsas de plástico de centros comerciales comunes; en los carritos de paletas de los «chapitas» (chiapanecos desplazados por la guerra, casi siempre de San Juan Chamula); en las cajas de enseres de los boleros (o los que «dan grasa»); se sigue bebiendo dentro de la catedral del Señor de Tabasco, en los parques públicos

siempre y cuando se moche uno con la policía preventiva; en las aceras del domicilio de uno (como en Jalpa de Méndez, todo mundo bebe frente a su casa y la policía no puede hacer nada, si optan por algo, nada más se meten, cierran la puerta y san se acabó; además los policías son pocos y el pueblo jalpaneco no entra en las estrechas celdas de la cárcel municipal); se sigue transportando -latas, caguamas, medias, cuartitos-, en morrales nada discretos (dice Pilar Márquez que en la onceava bolsa de un chaleco de fotógrafo profesional cabe un six y en la décima, otro, tranquilamente), en ataditos de mecates, en bolsas escolares o, vilmente y con toda la discreción del mundo, a vidrio o lata pelada (como ocurre en la población Tamulté de las Sabanas) como si fuera (y creemos que lo es) un orgullo ir hasta el depósito y la cantina, o a los bares y discotecas, a beber con toda la presunción que nos puede dar un grado académico o la Lotería Nacional. Vamos con la frente en alto, con el pecho henchido, con la naturalidad que nos da nuestro sentimiento patriótico: nos vale madre.

La justificación

Dicen, yo no sé, que el licor y el vino siempre han estado asociados a los rituales de las comunidades primitivas y cultas. De ese modo somos más sensibles para acercarnos a lo desconocido, a Dios, al amor, a las mujeres y a la muerte. Las bebidas fuertes son de sentimientos fuertes: la cerveza es de un espíritu noble, para caballeros de grandes vuelos y para la bondad de la carcajada estentórea.

Y es que no cualquiera tiene abiertas las puertas del reino y de la felicidad. Muchas personas son abstemias, lo que no significa que han elegido el camino del bien, sino que simplemente sus organismos están secos para operar orgánicamente las funciones a las que la cerveza está encomendada: dar felicidad al sediento de un modo en que se conjugue entre el espíritu y la carne, la connotación de lo divino.

La bebida espiritual se ha repartido geográficamente de igual modo como los hombres se han ubicado en los lugares donde la naturaleza es pródiga para reproducirse, uno y el universo. Ahí donde están las aguas magníficas, donde las fieras son susceptibles de ser domesticadas, allá donde los granos se multiplican y las plagas son escasas; donde podemos trazar las calles y las plazas, los conventos y las zonas de gobierno, donde el misterio es llamado con las oraciones del pueblo, ahí es donde nos hemos asentado, y están los desiertos, las costas, las montañas; están los bosques, las zonas frías y templadas, los magníficos viñedos de las zonas mediterráneas.

Así como se ha repartido la gente en el mundo, así el vino, las aguas que queman gargantas, las aguas de fuego. Pero la cerveza es otra cosa, el descubrimiento de no se sabe qué misterio.

Y como en gustos se rompen géneros, la gente tiene sus gustos y sus géneros, sus marcas preferidas de cerveza y sus destinos inciertos.

En Villahermosa los bebedores son iguales que en todo el mundo. Llegan a sus lugares de adscripción, toman la botella oscura, clara o verde, se sirven en vaso o toman de pico. Lo importante, en las zonas de trópico es que estén bien frías, es pasarla bien, tomar las botanas que ellos mismos (los bebedores) preparan y no las miserias que dan en la cantina más común -sal y limón-; los aderezos para beber cerveza, son, en muchas ocasiones, las melodías de corte ranchero, o las que la moda imponga: Los Bukis, Juan Gabriel, Lucero, Vicente Fernández (el Gurú), Ana Gabriel, Laura León, etc. También es importante el hecho de beber a campo abierto. Muchos de los lugares de Villahermosa están en los traspatios de las casas, en lotes baldíos, donde pueden estar las bailarinas, los tecladistas y el de la barra.

Una cantina tabasqueña, es un teatro pobre como las propuestas de Augusto Boal: solamente lo necesario, porque a lo que se llega es a beber. Nada del otro mundo, ni de Latinoamérica, ni de Europa: un almanaque de La Trevi, la foto de Madonna, el culo de una gorda que posa desnuda, o un charro mexicano que se desgañita en quién sabe qué grito de patriotismo o de lloriqueo sentimentaloides. La museografía y la coreografía no es en verdad ostentosa.

En este pueblón llamado Villahermosa, que de maravilla sólo tiene el nombre (sus calles están pavimentadas pero llenas de basura, de baches, de banquetas rotas y escaldadas), existen más cantinas y cervecerías y depósitos que escuelas públicas y supermercados. Muchas están registradas ante el

Ayuntamiento, pero la mayoría subsiste a través de las ventas clandestinas. Como en todos los lugares, los clandestinos son una mina de oro para las autoridades de Hacienda y de Finanzas. Nadie sabe de qué se habla, nadie ha cobrado nada, todo está a salvo y escondido. En Villahermosa los funcionarios públicos tienen sus negocios con giros turísticos, hacen favores para recuperarlos cuando estén desempleados, protegen a tratantes de blancas y esconden los expedientes de investigaciones en proceso por los disturbios que ocasionan. Es vox populi que la policía judicial está al servicio de estos burócratas estatales y federales, prueba de ello es la prensa que ha hecho un seguimiento de todo esto, y han comprobado (nosotros también, los bebedores, claro, los elegidos de Dios) que los judiciales del país y los estatales, lanzan amenazas y tiros en bares y cantinas sin que nadie les diga nada.

Pero ellos también son seres humanos y tienen que llegar a beber. Para que una persona llegue a beber a una cantina se necesita, primero: ganas de hacerlo, tener en el paladar la sensación de ausencia de la bebida helada que nos va a llevar al paraíso; después hay que tener dinero. Con esas condiciones ya estamos adentro de la piscina bebiendo y escuchando la música apropiada. Pero podemos aburrirnos. El cantinero o la mesera necesita querer al cliente, apapacharlo, darle por su lado, de lo contrario corre el riesgo de que no se le dé propina o se vaya uno con la música a otra parte.

Para aquerendar al cliente, es necesario limpiarle la mesa cada rato (hay algunas cantinas en Villahermosa que no co-

nocen las normas de higiene y que de los urinarios o meaderos, sale uno apestando a orín o vomitando; no, si de que los hay los hay), servir sal y limón cuando se requiera y las acostumbradas botanas (cuando las hay).

Si el cliente está a gusto con las botanas, no solamente no sale de ese lugar, sino que lo recomienda a sus amigos. Las botanas más comunes que se dan en las cantinas de Villahermosa, son las patitas curtidas, las tostadas con atún, menudencia de res al adobo, carne molida con tortilla y chile, morcilla frita con cebolla, chile amashito y tomate, o, de perdida, cacahuates (que en verdad para estas lides son de baja ralea, pues en lugar de sobrellevar la borrachera, solamente dan consistencia al vómito: Juan de Jesús López, alias «El Pelón», dixit.).

La estrategia viene presuntamente de una herencia española, de los bocadillos que se han denominado «tentempié», pero que en ciudades como Mérida, Yucatán, o en poblaciones de Campeche, han sido motivo de charlas, libros, artículos, crónicas y demás divertimentos culturales. Dada la cercanía geográfica con Yucatán y Campeche, es como creemos que se empezaron a proporcionar botanas en las cantinas de Villahermosa, pero de un modo inconstante, sin inaugurar ninguna tradición ni respeto al bebedor. En otros lugares del país, las cantinas se sostienen de estudiantes que llegan, se tragan dos, tres o cuatro cervezas, almuerzan sus botanas y se van a descansar después de lidiar con sus profesores analfabetos. En esta ciudad no hay esa tendencia y

además las botanas son en realidad (cuando las hay) espantosas y desabridas.

Con las mujeres no hay manera, decía Boris Vian, y con las cervezas tampoco, digo yo

Las cervecerías son clásicas en todo el mundo. Centros de bebidas ligeras, de charlas a veces también ligeras, o densas según la tónica y el tema de la plática.

Sus nombres son variados como las que existen en Villahermosa; La Batea (q.e.p.d.), El Barzón, El Caballo Loco, La Negra Cupido, El Tamarindo, El Marrakesh, El Xakalito, El Candil, El Gato Negro, El Chejé, El Pejelagarto, Riobamba, Brunos, Marcos el Pinto, El Mocambo, El Caguamo, La Choza, El Rico Sabor, El Presidente, El Impala, La Playita (q.e.p.d.), Los Faroles (q.e.p.d.), El Veinte Veinte, Las Garzas, La Jungla, El Güichi-Güichi, El Vanessa (q.e.p.d.) dentro de este peréntesis, la nostalgia de Ricardo Torres), El Cuarto Frío, El Malecón...

Sus promociones van desde la cerveza con un pedazo de servilleta en el pico, sal y limón, hasta la promoción de dos por uno o el cubetazo (que son seis cervezas por el precio que la inflación establezca) en una cubeta con hielo.

A veces se pregunta uno si todo esto no es más que un aquelarre de los imbéciles. De las especies menores que se reúnen a consumir sus miserias existenciales y a dialogarlas. Pienso que para eso sirve la cerveza, y los villahermosinos,

no son más que remedos de otras especies que se dejan llevar por mismos los instintos (ay mojo Jeremías Marquines). Nada importante pues, son los habitantes de esta ciudad: borrachos moderados, escandalosos, tímidos y compulsivos. Como toda la generalidad de las generalidades, en este texto pasan inadvertidos.

Alabados sean, compañeros.

Personae: Edith Matus de Sumohano

¿Es una mujer flaca? ¿Gorda? ¿Chaparra? ¿Melenuda? Parece que éstas interrogantes no son suficientes. Las preguntas deben ir hasta el laboratorio donde una mujer villahermosina maniobra con destreza y precisión los ingredientes de un platillo regional. La mujer se llama Anicasia, Bartola, Pancracia, Yuli Llanet, Eneri Yanelli... pero no. La mujer a quien me refiero se llama Edith Matus de Sumohano y deambula en la mayoría de las casas tabasqueñas.

Edith Matus de Sumohano es la autora de un libro fundamental: Libro de cocina de la mujer tabasqueña

Las jovencitas aleladas que están a punto de casarse la consultan; las villahermosinas que nacieron en otras geografías del territorio nacional, se adecúan y se actualizan con ella, los hombres solteros y abandonados se congratulan con las orientaciones sabias y serenas, que doña Edith proporciona a toda gente de bien.

El libro de cocina de la mujer tabasqueña no ha sido un hit de librería; es un libro necesario, fundamental. Se localiza y se consulta en bibliotecas públicas, escuelas primarias, secundarias y preparatorias; en restaurantes, comedores, fondas y expendios de comida corrida; en salas de consultas antropológicas, zoomorfas, homófagas, lesbifagas.

Todos tenemos que ver con ella. Gracias al libro que escribió me he convertido en un diestro alquimista y un eficaz preparador de caldos y comidas corridas; preparo con sin-

gular regocijo: puchero de res, frijol con puerco, mondongo y carne de cerdo en verde; mole, estofado, carne salada con chaya, frijol refrito con queso, pollo con fideo y perejil, hígados encebollados, ropa vieja, carne picada con arroz, mojarra entomatada (a la veracruzana dicen), mojarra sudada (al baño María dicen), morcilla con salsa mexicana, tamal de chipilín, tamal de chaya, tamal de caminito, tortillas fritas (cortadas en forma de triangulito o enteras), empanadas de jaiba o de cazón, tostadas de jaiba o de cazón, panuchos de jaiba o de cazón, tacos de jaiba o de cazón, etc... de jaiba o de cazón, agua de tamarindo, agua de naranja, agua de pitahaya, agua de limón, agua de marañón, agua de cacao, agua de guanábana, agua de coco, agua de toloache, chorote, pozol y avena con cacao «Tapijulapa».

II

La Flora y la Fauna tabasqueñas se describen sabrosa y nutritivamente a través de platillos exóticos, rituales y paganos donde se entremezclan en armoniosas sinfonías pescados y mariscos, carnes, ensaladas, aves, postres y dulces típicos, así como un conjunto y variedad de refrescos y aguas de frutas.

Esta obra nos brinda información sobre el uso y consumo de algunos animales y plantas en peligro de extinción, que no hace más allá de quince años se observaban y compraban en el mercado de Villahermosa, nuestra ciudad (ay mojo Geney Torruco).

La edición de esta obra que conservo en mi poder, data de 1977. Algunas reediciones posteriores se han agotado y considero necesaria una validación y exégesis de esta obra de cultura popular por parte de los comensales y bebensales que aún perseguimos con furor y osadía una iguana adobada, salpicón de venado, tortuga en su sangre, pochitoque en verde, armadillo asado y con ajo, patillo en chirmol (o celestialmente guisado en adobo con papa, chile amashito, achioire y perejil) pejelagarto asado (o en caldo), cangrejos y jaibas en chirmol o cocidos; y la cosecha de mujeres (¡ánimo razal), nunca se acaba...

En mi catálogo de villahermosinos ilustres aparece este libro producto de largos años de investigación, recopilación y clasificación cuya autora aún no sé si es gorda, flaca, chaparra, greñuda o desmelenada que es lo mismo. Si está viva o está muerta ya es cuestión de eternidades. Yo admiro su destacada labor y su larga experiencia para escribir este libro. Lo único que lamento es que este volumen que ahora hojeo se encuentra lleno de aceite, fósiles de frijol y algún fragmento de lo que pudo haber sido una clorofílica hoja de cilantro o perejil.

En la esquina que forman la avenida Niños Héroes de la colonia Atasta de Serra y 27 de Febrero, justo a la altura de la Fuente del Chorro, estaba un negocio de alimentos: era una fonda rústica con cuatro o cinco mesas y que no tenía, en lo general, ninguna gracia.

Por las mañanas uno pasaba al mercado, se encontraba con el que vendía guanábana con leche, que se ponía contraesquina de este negocio que he citado.

Por la tarde, ya se escuchaba el trajinar de artefactos e instrumentos técnicos en lo que me imagino era el laboratorio o cocina. Todo intrascendente, como en cualquier fonda. Y así hasta que realmente entraba la noche, y el lugar se convertía en un oasis.

Villahermosa, sólo un pueblón que dormía a las siete u ocho de la noche hace quince años, que los villahermosinos se iban a tomar cerveza o de putas a la Puerta de Hierro, el callejón de Las Treinta Entradas, El Paraíso, El Galeón, La Escondida, o La Turca; a la altura de las doce de la noche hasta las tres o cuatro de la mañana (o hasta acabar existencias), Musulunga (así le decían al señor que gerenteaba el negocio), se convertía en el sultán, en el amo de una jauría de villahermosinos hambrientos que venían de los moteles de paso, o que estaban en el estribo de la primera cruda.

Eran suculentos los mondongos con su pimienta gorda flotando en el plato; los pucheros de res con harto chile, que hacían a los comensales volver a cargar baterías para seguir

tragando cerveza y ver los amaneceres a la orilla del río Grijalva o en alguna laguna que no apestase a fango o huevo podrido.

Todos hablaban con orgullo de Musulunga, de los caldos de Musulunga, de los tacos de Musulunga, del pozol de Musulunga; los villahermosinos discutían si en verdad era importante el «toque», el «sazón» que le imprimía al mondongo y al puchero, que era una delicia comer esos alimentos para terminar la juerga, o iniciar la segunda fase de la pедера. Y en verdad así era; no reparábamos en las bubas y en las verrugas que este hombre tenía en sus manos, ni si era erisipela o cascajos los que colgaban de sus codos. Como quiera que sea, los mondongos eran los que importaban para acompañar la borrachera, no los dioses higiénicos de la prudencia.

De un momento a otro, el local que ocupaba Musulunga se convirtió en una pozolería que no llegó a progresar porque el pozol es solo para mediodía y la cerveza no.

Donde quiera que esté Musulunga, es necesario decirle que todavía se extrañan sus mondongos, que Villahermosa es otra cosa, y que de él (cocinero de una generación de individuos nocturnos que abrevaron en sus palanganas y peroles), los villahermosinos de hoy se acuerdan, felices, agradecidos.

Lo conocí en las instalaciones del Agora Fonapas. Él había llegado desde Puebla para hacerse cargo de la coordinación de las casas de cultura en Tabasco.

Era un hombre pulcro (creo que todavía lo es) zapatos lustrados, pantalones bien planchados, camisa de vestir, reloj, perfumes y desodorantes apropiados (para contener la euforia del sudor y los malos olores); bigotes bien peinados, cejas y cabellos cortados tal como lo mandan los canones.

Ataviado de un regionalismo universal, le escuché por primera vez su declaración de principios: «para mi, primero Tabasco, después Tabasco y por último Tabasco». Traté de ocultar mi Juvia para no contradecirlo. Pero fue inútil, me dijo: «esta bien que leas eso, tú necesitas leer bastante».

Su amor a Tabasco le llevó a emprender una de las tareas más absorbentes realizadas por tabasqueños empecinados en Tabasco como Manuel Mestre Gigliazza, Francisco J. Santa María, Manuel González Calzada y Geney Torruco Sarabia: la tarea de leer, seleccionar, clasificar, jerarquizar y publicar todo tipo de noticias, textos, documentos y obras literarias escritas en Tabasco y que tengan que ver con Tabasco. Esta tarea personal la realizó en un suplemento cultural editado semanalmente en las páginas del diario Novedades de Tabasco, durante más de 10 años, de un modo obstinado e indisciplinadamente ininterrumpido.

El trabajo de Jorge Priego Martínez fue acogido con beneplácito en los periódicos murales en las escuelas de ense-

ñanza pública, en hemerotecas y bibliotecas, en instituciones de carácter cultural, así como en tiendas de abarrotes, pollerías y pescaderías.

En esa labor desarrollada con obtusa regularidad, encontramos el itinerario, la efemérides y la evolución de la población intelectual de Tabasco. Un trabajo semejante a éste no tiene paralelo todavía.

La tabasqueñidad de Jorge Priego Martínez, su vocación de lexicógrafo tardío, sus batallas personalísimas para fomentar y preservar un rasgo de la identidad cultural de Tabasco, lo ha llevado a escribir un libro con el que historia con singular pasión el zapateo tabasqueño.

Solo, Canoso, Avejentado por el tiempo, recibió de la perversa y guasona voz de Lácides García Detjen, la investidura de: la abuelita(o) de la literatura tabasqueña. Bromas e invenciones aparte y aunque originario del puerto de Frontera, Jorge Priego Martínez es un villahermosino activo. Su charla anecdótica y sabia, es de aquellas donde la tarde pasa inadvertida y la noche no se sabe si llegó o se fue.

Como poeta es otra cosa y Viaje de arena su único libro de versos, aparecerá como novedad editorial en el 2000.

¡Alabao sea, coño! ¡Joder!

Los hechos en la vida de un poeta son harto vulgares
Wallace Stevens

Nací entre las calabazas y el aroma de los cacaotales, dicen, una mañana atosigante del mes de abril de 1964, pero fui asentado en el registro civil por mis padres (después que ellos consideraron que ya no tenía problemas con el mal del pujo, la mollera y el mal de ojo), hasta el cinco de mayo.

Por ese tiempo gobernaban los macabiles y las orugas, los zopilotes y las culebras de agua, que en los carnavales llegaban hasta las orillas del pueblo e improntaban su presencia de bichos en transición de una temporada del año a otra, con el fin de mantener en la panspermia de lo natural, aquella reminiscencia de los orígenes de la tierra, entre el lodo y el abandono en que estaba sumido el municipio de las ollas de barro.

Nada tan casual para escribir de situaciones bucólicas que las motivadas por ese pueblón grande que es Cunduacán, Tabasco, bien llamado de algún modo La Atenas de la Chontalpa, porque ahí nacieron José Eduardo de Cárdenas, Agustín Ruiz de la Peña, Manuel Sánchez Mármol, Arcadio Zentella Priego, Alfonso Taracena, Dionicio Morales y yo.

Mireya Ruiz Rivera, la mujer que me parió, fue la causante de que me acercara a las palabras; primero, la muy floja, adormeciéndome en la hamaca con canciones nada tiernas como aquellas que cantaban las hermanas Núñez, Flor Sil-

vestre y Lola Beltrán que hablaban de amoríos campiranos idos, de infidelidades nostálgicas, de arrebatos efílicos por la ausencia de valor para seguir amando; después, impulsando a su dulce tesoro a interpretar las más bellas poesías escolares para niños menores de ocho años.

Yo era una «bolita de grasa y de ternura» dicen, (las lenguas siempre queman), que con shores y camiseta blanca me iba todos los días a la escuela, escuchando por la calle la radio donde Sibilla Zurita hablaba de muertes y más muertes y llamados a quién sabe quién, porque en tal ranchería estaba ahogándose casi toda la población, a excepción de las reses que habían sido llevadas con anticipación a tierras altas; llegaba a la escuela y la maestra, con una mirada siniestra, me esperaba desde el fondo de ella, «y arrodillada», para indicarme que el próximo lunes iba a llegar el supervisor y que deberíamos (así decía, la democrática) hacerle un programa de bienvenida, en el que indudablemente tenía que participar yo, con mi excepcional voz de infante irremediable y de escenografía escolar (dicen también las fotografías desde luego, que era un gordito de aquellos bien alimentados en la fe y en la gracia del petróleo: cachetón, curioso, de ojos bobalicones y de semblante fiero cuando disponía de Coca Colas y pasteles).

A todo decía que sí: a los bailables, a los concursos de declamación, a los periódicos murales, a las vallas para recibir a candidatos a puestos de elección popular, desde luego que del PRI, como José López Portillo y Humberto Hernández Haddad, agarradito de las manos de amigas y

de maestros; gentes del pueblo que llevaban banderitas y gorritos del partido, confetis y vasitos de agua de jamaica o de horchata, en ocasiones nos repartían un trozo de torta de jamón con queso amarillo.

Los campos petroleros de mi infancia no sólo tienen el registro en la memoria de una bonanza reflejada en la construcción de calles, en la proliferación de la vida alegre y vana, en el incremento estadístico de cantinas y prostitutas, en el valemadrismo y prebendas de autoridades, pues en el fondo quienes tenían la razón eran los trabajadores de la industria y no los maestros, ni nadie más que los lenguajes propios del óxido y de las maquinarias de hierro y aleaciones: mi infancia tiene ese aroma de nostalgias, ese material de carbones que nos alejó de la música clásica y de salón, por meterse en los billares, en los casinos (que en realidad eran grandes bodegas para almacenar equipos y herramientas de Pemex), y en las zonas de tolerancia, zonas rojas donde la mayor parte del tiempo estaba nuestra masturbación y fantasía primeriza.

La formación literaria

Las primeras lecturas formales fueron las obras de Ernest Hemingway, Efraín Huerta y Jaime Sabines. Fue un acercamiento de lecturas titubeantes que aparentemente hacían lúcido y letrado al portador de esos libros en la escuela secundaria, y de algún modo, fortalecían el prestigio del laureado declamador de certámenes en certámenes de poesía. Pero, aunque ya se daban nuestros primeros borradores

modernistas en hojas manchadas de frijoles y aceites de la mesa de cena, no existía todavía la magia del proceso creativo en la voz. Eran, aquellos textos lastimeros y dolientes, espectros de una visión del mundo concebida en los basurales de ultramar, en los recónditos vuelos de pesadillas y sueños, en las pálidas sábanas de trópicos inmiscuidos en la canícula después del día de San Juan; nocturnos viajes por las planicies y los acantilados donde los cómics asumían las directrices de la aventura o remedo de canciones españolas en boca de Raphael, Camilo Sesto o Julio Iglesias que desataban una lujuria adolescente entre las piernas de las discípulas y hacían de ellas una tierna adoración.

Y los textos hablando como siempre del amor, de las mujeres y de la muerte; pocas veces incidían en la reflexión de la lengua, de la misma sociedad o del acto o proceso poético. Latente ante todo, estaba la vida.

Y en esos primeros textos, la vida era una masa amorfa, que en términos de una poética modernista, buscaba expresarse. Y lo hizo. Los poemas de una temática amorosa contenían riscos, fraternidad, cisnes, plumajes, diosas y destinos encontrados. Eran abundantes las rimas, los gerundios, los adjetivos, incluso la utilización del hipérbaton. Copiaba temas, hacía paráfrasis de textos completos, para ver cómo se oían con mi voz.

Cuando descubrí la existencia de Odas Elementales, bendije a Pablo Neruda. Era posible escribir de los temas más fútiles, vanales, intrascendentes, pero me daba cuenta que

esos temas, a más de ser cotidianos, tan a la mano y a la experiencia de uno, eran también los más difíciles, los más complicados para aprehender a la realidad en pocas palabras o por lo menos en una imagen o en una metáfora contundente. Me fui por los caminos fáciles de Pablo Neruda, por el tono del canto, de la canción elegíaca, por el arte y la verdad para la confesión, para esa poesía latinoamericana que hablaba de compañeros caídos, de la verdad del comunismo, de las enseñanzas de Mao Tsé Tung (nos regalaban unos libritos rojos de pastas plásticas, donde venían las siete tesis filosóficas), y de la liga Comunista 23 de Septiembre de Lucio Cabañas; de las osadías de Manuel R. Mora como tirano (?) en Tabasco que no permitió que los «jóvenes intelectuales espurios» de esos entonces, culminaran su propuesta de impugnar a los estratos tiránicos de la sociedad tabasqueña y quemaran la bandera nacional. De eso hablaba la poesía que leía, y de eso intentaba escribir, cuando llegué al taller literario que Fernando Nieto Cadena coordinaba en la Casa de la Cultura de la UJAT.

El grupo

La primera vez que ingresé a los aposentos de la Casa de la Cultura de la UJAT, me encontré con un cuadrángulo que al fondo tenía como monumento la figura grotesca del Juchimán.

El patio estaba bien lustrado, oloroso. No sólo había en la atmósfera desinfectantes y jabones, sino también un riquísimo aroma de café y olor de cigarrillos. Miraba con respeto

los pilares y los grandes ventanales del segundo piso, me imaginaba que en ese lugar habían estado los españoles de la conquista, que en el patio le habían puesto en la madre a los indígenas chontales, como había ocurrido en otros lugares de la República, que incluso habían quemado a uno o dos cristianos.

De la segunda planta del edificio bajaban sonidos de pianos y guitarras.

Alguien hacía indicaciones, decía que se debería hacer con más soltura, que intentara tal o cual círculo, con tal o cual pisada...En otros ámbitos no se escuchaba nada, solamente carcajadas y voces prosaicas que indicaban el uso de colores y de ciertas texturas, eran los de dibujo y pintura. Y antes de llegar a los baños, estaba el taller literario. Se oían comentarios, voces que refutaban determinada observación, citas de libros, de cine, de teatro...Llegaba yo indeciso, con las instrucciones que me había dado la señora Ondina Cataldo Suárez -no se puede entender ese lugar sin ella-, hasta llegó a domesticar al nefasto Gustavo Priego Noriega.

La primera vez que llegué al grupo estaban dispersos como siempre, Fernando Nieto Cadena, Delia Sambarino Birri, Rodolfo González Maza, Jorge Lamoyi, Dolores Bravo Ramírez, Salvador Córdova León, Bertha Ferrer, entre otras personas desconocidas.

Fue más el nerviosismo de estar entre escritores que tenían todas las cosas en común que yo, pero que habían publica-

do en otros lugares diferentes a Tabasco. Eso me inhibía. Eran importantes. Sus textos tenían el olor a tinta, los habían leído quién sabe cuántas personas, y yo estaba en ese camino de decir cosas, de escribir, de ver mi nombre entre los librereros. Eso me daba pena a la vez que un miedo enorme a mostrarme tal como soy, tal como pensaba y sentía en ese momento. No sólo estaba en busca de mi propia personalidad, sino que estaba frente a individuos que habían leído más que yo, que eran de otros países como de Argentina o del Ecuador, o de Paraíso, Tabasco, o de tal o cual colonia popular de Villahermosa. Ahí estaba yo leyendo pues, uno de mis poemas en los que -según ellos- lo más importante y rescatable de todo era la idea y una rima difícil de lograr: riesgo con Francisco. ¡Bah!

Mi primer encuentro con el grupo fue en la sesión de las mañanas. Ahí me dijeron -Fernando Nieto Cadena- que mejor buscara otra actividad donde me entretuviera, porque lo que él miraba en los textos, era totalmente una poesía anacrónica. Otros decían que de verdad yo estaba totalmente atrasado, que no debía vivir en este mundo porque el lenguaje que yo usaba era de otro mundo, de otra época y de circunstancias inverosímiles.

Bertha Ferrer me dijo que en verdad ella sentía que yo tenía sensibilidad. Le habló a Fernando Nieto que debía darme una oportunidad y -viendo mi figura grotesca- que si a quiénes había leído. Les dije. Por sus gestos me di cuenta que andaba errado, que no tenía las lecturas adecuadas, y fue por ahí donde encontré por primera vez, las voces de Jaime

Sabines, de Raúl Garduño -que no me gusta nada-, de Efraín Huerta, y por supuesto de Carlos Pellicer Cámara, Ramón Galguera Noverola, Tomás Díaz Bartlett, Alicia Delaval (es decir, importantes voces menores). Desde luego que nadie me había dicho de José Gorostiza, ni de José Carlos Becerra. En la escuela secundaria los maestros de Español, sólo se cercioran de que los alumnos escriban sin faltas de ortografía, que no te salgas de los márgenes y si tus composiciones tienen por lo menos sentido, ya excentaste la materia. No sensibilizan a los alumnos respecto de la lectura y de la escritura. En muchas escuelas, en verdad es una lástima constatar que las bibliotecas están cerradas o los libros todavía están en los paquetes que mandó la Secretaría de Educación Pública.

Como conocía a Jesús Ezequiel de Dios (chico, dice Norma Domínguez), me iba a hacer tarea a su casa. Había decenas de gatos y árboles de mango gigantescos y frondosos. Cursaba un bachillerato técnico, en el Cebetis treinta y dos en el cual no se aprendía nada -en ese tiempo- pero nos gustaban más las humanidades. A mí la poesía, a Ezequiel el Derecho -como a su papá-, y la obra del poeta pueblerino José María Bastar Sasso.

Cuando entré por primera vez a la casa de don Chucho (ahora sí, el grande), quedé maravillado de los libros. Tenía casi todas las paredes de su estudio, y la de los pasillos anexos, tapizadas de libros. Volúmenes empastados de un solo color, colecciones de discursos del Congreso del Estado, diccionarios, manuales, editoras completas a las que

acudía en la ciudad de México (decía Chucho el chico) y compraba libros por metro. Era impresionante observar tal cantidad de libros, en contraste con los que tenía yo en mi casa: libros de la primaria en donde coleccionaba las portadas de Jorge González Camarena, por aquello -no lo sabía a ciencia cierta- de la opulencia de los pechos; diccionario Academia, de factura local; mecánica de combustión interna por correspondencia, que eran de mi padre; un volumen de plantas medicinales y algunas curiosidades bibliográficas que había hurtado en la secundaria estatal de la villa La Venta, en Huimanguillo, Tabasco. Era penoso pues, hallarme ante un océano de libros, en comparación con el charquito que había en mi casa.

Más que atender a las tareas de ese momento -acababa de morir Agustín Yañez- pasaba mi regordeta mirada por los lomos de esos libros. Por la mañana había ido a la primera sesión de taller literario, y por la tarde estaba descubriendo en casa de don Chucho, el grande, un primer volumen de Efraín Huerta. Lo tomé y leí con impaciencia los primeros textos. Eran de un lenguaje, como el que manejaba todos los días. Frases comunes, construcciones que escapaban a lo cotidiano. Así quería yo escribir. Así quería yo decir las cosas. Levanté mi guayabera parda, sumí mi barriga descomunal y coloqué el bendito libro en tal nicho. Era de la editorial siglo veintiuno y de color rojillo. Como pudimos terminamos la tarea y me lancé a mi casa en el camión de la ruta urbana Lindavista-Parque. En casa, devoré literalmente el libro y concebí algunos borradores. Los pasé en limpio y esperé impaciente la sesión -del taller literario- del domingo

en la mañana, cuando debería tomar mi segunda oportunidad, llevar mi primer texto con lo que yo quería realmente decir, y ver los hocicos de esa gente que me había hecho sentir mal en el taller literario.

(Generalmente se habla mal de los talleres literarios. Se dice que son unos carniceros quienes los coordinan. Que tratan a los principiantes con la punta de los pies, que no les permiten un respiro cuando comentan la obra, y lo que sucede en realidad son tres cosas: en primer lugar no se tiene una actividad propiciadora del aprendizaje, no se le enseña al asistente a consolidar su sensibilidad en torno a la lectura y la escritura; en segundo lugar, cada responsable de un texto, es responsable de su propia alma. En cada creación estética, no sólo articulamos gramaticalmente lo que sentimos, lo que pensamos, nuestra visión del mundo, sino lo que somos. Apostamos todo el amor que se enuncia, el sentimiento trágico de una comunidad o de una costumbre: nos redactamos, estamos en el texto, razón por la cual cuando se presenta un texto literario ante un grupo, esperamos recibir críticas y observaciones y es fácil reconocer que nadie es cínico, porque nadie ha mentado. Todos leen sus trabajos y agachan la mirada, sienten espasmos que le recorren la columna vertebral, se tornan humildes al ir recibiendo las observaciones y comentarios en relación con tal verso, con la oscuridad o contradicción de las ideas, con la indefinición de un personaje, etc. Y si la crítica y las observaciones son severas, el autor lo toma como si fuera una afrenta a su persona y no debe ser así. Hay que saberle decir al tallerista que su trabajo ya es independiente de él, que ya está ante la

realidad textual que responde solamente a lo que se está diciendo en el texto, y no a lo que él pueda sugerir con su persona o sus comportamientos ante la vida. En tercer lugar, hay que hacerle reconocer también que en la literatura no se puede mentir; cuando el lenguaje es falso y no corresponde a las circunstancias textuales, entonces el texto es también falso, y el lector tendrá que enfrentarse a documentos, más que escritos literarios que será cualquier cosa (reportaje, testimonios, recuerdos, etc.), menos literatura).

Pues cuando leí mi primer texto, ya como un lector renovado, con nueva visión de las cosas y con un remedo de un texto breve de Efraín Huerta, los integrantes del taller literario se concretaron a decir que sí tenía posibilidades de escribir.

Desde entonces, mi gran pasión ha sido sentirme bien cuando escribo, dedicar mis libros a cualquier mujer que se aparezca o por lo menos a ese cierto afecto de ternura que se tiene con el mundo para no sentirme maravillosamente solo.

Estar frente a una hoja en blanco, es estar frente a Dios. No hay nada más que una extensión territorial donde las palabras van dibujando una geografía, van dando color a las cosas; se empiezan a mover personajes, hablan como uno, repiten gestos de uno o de otras personas, sueñan, cantan, bailan como lo hace uno, como quisieran que fueran las cosas o los sueños. En la hoja en blanco las posibilidades de la vida no se contaminan y además se cuentan por enésimas. Es vasto el terreno de los sueños, así como también el de la

realidad. El lenguaje está a nuestro servicio y los códigos y la sociedad y nuestros anhelos y fantasías. Podemos hacer lo que queramos, siempre y cuando lo hagamos bien y para eso tenemos a la vida y a los libros, a la experiencia de otras culturas y de otros escritores que nos nutren con sus enseñanzas los caminos de la vida, por decir algo, como dice la cumbia.

Noches de cabaret y de burlesque

¿Cómo es la gente de mi generación? No lo sé. Pero como la mayoría de las generaciones, un grupo de personas distraídas buscando de algún modo la paciencia de encontrar un camino, como dice el lugar común, para ser. Ni siquiera las lecturas se comparten, ni siquiera las vivencias. Si podemos llamar generación a un grupo de personas que se formó a la sombra de un taller literario, y logró trascender su propio grupo, pues sí, podemos decir que nuestras lecturas resumen la esencia de la literatura latinoamericana. En poesía, los baluartes de nuestra formación, aunque no se evidencian en los escritos nuestros, son César Vallejo, Pablo Neruda, Joao Cabral de Melo Neto, Carlos Drummond de Andrade, Ledo Ivo, Vinicio de Moraes, Vicente Huidobro, Ida Vitale, Jorge Luis Borges, José Lezama Lima, Octavio Paz, Jaime Sabines, Gerardo Deniz, Enrique Molina, (la poesía norteamericana, la leímos con mayor intensidad después del taller) entre otros autores de aromáticos poemas: en cuanto a la formación literaria dentro del género de la narrativa, los clásicos del boom novelístico, la novela criolla y algunas obras de autores norteamericanos y europeos que

aparecen en todos los manuales: James Joyce, Marcel Proust, William Faulkner, Virginia Wolf, Samuel Becket, Alberto Moravia, Thomas Mann, Elías Canetti, Gustave Flaubert, Charles Dickens, etcétera.

Confieso que no fuimos un grupo de lectores voraces, porque ya empezamos tarde, pero sí de escritores compulsivos. Queríamos publicar libros, ganar premios, ser jurados, dirigir departamentos de publicaciones, disertar en foros y congresos de escritores, leer los textos poéticos más recientes en las escuelas: tener prestigio como escritores era lo más importante que en aquel tiempo, aquella generación, perseguía. Aunque yo me siento más cercano de Jeremías Marquines, Francisco Murillo, Vicente Gómez Montero, Juan de Jesús López López, Fredy Domínguez Nárez, entre otros.

Cría hijos y te sacarán los ojos

Mi primer libro se llama Sin lugar a dudas, y se publicó dentro de la colección Autores Tabasqueños Contemporáneos que a través del Instituto de Cultura de Tabasco creara Andrés González Pagés, en tiempos de otro individuo de apellido González: Enrique González Pedrero.

Según la cuarta de forros, es el segundo libro de la colección; dicen las malas lenguas que mi libro abría la colección, pero como Ciprián Cabrera Jasso era mayor de edad y más serio, decidieron que saliera el suyo primero. En ese tiempo yo era un gordo acelerado en cantinas y escuelas, y tenía

poca credibilidad entre la gente (creo que todavía no la tengo, ni la tendré).

Sin lugar a dudas es un libro de poemas. Vaya que sí es cierto. Son textos que tienen que ver con la lírica desde la sombra de una épica. Son poemas sencillos, por la naturaleza de su lenguaje cotidiano, que podrían parecer volátiles, banales, endebles, casi prescindibles. Y su razón de ser estriba en pertenecer a esa bitácora de viaje en que estaba convertida mi vida de joven estudiante preparatoriano, con mi formación escuálida y pobre «literariamente», en un terreno culturalmente analfabeta, como lo era Tabasco en los últimos años de la década del setenta. Este libro fue escrito totalmente en el taller de literatura y su formación se dio a través de la experiencia traducida en una búsqueda experimental. Se intentaba decir cosas de algún modo, a través del espectro de otras lecturas, del remedo de otras experiencias, de fincar mis esperanzas en un lenguaje que en ese momento para mí era toda una vida.

A pesar del taller literario, mis lecturas eran pobres. No tenía acceso a los libros, y los pocos poetas del taller eran Salvador Córdova León, Jorge Lamoyi (quien no estaba llamado para tal rito creativo), Dolores Bravo, poco lectora en aquel tiempo y todavía estudiante universitaria (me acuerdo mucho de sus poemas de los pateritos) y Lucía Torpey. Los nombres de libros iban y venían, pero no las lecturas. Fernando Nieto Cadena era quien nos proporcionaba los materiales, pero empezó a recelar cuando no se le regresaban.

Salvador Córdova León puso un letrero en su casa que decía: « no se prestan libros ni discos». Aunque a la altura de varias botellas de licor y cervezas y cigarrillos varios, prestara hasta la camisa.

El libro se fue escribiendo entre las borracheras que se organizaban en la casa de Rodolfo González Maza, allá por la Quinta Arceo, las que se daban en la casa de Salvador Córdova León; algunas, poquitas, en casa de Mario de Lille dada su naturaleza de codo, y en Los Faroles (en su mejor tiempo de glamour y buena mesa). Protagonistas y asistentes a todos los aquelarres de este último ámbito eran Isidoro Pedrero Totosaus, Bartolo Jiménez Méndez, Fontanelly Vázquez, Férido Castillo, Lácides García Déjten, Miguel Luna Cabrera, y los innombrables, entre otros.

El siguiente libro, *Textos de un falso curandero*, fue editado simultáneamente con el anterior, por la Universidad de Zacatecas, en su colección de Praxis-Dos Filos, con una presentación de Fernando Nieto Cadena.

Los dos libros anteriores salieron en 1985. Fue hasta 1990 cuando Ciprián Cabrera Jasso llevó mi libro *Yo soy el cantante*, al editor del Instituto de Cultura de Tabasco, en el regimen de Salvador Neme Castillo, y salió publicado en pocos meses.

Yo soy el cantante es el libro de Estela, mi actual mujer o como dicen los pudorosos, mi compañera, para no ser machista. En ese libro buscaba un lenguaje menos desenfada-

do, menos bucólico, menos ligero. Intentaba una labor más literaria de aprehender la realidad, de decirle a la mujer ésta es la vida y de aquí partimos.

Hasta ese momento considero que describo una etapa de escritura formativa. Importante o no, ahí está el registro. Todo lo dirá el tiempo, pero creo que el tiempo y yo no nos equivocamos. Son libros de formación; en esos textos no aflora en realidad lo que es la poesía. Soy poeta. Eso sí. Soy un poeta, pero hasta estos libros no me he encontrado con el hechizo de la poesía, no he sido afortunado y sé que lo voy a lograr en los siguientes escritos. Tengo fe.

De repente entro en estado de coma por un padecimiento diabético, y llega ese maldito momento que todo mundo agarra de excusa para reflexionar y escribir, pintar o dictar su testamento o sus memorias. Dos semanas postrado como dice el lugar común «ante la ley», ante la hora de las designaciones, de las palabras mayores, de las decisiones trascendentales. Dos semanas y quedo con una neuropatía en la pierna izquierda; un sabor a metales podridos era mi aliento, y de algún modo los días pardos, los cigarrillos olorosos, aquellas miradas y sonrisas legendarias de una vida incontenida, se diluyeron en una visión del mundo pesimista que me hizo hablar de decadencias, de obituarios de ficción, nieblas en el trópico, decepciones del mismo sentido de la vida.

Así es como surgió Sueño de la estirpe. Un libro voluminoso de donde puede salir, con el tiempo, una buena plaquett.

que en cierto modo se reflejó en Leonardo Favio canta una canción, libro que surgió gracias a las bondades de la empresa Meidet, quien en 1992 y por un acto terrorista perpetrado por Mario de Lille, en toda la extensión de la palabra, se otorgó el reconocimiento de esa empresa a mi obra poética. Cuestión de amigos simplemente.

En Sueño de la estirpe, hay una rara mezcla de verso y prosa. Después de leer en la revista Proceso un lúcido ensayo de José Emilio Pacheco en relación con el poema Águila o sol de Octavio Paz, y creo que también analizando por extensión el libro El mono gramático, percibí el encanto de esa sustancia poética que está contenida en la prosa. Esa prosa de intensidades que recrea magistralmente Alberto Ruy Sánchez. Empecé a hacer ejercicios y logré cierto grado de retórica. Es por esa razón que Leonardo Favio canta una canción contiene algunos fragmentos de ambas formas.

En Furias nuevas (1993), invado toda las posibilidades de mi escritura en la forma del poema en prosa. Recreo imágenes, situaciones, estampas. Agoto las voces que de algún modo, con una incorrecta información mitológica, trato de reelaborar (y que ya contenían algunos textos de Sueño de la estirpe) en cada poema. Es todo un documento raro, voraz, inexplicable para mí mismo. En esto tiene razón Roman Jakobson, en su clasificación de la función poética del lenguaje. Eso fue lo que ocurrió en este libro. Creé algo que todavía no sé lo que es, si es que es algo.

Los otros libros inéditos, son hijos que, aunque ya han sido paridos, no tienen la edad suficiente para andar así como así en la vida. Tengo paternidad responsable.

Poética del acahual

Como todos los que entran a los quites con la muerte, siempre reflexionan sobre los hechos, digo, ¿qué es un poema?: ah, es un texto escrito (¿existe un texto no escrito?) con un lenguaje convencional donde se expresa algo que tiene que ver más con la materia inapresable de «decir otra cosa» que lo que se dice. O sea, es un organismo donde no deben faltar ni las ideas ni los instrumentos necesarios para aprehender la esencia de las cosas en un tránsito (o proceso), que se convierta en flujo de energía o mensaje, y que de algún modo conmocione al lector, al reproducir la sensación que motivó su escritura. En ocasiones el poema se aparta del sentimiento y llega al lector a través de imágenes conceptuales que estimulan el raciocinio del lector. A veces no.

¿Qué es la poesía? No lo sé; estoy intentando descubrir sus espectros, sentirla, y hasta ahorita, el viaje, el trayecto que he recorrido en su busca, me reconforta. ¿Llegaré a Ítaca?

Algunos aciertos algebraicos indican que el orden de los factores en algunas operaciones de cálculo, no alteran el producto. Tomando lo anterior como base, enunciaré aquí nombres de villahermosinos que han aportado a la cultura tabasqueña alguna pizca de desarrollo intelectual.

Dichas pizcas de desarrollo intelectual se encuentran expresadas en la pintura, la música, la literatura, la investigación científica y cultural, la comida, la política, etc., al riesgo de parecer arbitrario y parcial, y aunque se me recomendó omitir algunos de ellos, hélos aquí:

- 1.- Pepe Bulnes.
- 2.- Graham Greene.
- 3.- José María Bastar Sasso.
- 4.- Trinidad Malpica Hernández.
- 5.- Pedro Ocampo Ramírez.
- 6.- Rodolfo Montiel H.
- 7.- Ciprián Cabrera Jasso.
- 8.- Edith Matus de Sumohano.
- 9.- Pepe del Rivero.
- 10.- Fontanelly Vázquez Alejandro.
- 11.- Edén García.
- 12.- Gerardo Rivera.
- 13.- Geney Torruco Saravia.
- 14.- Mario de Lille.
- 15.- Ricardo García Mora.
- 16.- Jesús Ezequiel de Dios.
- 17.- Ciprián A. Cabrera Bernat.
- 18.- Andrés González Pagés.

- 19.- Tomás Garrido Canabal.
- 20.- Gabriela Gutiérrez de González.
- 21.- Alfredo y sus teclados.
- 22.- Abraham Reinoso.
- 23.- «La Turca».
- 24.- Hilda del Rosario de Gómez.
- 25.- Jorge Priego Martínez.
- 26.- Fénido Castillo.
- 27.- Josefina Vicens.
- 28.- Argentina Ivonne Ramírez Garrido.
- 29.- Francisco Hernández Mandujano (Chico Ché)
- 30.- Jesús Antonio Sibilla Zurita
- 31.- Enrique González Pedrero.
- 32.- Rosario María Gutiérrez Eskildsen.
- 33.- José Ochoa Lobato.
- 34.- Enrique Canudas Sandoval.
- 35.- Gutemberg Rivero.
- 36.- Isidoro Pedrero Totosaus.
- 37.- Luis Illán Torralba.
- 38.- Manuel Pérez Merino.
- 39.- José Pagés Llergo.
- 40.- Marcos «El Pinto».
- 41.- Juanita «La vende huevo»
- 42.- Musulunga.
- 43.- Armando Soto Rodríguez (médico).
- 44.- Tilo Ledesma.
- 45.- Roberto Blé Oramas.
- 46.- Matías León
- 47.- Fernando Sánchez de la Cruz
- 48.- Francisco Briceño Jesús (el patato)

- 49.- Villahermosa Martín
- 50.- Paco Solís
- 51.- Pancha Limonchi
- 52.- Nalga Loca
- 53.- Madam Lulú
- 54.- La Culito
- 55.- La Huele Bikini
- 56.- La Carreta
- 57.- Juanita «la pastelera»
- 58.- Humberto de Achirica
- 59.- El Güichigüichi
- 60.- Teodosio García Ruiz

Espacio para que el lector ponga 146 nombres más

Integraron una caravana que llegó a las tierras húmedas y gastadas de un Tabasco fértil y pudiente para los asuntos de lo agrícola. Venían de tierras devastadas por los derrames petroleros, por las selvas derruidas como describe B. Traven en La Rosa Blanca; a su paso habían perdido el entusiasmo por ver los amaneceres; sólo tenían ojos para las herramientas de trabajo, para el goteo constante de aceites y crudos en las ropas de algodón, en las botas de cuero y hierro, en los guantes; para tratar los emplastes de chapopote con abrasivos de metal con los que cubrían los ductos para después insertarlos en la tierra virgen de un Tabasco también virgen.

Llegaban en compañías constructoras. Contratados como brecheros para ir a explorar las zonas donde se debería instalar un pozo de prueba; después se quedaban ahí en espera de la maquinaria pesada y tardaban días, semanas, meses, años en irse cuando descubrían que las reservas estaban ya probadas.

Los fines de semana, días de pago, se iban a conocer los alrededores. Iban como perros a buscar lo que encontrasen. Cantinas, mujeres, cosechas, animales. Todo a sus ojos era un festín, una fiesta. Pero atrás de todo eso, de sus correrías inmensas, estaba un conato de soledad, tal vez una sensación de culpa por lo que se hacía a la naturaleza en el furor del progreso, pero que de un modo inconsciente se les revelaba.

Innovaron con sus costumbres, las costumbres de los tabasqueños; ellos venían de Tamaulipas, de Veracruz, de México, D. F. Ellos se asentaron en poblaciones que se volvieron ciudades petroleras como Cunduacán, Comalcalco, Cárdenas, Villa La Venta, Ciudad Pémex, Macultepec. En los vehículos de transporte foráneo se les conocía como Los Maletudos, por tener la característica de usar maletas inmensas en las que acarreaban la ropa de toda una semana y los enseres propios del oficio.

El contacto de esta actividad laboral con la población de la entidad, creó sueños y expectativas en todos los órdenes; las muchachas anhelaban casarse con un petrolero, porque significaba salir de pobre y aspirar a una vida mejor; los jóvenes se enrolaban en las compañías petroleras porque el campo ya no daba lo suficiente para todos y además ser petrolero era una cuestión de orgullo; una actividad nueva y solamente los más aptos para los oficios de la industria, eran los que serían aceptados. La comida, la vestimenta, la vida del campo y de la ciudad cambió casi vertiginosamente, y así como se llegó a una fase de delirio, así se llegó también a una fase de desencanto.

El precio internacional del petróleo bajó, y las reservas mexicanas sólo quedaron como eso, reservas para un futuro incierto. La dinámica poblacional cayó en un estado de desánimo, y de repente ese enorme orgullo, ese prestigio de ser petrolero se acabó como por obra de un maleficio; empezaron los despidos de trabajadores; la gente empezó a reparar en la contaminación de aguas, de tierras y de aire, y se comenzó a ver la vida de otro modo.

Otras actividades se han conformado en la entidad; Villahermosa ha crecido urbanísticamente, Cárdenas también. Las demás poblaciones mal que bien están sobrellevando la crisis que es unánime en todo el país, pero que en Villahermosa ha sido más violenta y descarnada.

La industria petrolera niega daños y perjuicios en la entidad; los complejos petroquímicos y los ductos están sin mantenimiento y a menudo explotan causando desgracias materiales a la población y a los entornos rurales. Greenpeace ha recorrido la ruta del petróleo evidenciando daños severos a la ecología y a las poblaciones. Los gobiernos lo niegan, pero nosotros no. Soy hijo de un petrolero que no fui llamado por esos cantos sireneros. Soy maestro de telesecundaria, pero me gustaría ser policía. Al garrote todos le tienen miedo.

La caravana de trabajadores que una vez llegó con su cargamento a esta ciudad, se fue asentando en las colonias Petrolera y Heriberto Kehoe; son familias pudientes que viven en casas ostentosas, y donde la mayoría de las muchachas tabasqueñas trabajan de sirvientas o como se les llama en los tiempos posmodernos, «ayudantes de cocina». La mayoría es ya gente jubilada que dejó las plazas bases a sus hijos, pensando en continuar esta labor a perpetuidad.

El abuso y la corrupción de los mecanismos sindicales, permitió también que muchos de los tabasqueños entraran en la compraventa de plazas; se ligaran en batallas campales con grupos de políticas que oscilaban entre Salvador Barra-

gán Camacho y Joaquín Hernández Galicia, en contubernio con los caciques criollos de esta región, hasta llegar a los crímenes tan propicios de la historia contemporánea de México, y que orbitan entre los narcotraficantes, las sectas religiosas y los aparatos ideológicos de estado que tan cínicamente operan en Villahermosa.

Los petroleros, es una designación ya sin mucha gracia que ha perdido vigencia dentro de los ingresos sustanciales de la economía familiar, y que constituye en muchos de nosotros, un momento de opulencia en alguna etapa de nuestras vidas.

Cubiertos de un desorden cultural, los analfabetas de otras regiones del país, llegaron a Tabasco con la visión de los conquistadores. Eran los petroleros, los que venían protegidos por una empresa aséptica (que no contamina, que no perjudica, que no beneficia a la población inmediata a la zona de expropiación), y respaldados por un sindicato petrolero corrupto y anacrónico que creció bajo el amparo de la empresa y del gobierno.

Tecnológicamente Pemex, es una ostentación. Es el reflejo de una industria que en el mercado internacional lucha por la hegemonía, y que es sumamente necesaria, es la fuente de la energía actual y por la que se lucha y se invaden países, y se miente y se asesina con terrible impunidad (sólo se le equiparan las drogas y sus dinámicas de delirio).

En Villahersona, en Cárdenas, en Comalcalco, en Cunduacán, en las orillas de esos municipios, se observan ahora, las torres de perforación descansando, inoperantes, casi inútiles. La mayoría está ahí. No hay la explotación de las décadas de los sesenta y mediados de los ochenta. La industria está en reposo, Cuesta más producir un barril de petróleo que su venta en el mercado internacional. Y mientras, los trabajadores que una vez tuvieron agarrado a Dios por un huevo, ahora son los nuevos delincuentes, los policías, los agentes de seguridad privada, los que reniegan de ir al campo, porque ya la tierra no da.

De esas caravanas de hombres vencidos, engañados por su tiempo y por su circunstancia y por sus gobiernos, han quedado los que aún levantan la voz y protestan y bloquean calles y cierran los accesos a pozos petroleros; para ellos sólo hay un destino: la vejación de la opinión pública a través de los medios de comunicación locales, y los golpes y la cárcel. No tenemos memoria. No tenemos madre. No tenemos petróleo.

Los petroleros son las caravanas de desempleados que han perdido el reino. El paraíso fue efímero.

Ahora, para ellos, para sus hijos, ni padre, ni madre, ni fe.

Megalomanía o no, hasta estas páginas informativas han llegado los rumores de censurarnos existencialmente. Para ello hemos iniciado una campaña que mantendrá alerta el interés de nuestros lectores en torno al desarrollo y crecimiento de la ciudad de Villahermosa.

Es necesario que detengamos la mirada en la calle, el kiosco de los parques públicos, el club de leones, la ciudad deportiva, las escuelas, los centros comerciales, los cines y los teatros, los auditorios y los restaurantes, las cantinas y las asociaciones civiles, la comida tradicional, las taquerías y el día de San Juan. Este libro busca incorporar a la vida citadina de los villahermosinos, la sal y la pimienta de algunos acontecimientos sumamente humanos que la embestida de un nuevo milenio, no nos dejó apreciar. Por eso en la próxima edición de Villahermosa, peligro para caminantes, usted querido lector, disfrutara los siguientes temas:

- 1.- Tránsito sereno de Manolo Martínez.
- 2.- La Universidad Juárez Autónoma de Tabasco: basura editorial.
- 3.- Grandioso baile con Alfredo y sus teclados.
- 4.- La educación primaria en Villahermosa.
- 5.- Las villahermosinas, los moteles de paso, chicas y chicos, paradizo...
- 6.- Calzones, bikinis y tangas en el parque Tomás Garrido Canabal.
- 7.- Los paraísos artificiales en centros nocturnos y discos de Villahermosa.
- 8.- El robo organizado: el servicio de taxis en la ciudad.

9.- Villahermosinas.

10.- Inundaciones, S.A. de C.V.

-¿A dónde encamina sus pasos monseñor Teo?

-Al «Salón Caguama» hijo mío, al «Salón Caguama».

Los portales

Muchas ciudades del mundo que, tienen porte por antonomasia, presencia histórica, fe y orgullo de sus habitantes, están siendo cubiertas por el musgo del comercio ambulante: Málaga, Guatemala, Morelia, México, D.F., Mérida, Guadalajara, Oaxaca, San Cristóbal de las Casas, Veracruz, tienen las mismas características de La Merced, La Lagunilla o las tiendas pulga de la región fronteriza de México con Estados Unidos. En todas ellas se observa calles enteras, y cuadras completas, de zonas en las que usted puede encontrar hasta lo más esotérico del conocimiento humano, es sólo cuestión de buscar; los artefactos electrónicos todos están a la mano y sin factura; la garantía sólo es verbal, pero el aporte sustancial a los turistas, son las artesanías, los souvenirs folclóricos, los símbolos de la historia contemporánea de México, y de la región de Mesoamérica. En tiendas de artesanías malagueñas, cordobesas y sevillanas, encuentra uno los mismos quitapesares que se consiguen, carísimos, iguales en San Cristóbal de las Casas como en Guatemala, en Guadalajara, o en la terminal de Autobuses de Oriente en Villahermosa. Las figuritas del comandante Marcos, ya han viajado hacia los mercados de España y Centroamérica. Lo mismo está pasando en los municipios de Tabasco. Hay un gusto homogeneizado, o más bien, una excelente cobertura de reparto y abasto, que hace en verdad envidiar esos mecanismos que ya quisieran las universidades del país para distribuir sus libros que mantienen embodegados o que los mandan a botar cuando se les mojan.

Como toda ciudad que ha tenido una concepción netamente española, y ésta a su vez mozárabe, Villahermosa tiene sus portales. Son casi trescientos metros de lado a lado (menos la parte de la acera este donde hay una sucursal de Banamex un Banco Unión (en este momento Bancapromex mañana quién sabe) y un Vips (¡iepa! Ya somos modernos, ¿cómo la ve?); es una zona de arcos, donde se venden tamalitos de maíz nuevo, de chipilín, de masa colada (de gallina y de puerco); turuletes (galletas de maíz, canela y pinole), helados de coco, de guanábana y de vainilla; cinturones de piel de lagarto, carteras, diademas, lentes, anillos de plata (y también aretes, collares, dijes).

En esos corredores comerciales, se combina lo moderno y lo tradicional. Es usual en los villahermosinos llegar a contemplar los aparadores, comerse un helado, mirar a la gente que pasa y piropear la vida.

Verá usted a los sombrero-dos, a las mujeres de cadera ancha y colas de caballo, cómo se pavonean de un lado a otro de la calle; hay dos almacenes de telas en donde se reúnen las mujeres de todas las clases sociales; entran, revisan las ofertas, revuelven todo y no compran nada; las antiguas fondas especialistas en comida tabasqueña, han desaparecido para dar paso a menús que van desde la barbacoa y el mixiote estilo Poza Rica, hasta dos o tres excelentes puestecillos de tacos de carne asada, longaniza, ojo, seso, buche, tripa asada y cartílagos; a veces los tacos al pastor tienen un origen incierto y una nostalgia que sólo se rememora por el viaje a una ciudad del norte, o por una canción también de aquella

zona; lo importante es llegar, mirar la vida que se concentra en esas calles y cuidarse del sol. Se llega muchas veces a distraer la mirada y entrar en los centros comerciales a gozar del buen clima, un aire acondicionado que nos invita a andar con la hamaca en el espinazo para cuando se dé la ocasión.

La mujer tabasqueña tiene un capítulo aparte de este libro. Léalo en la segunda edición. Es un peligro para caminantes.

Manuscrito hallado en
(discúlpame Potoqui) la basura

PROYECTO PARA DEDICATORIA A: los aguiluchos, los perros salvajes, el círculo de caín, es decir, a teodosio garcía ruiz, juan de jesús lópez lópez, ricardo torres baños, pilar márquez, fernando nieto cadena, julio césar sánchez narváez, gerardo rivera, mario de lille, vicente gómez montero, francisco murillo cruz, teodosio garcía ruiz, felipe soberano, francisco j. payró, armando cornelio dionicio, angel eleuterio aguilar, josé romero morales, ezequías sánchez...

PROYECTO PARA DEDICATORIA B: a los médicos armando soto rodríguez, pablo r. hernández bejarano, roberto blé oramas, héctor manuel hernández hernández, salvador lozano, carlos madrigal leyva, juan alberto garrido camelo; y también a toda la perradita (amorosamente hablando) que labora en el centro médico isset vestidos de blanco y de colores de parte del paciente 27484.

PROYECTO PARA DEDICATORIA C: a san judas tadeo, santa lucía, el señor de tila y la virgen de cupilco.

PROYECTO PARA DEDICATORIA D: a las actuales diosas de mi corazón: julie christie (lara, en la película dr. Zhivago; no la actriz porno), celia cruz y salma hayek.

PROYECTO PARA DEDICATORIA E: a deyanira velázquez guzmán, alejandra ávalos, yolanda andrade, adela noriega, estela vergara tejeda, irán castillo, maría de jesús ines barrientos sánchez, alma rosa compañón dionisio, olga perez serra, eternos desfiguros de mi corazón.

PROYECTO PARA DEDICATORIA F: a mi señora madre, mireya ruiz rivera; a mi señor padre el hidalgo don antonio garcía gómez, a mis hermanos los infantes alejandro, marco antonio y rené garcía ruíz.

PROYECTO DE DEDICATORIA G: para la misteriosa y soñadora (bella también, según ella) celia méndez vergara; para el metálico y fiero, cibernético y jaguarmaniático, josué emmanuel méndez vergara; para el impertérito y seguidor de hipócrates y galeno, sinohé gerardo méndez vergara; y también para el gruñón, cagón y salamero cucho, el gato.

PROYECTO PARA DEDICATORIA H: ¡a la mierda!

PROYECTO PARA DEDICATORIA I: a Villahermosa, mi alma.

No es una leyenda.

Pero su trayectoria dentro del corazón y de la memoria de los villahermosinos, apunta a lo que se ha denominado en términos de las ciencias literarias y sociales, como un clásico, y esto con las reservas del caso, porque su obra abundante y variada dentro de la investigación histórica teniendo como objeto de estudio a Tabasco, es también abundante.

Pues este hombre nacido en Huimanguillo, economista como formación académica y especialista en ese mismo y aburrido tópico, de repente entra a nadar en los terrenos de la historia, se vuelca con pasión desmedida (¿o compulsiva?) hacia la demarcación de lineamientos generales y específicos de la naturaleza del ser tabasqueño en Tabasco, y ahí lo tenemos enfrascado, entre documentos para la historia de Tabasco, entre papiros y palimpsestos, buscando reivindicar o poner al día aquellos documentos que nos dan, históricamente, razón de ser.

Para los villahermosinos es reconfortante ir a la media docena de volúmenes denominados Villahermosa, nuestra ciudad, y encontrar la descripción del modo en que fue fundada esta urbe, el trazo de sus primeras calles, la construcción de los primeros edificios públicos, el mercado, las primeras revueltas de partidos políticos, la electrificación, el transporte urbano, los bailes, los cabarets, las familias pudientes, los cines, las obras de teatro, los informes municipales, los gastos públicos, etc.

En esa obra de selección y recopilación de las más diversas fuentes bibliográficas y documentos a los que se tiene poco acceso, Geney Torruco ha impreso el sello personal al abordar esta obra de maratónicas proporciones, con fidelidad y con orgullo, con paciencia de relojero y con mano firme.

Por eso es un villahermosino ya, de buena cepa.

Es un hombre de la cultura radiofónica. La voz del espectáculo, de la promoción de nuevos valores, de las contrataciones, de un dínamo que mueve a las gentes cuando saben que va a llegar a tal o cual municipio, a tal o cual comunidad, o que va a transmitir en vivo desde determinado sitio tradicional o de moda; sin duda que todos lo conocemos, lo hemos escuchado alguna vez y decimos, hombre, ese señor es Pedro Romero, pues, el de la voz engolada, el de la voz que invita al convivio, al aquellarre. Una voz netamente villahermosina. Pedro Romero y la Onda Candente, su programa de radio que le ha valido reconocimientos dentro y fuera del estado.

La voz locuteril de Pedro Romero, es la voz del trópico. Puede decirse que la voz de un pueblo que evidencia su entusiasmo, sus ganas de vivir, de sacarle filo y provecho a la nostalgia.

Es una voz de la radio. Nadie sabe a ciencia cierta cómo es este hombre. Si es gordo o es flaco, si tiene dientes de oro o no; si usa lentes y bigotes; si toma cerveza o bebe pozol; nadie sabe cómo es; pero los domingos está presente en algún lugar de Tabasco, con su voz, su entusiasmo, su modo de vivir dentro de la vida: animando la vida de los otros.

**

Del otro lado del Atlántico está otro Pedro Romero. En Ronda, España, donde estuvo alguna vez Agustín Lara y que le

inspirasen las noches de Ronda; también en donde estuvo alguna temporada Rainer María Rilke, el autor de Elegías de Duino. Y aunque no es locutor, anima la vida de los otros: es famoso porque tiene un negocio que se llama Comedor de Pedro Romero, y abunda el buen vino, los buenos embutidos, las buenas chicas, la buena vida.

De todos modos los Pedros Romeros han de ser ángeles de la guarda. Viven en la memoria de los radioescuchas anónimos; de los comensales cuyos estómagos anónimos también, eructan agradecidos, como perros que ladran a la luna manifestándoles su agradecimiento por la vida.

Abro las páginas de algunos diarios villahermosinos y leo el estándar (¿) de fracasos económicos, devaluaciones, incremento al costo de productos básicos, abuso de poder policiaco, fraudes, decepciones, olvidos, suicidios, suicidios, suicidios, accidentes de tránsito por alcoholismo, tráfico de influencias, nuevas meseras y putas de origen centroamericano, fracasos deportivos, fracasos deportivos, fracasos deportivos; nuevas declaraciones de políticos imbéciles salidos del huacal; discursos y arengas, que buscan pellizcarle la nalga a la historia; fotografías de mestizos, naturales, cholos, tzoques, chontales; rostros aindiados que sonrían a la cámara mientras bautizan a sus hijos, celebran ritos de iniciación, se desposan entre hombres y lesbianas... Las columnas de opinión son abyectas, coquetas, buscan restablecer el diálogo con los mecanismos de poder y con el poder. Casi no hay lecturas para ascéticos, pesimistas, distraídos, perversos, indiferentes, abúlicos, pederastas, sodomitas, zoofílicos.. Leo solamente la nueva enjundia de savia jubilosa que representan (pinche envidia diría mi amigo el contador Jorge Martínez) las crónicas pujantes, llenas de vida y color, firmadas por una élite curiosa: Jaime Rodríguez, Rodolfo Reyes, Samuel L. Soto Giles, Enrique Martínez (La Gaviota), Sergio Demetrio García, Cecilia Vargas Simón, Ángel Valdivieso; élite que hace resplandecer las fétidas miserias humanas, con las que los villahermosinos nos desayunamos diariamente. Los periodistas viejos ya están viejos. Los periodistas jóvenes ya están jóvenes, ergo, ya no le sigo porque no me salió el juego de palabras. No lamento esta interferencia del discurso, y ubicado ya en el año 2002 abro la puerta de mi casa y entro: coloco el más reciente libro de

crónicas de Rodolfo Reyes, junto a otros que firman Samuel L. Soto Giles, Enrique Martínez (La Gaviota), Jaime Rodríguez del Valle, Ángel Valdivieso, Sergio Demetrio García; los libros son esplendorosos y narran con pelos y señales, los vaivenes inusitados, los usos y costumbres de los villahermosinos...; regreso a los primeros días del año 2000 y releo con vergonzoso recelo algunas páginas de mi libro Villahermosa, peligro para caminantes; ¡pinche envidia coño!, lo que es ser y no ser. Observo mis libros de poemas y un escalofrío me recorre el cuerpo. ¡Cómo me gustaría ser un cronista de la poesía!. Pero no. Poeta soy. Y tuerto.

La mujer del moño rojo es hermosa. Sus piernas tienen el carácter del trópico, la sensualidad de sus labios carnosos han de expresar la contención de la palabra, los gemidos amorios en la hamaca y el miedo a lo oscuro se han de diluir en el deseo de las noches poderosas. ¡Bah! Es una muchacha realmente hermosa, villahermosina dulce, mucha nalga, cintura breve, patas de caballo, hombros reducidos. Tremenda hembra, mujerón: así me la imagino.

Tiene minifalda negra, medias negras, bikini negro (no pregunten cómo lo sé, esto pretende ser literatura), sostén negro, dientes negros, cabello negro y ¡uf!, conciencia negra. Me explico; la mujer villahermosina es pura emoción, pura heladera, pura pasión pura, es pues esta mujer, y un poquito chismosa, como todas las viejas mestizas. Pero esto es lo que me imagino que es esta mujer que está a mi lado. Me imagino cómo fue.

Porque esta mujer a mi lado huele mal: los sobacos, el aliento, los pies (a lo mejor soy yo quien así hiedo y no lo sé); sus hijos tienen mocos en los labios y se relamen mientras observan cómo otro niño devora un helado de guanábana; pero aquí estamos. Viendo nada más.

Y es el parque Juárez. Rodeamos el parque Juárez para ver a los que bailan los martes y jueves. Son los integrantes del Club Cañabar, tradicionales villahermosinos que gustan del baile tropical, de la salsa, del merengue; se mueven rico, al compás de lo picoso de los trombones, de los pianos, de las tumbas, de los bongós, de los coros; bailan con música de

Pepe del Rivero (saludos desde aquí, viejo), de Willie Colón, de la Orquesta de La Luz, de Eddy Santiago, de Celia Cruz, de Óscar de León.

Es una especie de academia de baile o, como le llaman los postmodernos, clínica de baile popular. El Club Cañabar (adivinó usted, es por la cañita, el licor de caña y bebido en un bar) está aquí mostrando al público sus habilidades para el baile, el entusiasmo por mover el esqueleto, la seducción para armonizar con el trópico la opulencia de la carne (recuerde creyente, que la carne es hierba), el hedonismo de las costas y la placidez de esta ciudad cuando en la tarde llegan los pájaros de las comunidades a dormir en la fronda de los árboles, y cagan sin pena ni gloria a los transeúntes que deambulan atrás de la inmortalidad. En esas horas de los martes, usted se acerca al Parque Juárez, y si quiere aprender a bailar, pida permiso primero y éntrele. No le regañan, le indican. Le asesoran. Le enseñan los caminos de la vida en una pista de baile.

¡VIVA EL CLUB CAÑABAR, COÑO!

El Debut

La voz de Pedro Romero avanza entre los plantíos de caña; se deja oír del otro lado del río; en el potrero, en la tienda de abarrotes, en la cárcel, mientras se hace cola para comprar tortillas, en el altoparlante de la Central Camionera... El timbre de voz denota euforia, regocijo, zalamería; oferta a los radioescuchas lo que él considera el fenómeno musical del año: Alfredo y sus teclados «El pulpo».

Esto ocurría en los primeros años de la década de los noventa. Empezaba la decadencia de grupos musicales como Los Joao, Los Flamers, Los Vázquez; Francisco Hernández Mandujano, «Chico Ché», había muerto. La Crisis, grupo musical que lideraba no logró cohesionarse y mantenerse en el gusto popular del pueblo. Un vacío musical se prolongó por dos o tres años en complicidad con el accionar mediocre de Carmito y los Supremos, Maney, Liberato, Los Persas... La mítica Ave Fénix tenía que resurgir de las cenizas. Y así fue. Proveniente de las tierras calientes y húmedas, poblada de naturales y salvajes (en el término más noble que da la pureza del término), desde las tierras cercanas y entrañables de Ciudad del Carmen, Campeche, llegó a Villahermosa Alfredo. En la portada de uno de sus primeros discos de acetato lo observamos posando al lado de varias bailarinas regordetas y pícaras; su atuendo es un pantalón con tirantes, camisa rayada y copetón; el pelo murusho nos recuerda un posible origen caribeño producto de largos mestizajes y ensoñaciones concupiscentes entre palmeras y a la orilla del mar.

Yo no me como la torta si no está caliente

Alfredo el Pulpo de los teclados invadió Villahermosa; los bares, cantinas, salones de baile, fondas, plazas públicas, centros comerciales: entró por la puerta grande y sin ser invitado; a bautizos, primera comunión, quince años, bodas, compadrazgos, clausuras de fin de cursos en las escuelas primarias, secundarias, academias, preparatorias; festividades religiosas y paganas.

En el centro comercial Chedraui ubicado en Mina y Arboledas (hoy Lamberto Castellanos), fui enviado por una docena de mis alumnos, de la telesecundaria Francisco I. Madero, para comprarles la más reciente grabación de este versátil músico. Llegué con Josué y Celia e hicimos las compras correspondientes. Los discos estaban casi regalados: \$15.00, y la gente se llevaba los discos como si éstos fueran bolillos en temporada de lluvia y frío. Adquirí dos para mí y los escuché. Un lejano y machacón aroma popular se dejaba sentir trazado por una base rítmica. Las canciones eran sensuales, vertiginosas, alegres, guapachosas; nos imprimían una dinámica tal, que desperezaban nuestras inercias, nos despertaban, nos ubicaban el mundo, y nos ponían a vivir. Las canciones que se hicieron clásicas en las fiestas con aquel primer disco grabado en 1989, eran lado A: La cumbia del apache, La gallinita de Teresa, El chipi chapa, Enriqueta la Pispireta, La cumbia del tobogán, Matando tábanos, Baila mi rumba; lado B : Popurrí Chico Ché.

¿Qué dónde estábamos? Estábamos matando tábanos

Al poco tiempo de estar ubicado en el gusto del pueblo, Alfredo y sus teclados empezó a tener seguidores e imitadores. Surgió Checame, Arturo Bedoy, Astro Boy, y una fauna legendaria que se hacía acompañar de teclados.

Afortunadamente para todos los bebensales y comensales de restaurantes y centro nocturnos, tuvimos la dicha de disfrutar «música viva»; se pusieron de moda las bailarinas, y la apertura de talleres mecánicos y rosterías de pollos también compartieron del entusiasmo y de la emoción que sólo puede sintetizar un teclado.

Los talentos musicales surgieron en todo el Sureste mexicano. Niños y adolescentes tomaban clases particulares para adiestrarse en la ejecución de los teclados. Las muchachas de rancherías, villas y poblados, ejecutaban pasitos atrevidos y modernos, para mover con sabrosa soltura las caderas y la nalga, los hombros y los brazos. Un estribillo común en las «pachangas» y aquelarres es el hecho de gritar entusiasta: ¡muévelo, muévelo, muévelo! Braceo, braceo, braceo... ¡asústame sucia!

Las bardas y muros de la ciudad de Villahermosa dejaron de sostener, cansinas y harapientas el peso del musgo y el abandono, para dar paso a grandes caracteres llenos de colorido e ingenio, donde se anuncia el Gran baile de Alfredo y sus teclados con show de coristas y bailarinas. Habrá sorpresas y regalos. Participe en la rifa de un pollo.

La cumbia del apache

1994. 4 de octubre, día de san Francisco de Asís. Hace una semana que llegaron los juegos mecánicos, los nances curridos, los coletos, los totopos, los estanquillos de cervezas; las mujeres cotonudas se desplazan de un lado a otro; un conjunto de hombres realizan instalaciones eléctricas, andomíajes; los pobladores de Tamulté de las Sabanas limpian y pintan el parque; hay un recuerdo de mujeres que asisten a los centros comerciales, tiendas de ropa, salones de belleza, estéticas; las modistas y los sastres no tienen descanso: están sumamente atareados confeccionando prendas de vestir para el gran día: el cordonazo de San Francisco de Asís, el santo patrono del pueblo.

El mismo revuelo de entusiasmo y emoción se aparecía en las comunidades circunvecinas: San Roman, El Espino, El Sandíal, Paso Real de la Victoria, Macultepec, Ocuilzapotlán, Nacajuca, Medellín Madero y Medellín y Pigua, Buena Vista, Acachapan y Colmena, Aztlán, Chilapa... En el día de la fiesta mayor, todo el mundo estrena vestuario, talco en los sobacos peludos y en el cuello de las mujeres, lociones baratas, joyas de fantasía, zapatos relucientes y toscos, billeteras repletas. Las cantinas ambulantes están a reventar, no hay sección exclusiva para caballeros, homosexuales y lesbianas; las familias se confunden con mozas en edad de merecer, ancianos envarados, mujeres pudibundas y fuertes para la crianza, el trabajo doméstico, la discriminación tradicional y el abandono, los niños asisten como en un parque de diversiones donde los protagonistas son ellos mis-

mos. Algunos jóvenes toman notas. Antropólogos, sociólogos y hombres de bien. Filman y toman fotos con enfoques extravagantes y posiciones ridículas, de algún gesto curioso en el que este ceremonial de tribus participa.

Han llegado aquí desde poblaciones distintas para cumplir una manda religiosa; observar la danza del caballito blanco, pegarse una «bolera» como Dios manda, establecer negocios, encontrar marido o fugarse con el novio. Cada año se reúnen aquí, pero en esta ocasión ha llegado gente en demasía. La razón: va a tocar Alfredo, y viene con su show de bailarinas y coros.

El mero día se espera a la lluvia, pero ésta no se ha presentado. Por si las dudas, se ha acondicionado un espacio para proteger de la lluvia a los teclados.

Se inicia el baile y cae la lluvia. La gente ha esperado todo un año para bailar al ritmo del Pulpo. El músico repasa todo su repertorio. La gente baila. Baila. Baila una danza grotesca matizada en una extraña composición de Gustavo Doré y Edward Munch, se aprecia desde los ojos de Alfredo: ojos enfebrecidos, aliento alcoholizado, rimel escurrido, labios descoloridos, cabellos lamentables, músculos tensos, eufóricos, en un simiesco vaivén de danzas dantescas. Un cuadro macabro y tierno es el ritual misericordioso, sencillo, creado casi por la magia de unos dedos populares que se mueven extraños y mecánicos, al son de un corazón que vive.

La lluvia no ha diluido el espíritu. Las botellas de ron y caña están esparcidas por toda la villa al lado de hombres que también yacen tirados como por huracanes o ejércitos de pueblos bárbaros. Empieza la huida hacia la rutina, el trabajo rudo del campo, los hijos, la pobreza, la desesperación y la fe que no se quiebra nunca. Pero tienen algo que contar. Durante días hablaron de canciones, las borracheras, las bailarinas, algunas trifulcas con gendarmes que huyen des-pavoridos. Han asistido a una divina comedia y viven para contarla.

Al día siguiente los maestros de la telesecundaria Víctor Jacobo Mena pasamos por Tamulté de las Sabanas rumbo a nuestro centro de trabajo, observo el panorama antes descrito mientras el autobús se llena de pasajeros alcoholizados cuyas ropas lamentables muestran el resultado de una feroz batalla. Una mano mojada me toca el hombro y escucho: ¿A qué va a la escuela maestro, si un día después de estos bailes no hay clases?, los pocos chamacos que llegan sólo se duermen. He observado con detenimiento a Chabela, mi alumna del tercer grado que con su piel morena y sus ojos negrísimos, ya es una doncella a punto de florecer. Fíjese profe, el baile estuvo...

Muéveme el pollo por favor

Según las crónicas este músico ha realizado toda su carrera de éxitos profesionales y personales en Tabasco, pero es pertinente aclarar que ha sido en Villahermosa porque en

esta ciudad en contubernio con Pedro Romero, lo han aplaudido y promovido para fomentar y preservar el amor entre los hombres, las mujeres y todo aquel que entre a una pista de baile.

Su presencia en este libro halaga a la ciudad

Llegó en la caravana que el gobierno de Enrique González Pedrero atrajo de politólogos, economistas, sociólogos, historiadores, constructores, arquitectos, antropólogos, suripantas, sexoservidoras (es), farsantes, poetas, narradores, alfabetizadoras, gente de postín y hombres de bien. Dentro de esta oleada migratoria, y específicamente dentro de la chilangada apareció la frente lampiña y lustrosa de «copete» Ricardo Torres Baños.

Con singular pachorra y huevonería, empezó a labrarse un prestigio entre amigos y enemigos, indiferentes o entusiastas. Nos hicimos amigos quién sabe por qué y en dónde. Recuerdo la calle Talismán en la colonia Atasta que albergaba a más de 40 sujetillos de alta, mediana y baja estofa: pintores, teatreros, titiriteros, músicos, ceramistas, practicantes de medicina tradicional, aprendices de brujos, lectores de cartas españolas y del tarot, fotógrafos, diseñadores gráficos; vivían en una casa antigua y la chilangada se reunía en los días de quincena o en la gestoría de documentos específicos de las «misiones culturales» que la Dirección de Cultura Popular del DIF-Tabasco implementó. En aquella casa se hablaba de todas las expresiones artísticas y culturales; la calle Talismán resplandecía cuando la horda chilanga llenaba sus pulmones de aire villahermosino y exhalaba con sumo placer el gusto de habitar en el trópico. Circulaban de habitación en habitación la buena cerveza, las galletas de soda Dos Naciones, succulentas latas de atún y de sardina, jamón endiablado como las normas indican, la cooperación económica que para la cerveza la solidaridad indica, la cannabis índica, la...

La horda se mudó a la periferia de la ciudad, frente a Carnitas Uruapan (sin bailarinas en ese tiempo). Después la diáspora, el regreso a la ciudad de México de muchos, el sincretismo cultural y existencial de otros pocos y la evolución hacia la soledad de Ricardo Torres por la calle Eusebio Castillo, después Rosales, después...

Su don de amigo, el hombre sabio y prudente, su nobleza estrepitosa y torpe que colinda con la pendejez, lo han nutrido de amigos, compadres, y abusivos.

Para el buen consejo, Ricardo Torres; para compartir la cerveza, Ricardo Torres; para la buena comida y la buena cama, Ricardo Torres; para el diseño de un logo o una impresión en serigrafía, Ricardo Torres; para festejar un cumpleaños o cualquier santo de nuestra devoción, Ricardo Torres; para un proyecto cultural, Ricardo Torres; para mear o cagar en el primer cuadro de la ciudad, Ricardo Torres. Los propios y extraños lo han denominado Ricardo, Richard, Mendieta, El copete de hueso, La copetona, El papá de «Toñito», más lo que se acumule. Alrededor de él gira, quiérase o no, el punto de referencia de múltiples proyectos culturales que en forma individual o grupal se han articulado en los últimos diez años de diseño gráfico, pintura o literatura villahermosinas.

El jazz, el rock, Alfredo y sus teclados, la marimba y el son, Paquita la del barrio y Oscar de León, han forjado su carácter musical; Joan Miró, Paul Klee, Kandinsky, Tamayo, Salvador Dalí, Edén García, Fontanelly Vázquez, Edna Vadillo,

Xóchitl Balcázar, Javier Pineda, Ramón Briones, Leonardo de Dios Gerónimo (ay mana), Eligio Hernández, José Ramírez (El Jaguar), Héctor Juárez León, Rogelio Urrusti, Fernando Elizalde, Marcos Herrera, Edmundo Segura, Jorge Rodríguez (Tapotzingo) y otra perradita que enumeraré en la segunda edición de este libro, le han forjado el carácter visual y plástico de su espíritu. El amor y la emoción, la ternura y las lágrimas, la soledad y no sé que más, han estado a cargo de amigas y meseras, bailarinas y cantantes, mujeres solas y olvidadas que van al amor como van al trabajo (Joaquín Sabina dixit), mujeres que lo han hecho perder la razón o incrementar la cornamenta. Sentado a veces frente a la televisión, el minicomponente activado, la computadora, un vaso de cerveza, un plato de arroz o de frijoles, la vida lo ha envuelto y lo ha llevado de la mano hasta los abismos del delirio donde «La copetona» solamente ha llorado o ha reído, ha reventado de tanta soledad o tanta dicha, no le queda otra cosa que levantar su vaso y decir salud, cuando yo exclamo eufórico: ¡compañero futuro sirva otra ronda y si usted quiere, tómese una a mi cuenta!

Enervado de vida Ricardo Torres Baños, lee un buen libro a veces, diseña un mal libro a veces, escribe un buen texto a veces, se rasca una nalga a veces. Sus amigos tamultecos o chilapenses: Emilio Velázquez García, Francisco Félix Valencia, Norbertón, Luis Vázquez Cabrera, lo recuerdan con agrado. Edith Vázquez y Manlio Cobos, Jacobo Córdova y Ramón Bolívar lo saludan con agrado. Yo solamente transmito la emoción de mi gratitud por la amistad y la mejor cerveza mexicana que hemos degustado. Sí puej.

Saliendo de Villahermosa, justo a la altura del kilómetro quince, sobre la carretera 180 que apunta hacia el municipio de Centla, aunque mucha gente le llama Frontera, se adquirió un terreno para construir por parte de Induvitab, un fraccionamiento.

Lejos de la ciudad de Villahermosa, bastante lejos pero cerca de una población que se llama villa de Ocuilzapotlán (pero que mucha gente le denomina La Joya, porque hace muchísimo tiempo, cerca del panteón había una tienda con ese nombre, y de todas las comunidades aledañas, llegaba la gente a hacer sus compras en ese lugar), ahí fuimos a parar quienes solicitamos al gobierno de Tabasco a través de su instancia correspondiente, una vivienda.

Cuando llegué por primera vez a este lugar, me sentí feliz, radiante, casi poderoso: por fin iba a vivir en mi casa y dejaría de pagar renta, esa sogá que tiene mucha gente y que mes con mes hay que aflojar para que no nos ahorque. Llegué con Sinohé, con Celia y con Josué. Íbamos armados hasta las chanclas de escobas, cubetas, pino, jabón y unas lijas para limpiar de óxido los ventanales.

Vimos la casa como extasiados: estaba pintada de color verde limón, y parecía una tímida muchacha que llega por primera vez a un salón de belleza. Noté las reacciones de los chamacos, sobre todo de Sinohé, quien estaba en verdad emocionado. Celia comentaba que quería una recámara para ella sola y de inmediato se mandó a soñar; quería un tocador, su lámpara y sus muñecas que iba a acomodar no sé de

qué modo. Josué más pragmático que otra cosa, se dispuso inmediatamente a abrir la puerta, y se armó de cubetas y de jabón, para limpiar el olor a cemento y alambre recocado totalmente oxidado, que resultaba atosigante dentro de esa vivienda progresiva.

La casa no es en realidad la gran cosa: una sala, media cocina, medio baño y una recámara. Como todas las construcciones de interés social, los materiales son de mala calidad y a veces los muros caen encima de los usuarios, cuando éstos arrojan contra las paredes a sus hijos o a sus mujeres, en virtud de que las tortillas estaban frías, o el chamaco rompió la Coca Cola en medio de la calle.

Entramos a la casa y no había agua; una vecina, que ahorita tiene una frutería y que se llama -la frutería, no ella-, Karen, se ofreció inmediatamente a regalarnos agua. La aceptamos gustosos, y entre cubetazo y cubetazo, trapeadas y más trapeadas, empezamos a cantar canciones de moda para disipar el sudor y el calor que en ese momento, quizás por el entusiasmo, no sentíamos en demasía.

A la media hora de estar trabajando nos vencimos, acabamos con todos los poros de los muros; quitamos las telarañas necesarias, abatimos las cucarachas necesarias, aplastamos las hormigas necesarias y tomamos nuestros alimentos necesarios.

Josué y Celia detectaron de un modo usual en ellos, un changarrito donde se expendían mangos, pepinos y jícamas

en bolsitas de plástico, con su respectivo aditamento de sal y limón: ahí también había chamoy, chilitos, mamuts, chiclets Adams y un sinnúmero más de comestibles y golosinas que provocan en los chamacos una tierna anemia.

Los vecinos sacaban sus rostros del sopor de las tres de la tarde de ese primer sábado cuando llegamos a ese territorio de misterio, y saludaban entusiastas a nuestro paso. Yo me sentía como un conquistador. Éramos los nuevos, una novedad para el chisme volátil, para la densidad de las pláticas, para matar mosquitos en la tarde sin darse uno cuenta.

Pero, la gente ya tenía antecedentes de mí. De algún modo la comunicación en los pueblos pequeños es más rápida y eficaz que las plagas de langosta. Resulta pues, que mi padre Antonio García, viejo petrolero jubilado y bebetrago por más señas, se ofreció un día a barrerme el patio de la vivienda en el kilómetro quince; yo le di pelos y señales de cómo llegar y hasta le dibujé un plano que no usó, porque, dice él, estaba mal.

Mi papá es originario de una ranhería de Cunduacán, Tabasco, que se llama Huimango segunda sección, y de donde son los Gómez (Juan Gómez lo da y Juan Gómez se lo come) y los García. Es una región de cacaotales y de lodo, de mangos criollos y naranjas espléndidas. Muy dados al chisme como mi abuela Filomena Gómez Fuentes (q.e.p.d.), según dice mi mamá, y además, mi padre, muy creativo, también inventa (a veces pienso si por esa vena me vino el asunto de escribir, de contar cosas), pone de su cosecha.

Resulta pues que mi papá llegó al lugar de los hechos y vio que el montazal era en verdad agresivo: las gentes empezaron a tirar basura atrás de la vivienda y habían hasta perros y gatos juntos, pero muertos. Mi papá, como todas sus estrategias de procedimientos, fue a casa de una vecina y pidió prestada una pala. Le dieron una viejita (pala desde luego) porque una nueva que tenían no había sido despalmada y por lo tanto no cortaba bien.

Empezó a trabajar y de inmediato, mujeres, niños y hombres de toda calaña lo rodearon. Empezó la plática, los orígenes de los García, los hijos de don Antonio y el orgullo de él, yo; que su hijo era licenciado, que había ido a España, que sale seguido de Tabasco y viaja en avión, que tiene libros publicados y que a veces desayuna o come o bebe con el gobernador; no, es que si vieran a mi hijo no lo van a creer, además trabaja en una telesecundaria y toma sus traguitos de vez en cuando; hablaron de cómo era difícil hoy en día conseguir un buen trabajo, una buena casa, o por lo menos los servicios públicos para la familia; el médico, las prestaciones, el seguro de vida. Hablaron tanto que hasta supieron que soy un compulsivo diabético juvenil. Por eso cuando empezamos a llegar aquí para lavar la casa, los vecinos sólo se asomaron a las puertas, sonrieron y atestiguaron que en verdad teníamos cara de ser de otro modo, pero gente de bien, de la palabra y el verbo, del arribo al ser.

Cargamos las pocas cosas de vital importancia. Primero el refrigerador, por aquello del calor, después los tanques de gas, la estufa, el juego de sala tejido, las camas y toda la ropa que se podía anexar en los recovecos de la camioneta. Esto pasó en el primer viaje. Yo estaba nervioso porque iba rumbo a mi destino, a la casa en donde posiblemente vaya a morir (¡hola Lola!) con Estela y los chamacos, pero también iba alegre. No entendía la razón por la que el chofer hacia pucheros, mentaba madres, golpeaba el chasis de la camioneta. Él decía, bueno, a qué horas vamos a llegar. Tu mamá me dijo que estaba un poquito más allá del Centro Tutelar y ya tiene rato que pasamos el Tutelar. No entendía realmente el coraje. Le había dicho a mi mamá que me contratara una camioneta, pero aquella, para ahorrarse un dinero, le dijo al chofer que estaba cerquita, hombre, despuesito del Tutelar (a dos kilómetros después de salir de la ciudad). Ahí comprendí las cosas.

Para el segundo viaje, solo llevábamos accesorios. La despensa, los adornos folclóricos que he adquirido en mis viajes, la muñeca de Celia, el nintendo de Josué, los juegos de Sinohé, las revistas de teveynovelas de Estela y todos los cachivaches que en un cambio de domicilio guarda uno, y de los cuales no se quiere y ni se puede deshacer.

Cansados todos, de llenar la camioneta y después vaciarla en la casa, me dediqué en unos minutos a observar al chofer. Estaba tan encabronado, que se fue debajo de un flamboyán y se quedó ahí secándose el sudor con un paliacate azul, y bebiéndose el pozol que Estela le había dado,

aunque tengo la sospecha que era Coca Cola. Pinche envidia, me dije, y seguí acomodando las cosas.

La primera noche fue placentera. Estábamos realmente cansados e incómodos, que mirábamos a través de las ventanas, una hermosa luna llena cubierta parcialmente por las nubes. El ruido del ventilador era un sonsonete que nos adormecía como una caricia de madre que piensa por qué la abandonó el marido y se consuela con la cría que duerme apacible entre las sábanas sudadas. Así fue la primera noche en nuestra casa.

La primera mañana

Soy profesor rural. Adscrito a una telesecundaria de la rancharía Chilapa, Margen Derecha, solicité, cuando se me otorgó la casa, ubicarme sobre la carretera a Frontera, ya que por esa zona se encontraba mi centro de trabajo. ^

Creo que nos cambiamos un viernes o un sábado. Descansamos, que es un decir, dos días, y después otra vez a las labores domésticas para algunos, pero para mí, lo más importante de mi vida: trabajar. La docencia es una de las actividades más versátiles, dinámicas y nobles que hay en el mundo, ya que se trabaja con seres humanos que se comportan (por su edad, por su extracción de clase social, por sus indistintas personalidades) casi siempre de un modo inestable, y un profesor no puede ser rutinario a riesgo de convertirse en un obsoleto policía de tránsito.

Lunes; temprano, con el sol que apenas respunta, estoy esperando transporte, frente al Fraccionamiento Lomas de Ocuiltzapotlán II. Llevo en mi termo agua de pitahaya con hielo y limón, y en la bolsa mi lista de asistencia, un libro de poemas, una libreta para apuntes de ocasión. Estoy dispuesto a matizar el día: bien bañado, mal peinado (tengo fobia a acomodarme los cabellos), bien vestido (dentro de lo que mi gordura me permite). A mi lado, decenas de trabajadores de la construcción llegan y otros se van (me imagino que son veladores, porque apestan a sudor añejado y sobacos agrios). Las otras gentes son alumnas de secundaria, uniformadas, unas, todavía con los cabellos revueltos y secos, me imagino que no se bañaron; otras, relucientes de joyas de fantasía. Los chamacos caminan con un paso cansino, como que no quieren ir a la escuela, como que es un martirio llegar ahí donde se tienen que hacer cosas que ellos no quieren o en estos momentos no les interesan. Como quiera que sea, todos, entusiastas o no, vamos a determinados lugares que tienen que ver con la vida: nuestra casa, nuestra escuela, nuestro centro de trabajo.

Sobre este nuevo fraccionamiento, ocurren cosas curiosas. Parece ser que los conductores odian los hacinamientos. Pasan como alma que lleva el diablo, y casi atropellan a quien se les ponga enfrente. Las víctimas más usuales son los cerdos, los perros, los gatos y las gallinas. No menciono los pavos porque como son siempre los más tontos, ocurre que son las primeras especies que se han extinguido por este lugar.

Estamos enclavados en una zona totalmente rural. Miro caballos, vacas, chivos y cerdos por docenas. Ayer domingo por ejemplo, pasó un campesino a caballo, con sombrero y pistola y machete y todo, como una vil y hermosa estampa bucólica, cantando canciones de Vicente Fernández, y con una botella de Richardson a medio consumir. El caballo iba alegre, y él lo conducía de tal modo que era un regocijo ver el espectáculo. Atrás de él un perro flaco y jodido, ladraba con alegría, movía la cola; era como un carnaval de los elementos campiranos que se niegan a desaparecer. Acá en Tabasco es poco usual que a los caballos les pongan herraduras en los cascos. Imaginé la incomodidad del caballo sobre el concreto de las calles del fraccionamiento, quizás el dolor, pero la ebriedad del jinete creaba una atmósfera alucinante. Después de la procesión de índole carnavalesca, quedó la mierda del caballo sobre varios metros de calles, un estiércol verde y apestoso, con formas de bolitas casi poéticas. Era la aparición de lo moderno y de lo tradicional. Chingón.

El delirio de vivir en una casa propia nos hace vivir de otro modo. Nos da seguridad para disponer de un presupuesto que antes no se tenía, y sobre todo guardar lo del pasaje, porque los chamacos seguían en sus mismas escuelas. Pensando en esto, hablé con mis compañeros de la telesecundaria y nos tomamos, cerca del río Chilapa, y sobre unas lanchas que estaban atadas a unos palos, tres cartones de caguamas, y nos comimos dos kilos de camarón de río cocido, y algunos trozos de tortillas de maíz nuevo con yuca. Una maravilla. Cuando terminamos de esa bebelitona y botanilona, tomé

un camión de la ruta Tamulté de las Sabanas con destino a Villahermosa, y a pesar de la modorra por el asunto ese de las cervezas que siempre ocurre, no me dormí. Bajé en el kilómetro quince, y empecé a andar las calles. No me acordaba donde vivía, pero sabía que era en una esquina. Mi cuerpo estaba ebrio y mi mente también, caminaba con un paso elegante, como el de esos borrachos que quieren negar la existencia del sol cuando ya no hay sol si es que alguna vez hubo sol. Llegué a una esquina y quise hablar para preguntarle a algunos jóvenes dónde vivía yo. No pude articular palabra, y estos cabrones nada más se reían de mí. Volté a un lado, como al descuido, y vi que de una casa salía el enano Josué y el flaco Sinohé, riéndose de la situación. No sé qué palabreja digna de todo borracho dije, pero los jóvenes se rieron más.

Vidas paralelas I

Fue emocionante saber que teníamos vecinos. Que nos informaron los problemas de la luz y del agua potable, la existencia de varias pandillas, y los robos a casa habitación que eran casi permanentes.

Primero fue La Hinchada, una vecina que vendía golosinas en bolsitas de plástico, chicharroncitos, palomitas, mangos, jícamas y pepinos con sal y limón. Ella nos puso al tanto de ciertos problemas que había en la colonia y que tuvieramos cuidado con los hijos de La Pollera, una señora gorda que tenía un puesto en el mercado público de Atasta de Serra, una populosa colonia de Villahermosa, y donde expendía milanesas de pollo, que son una maravilla en sus manos.

El asunto era o es todavía, que sus hijos asaltaban a todo transeúnte que pasara frente a su casa. Era una zona sin lámparas y a oscuras no se veían las caras de quienes asaltaban, pero todo mundo sospechaban que eran los hijos de La Pollera.

Tenían la estampa típica de esos jóvenes malosos que asuelan barrios y acaban con las fiestas, como en el tiempo de Los Panchitos, acá en Villahermosa, que pasaban por algunos sitios como una tromba, y dejaban a la gente sin carteras, sin pertenencias, con las narices sangrando, solamente por puro placer. Los hijos de La Pollera visten actualmente como marcan los cánones (hasta mis hijos visten así) de ellos: con playeras largas que tienen ilustraciones eróticas, estampas de Selene, de Madonna, del Tri, de Iron Maiden, de Thalía y hasta de Los Broncos. Sus greñas van en pos de Ricky Martin o melenudos jugadores de fútbol; a veces rapan sus cráneos como los jugadores del equipo Toros-Neza o el gordo conductor de televisión del programa *¡pácatelas!* (el hoy finado Paco Stanley); caminan con las agujetas de los tenis desatadas, y su andar es como el estereotipo de una moda: como animales cansados, desgarrados, desanimados.

Los hijos de La Pollera han crecido. Los asaltos han disminuido desde que se han reparado las luces eléctricas de la calle, desde que ya existe una caseta de policía, y el fraccionamiento ha crecido ostensiblemente; muchos vehículos estacionados, casas donde se han erigido una o dos plantas más, una farmacia, varios supers, carnicerías, tortillerías y una venta clandestina de cervezas de a litro.

Dicen los que saben, que son los informadores de este texto, que algunos de los tres chamacos de los hijos de La Pollarera, han estado en el Centro Tutelar para menores infractores, pero eso es otra historia. Lo importante es que son parte imprescindible de la historia de este fraccionamiento.

Vidas paralelas, 2

La Pigmea, tiene una frutería que se llama Karen. Quien se encarga de poner los apodos en la colonia, o por lo menos los que yo conozco, es Estela, mi mujer. Tiene una memoria fotográfica y una tendencia natural a caricaturizar personajes, por eso La Pigmea.

Esta mujer es de extracción humilde, con todas las características de la de nuestras mujeres chocas: chaparra, morena, de rasgos eminentemente rurales, religiosa protestante, madre soltera, y vive con su hija Karen, por eso se llama así la frutería.

Vive al lado de mi casa. La importancia de todo esto es que es una mujer muy popular a raíz de que en su negocio da fiado.

Doña Nati para acá, doña Nati para allá. Medio kilo de tomate, una piña, una bolsita de limones, etcétera. En una ocasión me estaba bañando, cuando escuché unos murmullos bastante escandalosos. Eran señoras que se habían reunido para platicar y exhibir entre ellas, lo que es el apio, el

modo de consumirlo y cocinarlo, y algunas de las propiedades curativas y preventivas que tiene esa legumbre. Era en verdad un escándalo. El apio, comido como se ve en la televisión, con mayonesa Hellmans, con sal y limón, dentro del puchero de cola de res, en jugo con zanahoria, en fin, dijo una de ellas, y hasta perdonando la palabra, crudo. Otra señora dijo, ¡voy, voy! y siguieron platicando de una telenovela que estaba en boga y cuyos personajes masculinos las tenían, como dijo alguna vez José Luis Rivas con Josué Ramírez en Taxco, húmedas y frescas.

La Pigmea es una mujer luchona. Como todas las madres solteras, que se aferran a la vida a través de un nuevo ser. Son ellas, a través de otro ser por el que luchan, por el que creen y por el que pueden ellas ser, y generalmente llegan a ser. El papel de la madre es todo un apostolado. La República Mexicana, más que fincar su historia a través de mártires y gestas históricas, se ha fundamentado en el papel de la madre, y en el papel de las mujeres en todas las funciones sociales de la vida. Por eso los hombres son unos hijos de la chingada (Octavio Paz, dixit). Porque tenemos madre y es quien nos defiende.

Vidas paralelas, 3

Contraesquina de mi casa (Lote uno, manzana veintinueve, retorno once, Fraccionamiento Lomas de Ocuiltzapotlán II, kilómetro quince, carretera a Frontera, Centro, Tabasco, ¿Cómo la ve?), vive La Hinchada. Es una mujer joven que tiene tres hijos: dos niñas y un niño. Ella vive con su esposo, con la mujer de un hermano y con un hermano suyo y una anciana, de la cual no sé todavía, madre de quién será.

La casa es pequeña, como de sesenta y cuatro metros cuadrados. Es una casa pobre, de tablas y láminas de zinc. Tiene un patio hermoso donde habitan unas matitas de albahaca, una de chile amashito, dos de maguey, un esplendoroso arbusto de chaya, y un montón de arena revuelta con grava. Son ocho personas las que viven ahí, más una familia que se ha avecindado, entre ellos un muchacho gordo que juega pelota con Josué, mi hijo; una joven que estudia en algún colegio de bachilleres y sus padres.

En esa casa ocurren fenómenos interesantes. Como son religiosos, de vez en cuando realizan actividades que tienen que ver con sus creencias. Llegan personas que leen la biblia, oran y después se ponen a cantar salmos y otras plegarias. Tocan la guitarra, maracas y panderos. Cantan sin desparpajo, sin pena, como si en la entonación de cada palabra y de cada ritmo, entregaran su alma. Elevan la voz, la engolan y se quedan viendo a todas las personas que pasan por la acera, como para hacerlos sentir mal de que no pertenecen a la religión de ellos, quizás para atestiguar de que no se burlen, o para ver cuáles son las reacciones que tiene cada quien.

Una vez llegué a mi casa borracho, no en estado de ebriedad y me metí a cagar. Me bañé, me lavé las manos por el asunto ese del cólera, y empecé a escuchar una música bastante guapachosa, como las de bares y cantinas o de bailes populares. Empecé a silbar y a palmotear mientras me bañaba y de repente la música cesó: habían escuchado mis gritos, y pensaron que era una burla de parte mía. Me sentí

incómodo porque no sabía en realidad que esa música venía de la casa de los vecinos y que era religiosa. No sé desde cuando no cruzamos saludos, pero ha sido tal vez por el asunto laboral de cada quien. No tenemos de qué hablar, no compartimos lecturas, ni los mismos espacios, sólo la proximidad de nuestra casa, en este fraccionamiento hermoso, el mejor de todos, donde continuamos ladrando a la luna, como si fuera Dios, para que nos de un poquito más de esperanza con la vida, aunque sea una pizquita.

Acotación

Carlos Magaña Cartagena, fue uno de los primeros pobladores del kilómetro quince.

Me explica que cuando llegó por primera vez, sólo existían sobre el terreno una gigantesca cuadrícula en la que sólo se observaban los límites de lotes marcados con puntas de arbustos y pedazos de hierros oxidados; en las inmediaciones estaban dos o tres construcciones de cañitas, con láminas de cartón y alguna que otra de zinc. La gente se conocía a través de los favores de prestarse una pala, un machete o dándose confianza para quedarse a dormir por las noches.

Cuenta que cuando aquí ya existía la luz y el agua potable, se enfrentaban a los desabastos de tales insumos: por ejemplo, cuando decían que se iba a «ir» el agua, él tomaba sus pertenencias y a su familia, y se iban a la casa de su mamá, porque en ese tiempo «irse el agua» en la colonia, implicaba carecer de tal líquido por más de una semana, y aunque las

pipas llegaban de vez en cuando a proporcionar el servicio de abasto de agua potable, nada era seguro.

Las peregrinaciones de los primeros pobladores eran cansadas; acudían a todas las instancias públicas a gestionar y a gestionar y a gestionar; organizaron equipos deportivos y se les proporcionaban pelotas y demás aperos de juego; en las festividades cívicas, desfiles y mítines, ahí estaban; en algunas concentraciones partidistas, también. La lucha no fue en vano.

Hoy el fraccionamiento Lomas de Ocuiltzapotlán II, kilómetro quince, carretera a Frontera, es una población casi organizada, con agua potable, escuelas, caseta de policía y una población joven que diariamente se dirige a sus centros escolares de educación superior, con ánimo de ir más allá del más allá. ¡Arre coño! ¡Arre!

Montielito. Así le decían. Era Rodolfo Montiel H. Así firmaba sus crónicas y artículos diarios. Y en alguna ocasión llegó a escribir en cuatro periódicos al mismo tiempo. Hablaba de él, de la ciudad de Villahermosa, de sus amigos, de sus correrías, de sus juergas, de sus momentos álgidos en la vida; de lo que a él le daba la gana. Tenía (me supongo) una memoria prodigiosa, y quien sabía de periodismo sabía de Montielito.

Lo leí en las páginas de un diario tradicional y anacrónico, en donde tenía una columna que siempre empezaba: «Querido Yoryi», y terminaba, «Por ahora es cuanto». Era un regocijo leer sus artículos; pero también era odioso cuando nos hacía partícipes de algunos referentes de los que sólo él y algunas personas cercanas a la experiencia narrada, tenían vela en el entierro; sin embargo, supongo que era un cronista natural; de esos que existen en todos los pueblos del sureste de México, o en todos los pueblos latinoamericanos que padecen o que viven en las mismas circunstancias que los tabasqueños.

Lo conocí en un diario llamado Olmeca, a donde llegué para aprender, según yo, a escribir; aún no sabía de la existencia de talleres literarios ni de grupos culturales. Tabasco no era una fiesta, era una danza tribal donde las calles todavía olían a mierda de puerco y la mayoría de las calles eran un lodacero en pleno verano. Él llegó con un sombrero estilo yucateco, las manos regordetas, los brazos cortos, como de un enano; pantalón confeccionado en una saterería, de pinzas y con bolsas trasera y (me supongo también) la bolsita secreta. Llegó a lo que se llamaba «Sala de redacción» y que en realidad eran dos escritorios viejísimos con dos máquinas de

escribir también viejísimas. Me dijo buenas tardes y empezó a teclear sobre hojas de papel revolución. Empezó duro y dale, duro y dale; de repente se detuvo, se me quedó viendo y siguió duro y dale, duro y dale; sonreía para él, quién sabe de qué carajo, y siguió duro y dale. Cuando terminó, me preguntó si esperaba a alguien. Le dije que a él y se quedó intranquilo. Le expliqué que quería escribir, que había leído a Hemingway, El viejo y el mar y que también me gustaría escribir en los periódicos como él. Hablamos poco en realidad. Me dijo que iba a otro periódico a escribir y que después se iba a su casa. Que por la mañana lo podría ver en el Café Casino. Le dije que por las mañanas no podía porque estaba estudiando en la prepa. Me dijo: Allá tú.

Tiempo después, cuando ya estaba leyendo y escribiendo gracias a las indicaciones de Fernando Nieto Cadena, y cuando entré en contacto con Ramón Bolívar y Salvador Córdova León, me enteré, por la lengua más veloz del sureste de México, Fontanelly Vázquez, que Rodolfo Montiel H. alias «el de la comezón escritora» había sido juez de paz, connotado periodista y profesor de ciencias sociales en la escuela secundaria Rafael Concha Linares; que llegaba al salón de clases y se ponía a leer el periódico; mandaba a un chamaco a escribir en el pizarrón las preguntas de un cuestionario que llevaba escrito, y mientras esto ocurría, se ponía a verle las piernas a las chamacas.

Decenas de anécdotas se cuentan aún de este villahermosino que vive en la memoria de la ciudad. Este fue un cronista sin reconocimiento. Vale la pena indagar en sus crónicas la otra historia personal de la ciudad. Por ahora es cuanto.

Café Selecto, en las proximidades de El Submarino, de La Plazuela del Águila, de la Casa de la Cultura de la UJAT y de la Biblioteca José Martí.

Ahí llega la perrada: se huelen, se reconocen, se sienten como en el vientre de Dios. Juntan para el café o piden fiado; escriben, pintan, cantan, son investigadores, maestros, promotores, aprendices de algo, público en general (que ya es algo); cuando se agotan las pláticas más puras, las entelequias y los aquellarres oníricos acompañados de carcajadas, se perpetran excursiones a Brunos, La Terraza, El Presidente, Bacarat, Ovidio.

Pero cuando no hay dinero o ganas de beber, como hoy, pasamos la tarde mirando: detrás de los cristales que dan a la calle, pasan las mujeres; niñas, adolescentes y adultas. Entran en la ficción y en el deseo de la perrada; vuelven a pasar y alguien dice: ¡Sucia!, ¡Mírame!, ¡Mamita! ¡Zorraaas!

Si esto también agota, se empieza a conocer el repertorio de los que habitan La Plazuela del Águila; Julio César Chávez, el Maromero, bebedores eternos que llegan desde sus colonias a apoderarse del parquecito y beber su alcohol rebajado. Se comenta entre la perrada (esto lo dijo Roberto Madrigal) que los meses de febrero y marzo son fatales para el viejerío (de viejos, no de viejas) ya que el cambio brusco de temperatura los mata; se habla también de otros meses como julio y agosto, en que se revitalizan (los viejitos bebedores), porque son los meses de mucho calor y humedad; se entra en la cantina desde las dos de la tarde (si es usted profesor,

lo sabrá) y se sale a las siete de la noche, con el fresquecito; de esto habla la perrada en el café Selecto; y de otras cosas más. Algunos de ellos lo escriben. Algunos no.

Pasamos la tarde mirando. Y a veces (¡iiche!) no vemos más que los ojos de Dios.

Concurrente, la crisis económica del país (después de 1982) y un surgido de aspiraciones profesionales y literarias, me hicieron buscar empleo en alguna actividad que tuviese que ver con los libros, ya en la lectura, ya en la escritura: la docencia.

La poca información que tenía yo de la telesecundaria era remota y vaga. Decían que era una educación de mala calidad porque solamente estaba destinada a las rancherías y a los poblados; que un solo maestro la hacía de «sabelotodo», y no se estudiaban todas las materias; que se enseñaba únicamente a sembrar hortalizas, criar aves y cerdos, y en ocasiones abejas de colmena; que los alumnos veían exclusivamente la televisión y de ese modo no se aprende nada; y por último, que no era una educación legalizada, y que se tendrían que realizar muchos trámites para que los documentos de ese nivel tuviesen reconocimiento oficial.

Sin embargo, para quienes cursábamos la licenciatura en ciencias de la educación en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco de 1984, la posibilidad de trabajar en la docencia, en este subsistema, nos brindaba la oportunidad no sólo de obtener un ingreso económico, sino también para vincular algunos aspectos teóricos propios de la licenciatura, con la práctica docente y con la metodología de este subsistema.

En los primeros años de la década de los ochenta la mayoría de los estudiantes de esta licenciatura nos empleábamos como checadores de tiempo en estacionamientos públicos

y terminales de transporte urbano; en oficinas gubernamentales para sacar copias de documentos, realizar mandados a jefes departamentales y funcionarios menores; impartir cinco o seis horas de la asignatura que estuviese disponible en secundarias estatales, técnicas y federales de la ciudad; hacer largas antenas en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, sección 29, para lograr un interinato donde fuese y como fuese; y los más favorecidos por la suerte conseguían empleos como porros o ayudantes de «algo» en la misma universidad.

En las pláticas de sobremesa donde desayunábamos los insípidos o salados consomés de pollo, pucheros de res o albóndigas con arroz, alimento nutritivo, clásico y opulento, propio de la runfla de estudiantes hijos de obreros y campesinos de la mayoría de los municipios rurales y ganaderos del resto del estado, empecé a escuchar primero como un rumor y después con absoluta certeza acerca de la existencia de la telesecundaria. Se necesitaban profesores para cubrir la demanda de este servicio en diversos municipios y los requisitos de ingreso eran obstáculos bastante sorteables: tener concluidos estudios de educación media superior, tener cubierto el 75% de estudios en cualquier escuela formadora de docentes o ser egresados de cualquier escuela de educación superior (razón por la cual hoy es frecuente toparse con sociólogos, contadores, abogados, odontólogos, médicos veterinarios, biólogos, psicólogos, licenciados en administración de empresas, e ingenieros, que se han preocupado más por capacitarse y actualizarse que aquellos que cursaron alguna licenciatura en educación). Algunos

condiscípulos míos ya habían probado fortuna en este trabajo pero habían renunciado porque la comisión docente estaba adscrita en alguna comunidad inaccesible donde se debía pernoctar o quedarse a vivir toda la semana; donde sólo se podía tener acceso a través de dos o tres horas de camino a pie, a lomo de caballo o de bicicleta Bimex, en lancha con motor fuera de borda o cuando el lodacero de los caminos permitía la entrada o salida a la comunidad.

En agosto de 1984 los rumores se hicieron más fuertes y en toda la escuela de Ciencias de la Educación nos comportábamos nerviosos, inquietos, eufóricos, indiferentes y apáticos. Con Ramón Francisco López Pérez, El «Queche», un compañero fiel de andanzas nocturnas y cantinas me dirigí al Departamento de Telesecundaria para solicitar informes y participar en la selección de acuerdo a los requisitos necesarios.

El inicio

Fui dado de alta como profesor supernumerario con la clave O.P. 0051 part. 100-001-001-16-01-RA-06-1201 con un salario de \$ 41,977.00 mensuales, el 16 de octubre de 1984. Era director de educación media básica el doctor Juan Lezama Morfín, y el profesor Luis Gilberto Soberanis Perera, jefe del departamento de telesecundaria. La cobertura de este servicio educativo se había ampliado considerablemente y fue necesario crear las primeras zonas escolares con supervisores que tenían la función de recibir todos los documentos pertinentes para realizar los trámites en el Depar-

tamento de Registro y Certificación; vigilar la asistencia del profesorado a los centros de trabajo, asistir a las reuniones con las sociedades de padres de familia y asesorar a los maestros de nuevo ingreso en relación a la correcta aplicación de la metodología del subsistema (esta última casi nunca se llevó a efecto). Recibí entonces mi orden de comisión para presentarme ante el profesor Víctor Manuel Aparicio Márquez, supervisor escolar de la zona número 5 en la ranchería Los Naranjos del municipio de Huimanguillo, Tabasco.

Por algún contratiempo en la firma de mi orden de comisión no me fue posible presentarme a la supervisión escolar en los primeros tres días de mi nombramiento, razón por la cual muchos de mis compañeros ya se encontraban camino del plantel educativo y de sus comunidades respectivas en donde debían prestar sus servicios docentes. Recuerdo que era un día lluvioso y mientras esperaba el documento que iba a indicar la comisión docente asignada a mi persona, vi llegar con dos maletas azules, funbundo y sudoroso, espantado y sediento a Ramón Francisco López Pérez, «El Queche». Llegó como un ventarrón a las oficinas de la supervisión escolar y entre sorprendido e indignado, el profesor Víctor Manuel Aparicio Márquez le preguntó: - Bueno muchacho, ¿y tú que haces aquí?, a lo que el interpelado respondió: -Mire profe, mándeme a otro lugar, a donde usted quiera, pero no a Zanapa; allá si logra entrar el diablo ya no sale. Me enteré que en ese lugar se había fundado una telesecundaria que operaba como muchas de ese tiempo en las aulas desocupadas y prestadas a la única escuela prima-

ría de la comunidad. No había energía eléctrica por lo que los televisores trabajaban con acumuladores que se recargaban semanalmente en la villa más cercana a ese lugar: La Venta. Para salir de esa comunidad los pobladores se levantaban a las tres de la mañana, tomaban el único camión en el que transportaban todo tipo de animales para su venta en el mercado, leche, queso, frutas y verduras de temporada, que se confundían con enfermos, estudiantes, ejidatarios, comerciantes y quienes asistían a la villa a tramitar asuntos personales. El camión salía por la mañana y regresaba a medio día a la comunidad; eran seis horas entre ida y vuelta y quien perdía una de esas corridas debía esperar hasta el día siguiente. Acostumbrados al ajeteo suburbano de la ciudad de Villahermosa, la inercia lentísima de las comunidades rurales hacía mella en nuestro espíritu.

Me comisionaron a la escuela telesecundaria Carlos A. Carrillo, ubicada en el ejido Pejelagarero 1^a sección en el municipio de Huimanguillo. Llegué como responsable de la escuela en sustitución de un profesor que ya llevaba tres años de servicio en ese lugar y había hecho de las suyas con los recursos económicos que manejaba la sociedad de padres de familia. La escuela era un galerón techado con palma y cercado con «yaguas» (tablillas obtenidas de los troncos de palmeras reales y de corozo). La escuela funcionaba en un predio cedido en préstamo por las autoridades de la escuela primaria. Este lugar era conocido también como Los Pinos, ya que en alguna ocasión alguien sembró estos árboles que tendrían la edad aproximada de 25 metros de altura. El profesor que me recitaba un inventario de ficción me

observaba con ojos de ladino y me decía: -Son como cinco televisores (sólo uno servía, los demás eran cajones que funcionaban como nido de ratones y cucarachas); -ahí están casi todos los libros (sólo habían guías de estudio y los libros de consulta general estaban rotos o comidos por la polilla ya que nunca los usaban); cinco palos de escoba con algunas greñas de plástico y tres cubetas casi desfondadas (una rosada, una azul y una roja, correspondían en ese orden a los grados escolares); una bandera comida de cucaracha, un asta de cedro color caoba y un porta bandera de cartón que brillaba (haciendo resplandecer la pobreza y la desolación del inventario); un pedazo de pizarrón negro y uno nuevo (éste último lo utilizaban los alumnos de segundo y tercer grado, ya que la escuela era bidocente); una libreta de actas, una de visitas, una con los horarios de entrada y salida del personal, así como la documentación y fotografías de los alumnos inscritos en el plantel; no me entregó ni un quinto ya que la sociedad de padres de familia estaba endeudada por un desfalco en el baile que se realizó para la ceremonia de clausura del último ciclo escolar; y para concluir me entregó las pesadas armas con las que todo responsable o director de una escuela debe andar ataviado durante toda su vida: una almohadilla manchada con tinta Pelikan y el sello de la escuela donde venía improntado el nombre de la escuela, la clave, y el lugar de adscripción. Cuando el profesor me hizo entrega de estos últimos adminículos, noté que respiraba con profundidad, se tallaba las manos con soltura y como aliviado de un lastre pegajoso y molesto, se irguió detrás de un escritorio deprimente y herrumbrado. Bueno maestro, eso es todo. Le deseo suerte en esta escuela; la

comunidad es tranquila y algunos muchachos son malos, hay que apretarles un poquito las tuercas». Acompañado del presidente de la sociedad de padres de familia constaté algunos de los pocos bienes que se habían enumerado en la lista, cerré la escuela y me llevé los documentos a mi casa para abrir un expediente por alumno, clasificarlos y ordenarlos. La escuela no era nada segura puesto que cualquier arriero podía mirar con claridad cuando uno se mecía en la hamaca dentro de las aulas, desde el polvoriento camino real.

Cuando pasé a la supervisión para reportar mis primeras actividades, el supervisor escolar me asignó como profesor ayudante al Queche, quien estaba ahí desde hacía varios días, desde su estampida de Zanapa. Mira Teo, me dijo el supervisor (sin saber que este sujetillo era mi amigo), te voy a mandar a Ramoncito para que trabaje contigo en la escuela. Como usted diga, maestro, contesté. Y para festejar esta venturosa coincidencia, los dos caballeros educativos que empezábamos a andar por el destino a pie, nos emborrachamos en el primer mesón con sinfonola que se nos apareció en la ciudad de Cárdenas, Tabasco.

Los trabajos y los días

Fue un ciclo escolar glorioso, se conjuntaron nuestras inexperiencias para dirigir un plantel educativo, padres de familia cuestionadores y exigentes, una metodología de trabajo, que nos aliviaba de la descarga académica y nos hacía confusa las estrategias del proceso enseñanza-aprendizaje al que

estabamos tradicionalmente acostumbrados; un material impreso que llegaba hasta con ocho meses de retraso (casi para finalizar un ciclo escolar), alumnos desorientados, apáticos y casi perversos.

Como dos gladiadores insignificantes le entramos a la tarea. Una limpieza general del plantel, pláticas constantes con los padres de familia y visitas guiadas para el reconocimiento de las actividades productivas de la comunidad, nos hicieron sentir la aceptación y el afecto de los pobladores; la gestoría administrativa que desarrollé con la ayuda de algunos amigos funcionarios de gobierno surtió efecto con prontitud: se dotó a la escuela con dos televisores a color y una antena panorámica; estrenamos una bandera con asta de bronce y porta estandarte reluciente un lunes en el que se daba la noticia, por Telerreportaje, acerca de la muerte del presidente de Brasil, Tancredo Neves; tres pizarrones nuevos, pupitres de metal y plástico para todos los alumnos, dos escritorios y sillas, material didáctico abundante y variado; se vinculó a los padres de familia con las campañas de reforestación con árboles maderables de macuilís, cedro y guayacán para sustituir la postería podrida de sus potreros; adicionalmente se incluyeron árboles frutales propios para el clima y las tierras de la región: mango, naranja, limón. Las actividades cívicas, deportivas y culturales, fueron planeadas de tal modo que en una sola ocasión la lluvia nos arrimó a la desgracia: kermesses, desfile del 20 de noviembre, conmemoraciones acompañadas de periódicos murales en complicidad con la escuela primaria; lecturas de cuento a cargo del novelista Juan Villoro, quien nos tuvo alledados durante casi dos horas

con su charla didáctica y amena acerca de los niños y jóvenes de la ciudad de México, de sus preocupaciones y de sus obsesiones, así como de los trabajos que se desarrollan en la ciudad en contraste con los trabajos del campo: para esta actividad se sacrificó un guajolote y cuatro gallinas guisados en mole y con arroz blanco; pozol con cacao, agua de coco y una reja de refrescos Peñafiel; a Juan Villoro se le obsequió un racimo de guineos maduros y una docena de cocos seleccionados para beber con ginebra; en la orilla de la carretera se habían amarrado más de quince caballos y estacionado decenas de bicicletas; cuando llegó la camioneta del Instituto de Cultura de Tabasco, amas de casa y muchachas casaderas se arracimaron prácticamente en las afueras de la sala de juntas que nos había prestado la escuela primaria; escuchaba voces como: -Oiga maestro Teo, verdá que a don ése le echaron fertilizante en los pies- (aludiendo a la estatura de Juan Villoro en relación a nuestra chaparrez producto de la herencia olmeca); -¡Ay! maestro Teo, yo me voy a «huir» con ese hombre barbudo, está bien guapo- (me decía una de mis alumnas del tercer grado quien sólo espera terminar la secundaria para irse a trabajar a la ciudad y buscar marido).

Las dos excursiones que organicé en esta escuela considero han sido memorables no sólo en la vida de mis alumnos sino también en la mía. La primera salida ocurrió a la ciudad de Villahermosa con un itinerario que incluía recorridos por el Parque Museo de La Venta, el planetario y las instalaciones de la Comisión de Radio y Televisión de Tabasco. El recorrido por el parque quizá no fue memorable ya que sólo

mirábamos puras «cabezas de piedras pelonas con los ojos hinchados», aprendimos cómo se produce un programa de televisión y nos explicaron todo el itinerario que sigue una señal televisiva hasta llegar a nuestros aparatos receptores en el aula. Las instalaciones modernas y reconfortables del planetario Tabasco dos mil desaparecieron pronto de nuestros ojos cuando escuchamos los alaridos de una muchacha de primer grado que era ascendida por unas escaleras eléctricas ante el asombro de todo el alumnado. De repente, la muchacha quedó detenida en lo alto, perpleja, o quién sabe cómo. De inmediato todos corrieron hacia las escaleras y se dejaron conducir; ya en el primer nivel iniciaron el descenso en la escalera correspondiente. Descubrieron también las del segundo nivel y subieron hasta allá desde donde disfrutaron una panorámica de la ciudad de Villahermosa ampliada y modernizada. Durante media hora el colorido de los uniformes rosados, azules y guinda de las hembras se confundía con el verde ocre de los varones subiendo y bajando entre chillidos y gritos de asombro, apodos y una que otra mentada de madre; yo observaba la ingenuidad y nobleza de estos alumnos tabasqueños con toda la capacidad de asombro descubierta ante unas escaleras eléctricas, y sin quererlo también me incorporé, contagiado. a las subidas y bajadas, con bullicio, carcajadas y todo lo demás. Pero eché a perder la fiesta; venía descendiendo del segundo nivel cuando se detuvieron las escaleras, pensé que se había ido la energía eléctrica pero no era así. Un trabajador ataviado con un mono en el que se leía: Galerías Tabasco 2000. Vigilante, había desactivado el funcionamiento de las escaleras. Con la cara enrojecida no sé si de vergüenza o coraje, terminé de

bajar las escaleras y arengué a mis alumnos a continuar la marcha hacia el camión de transporte azul que el sistema de autotransporte y enlace de Tabasco (SAETA) nos había prestado.

Durante muchas semanas esta excursión estuvo en boca de toda la comunidad. Los padres de familia nos daban palmaditas en el hombro y nos decían: -Bien profe, bien, hasta que están haciendo algo. Los jóvenes y las muchachas que no estudiaban me proponían que organizara una actividad semejante para ellos. Las muchachas me sonreían y yo les sonreía halagado, los alumnos se aplicaban más en el desempeño de sus tareas, y toda actividad que emprendíamos, nos resultaba exitosa. Poco a poco nos dimos cuenta de que la actividad es el principio generador de los aprendizajes en este nivel educativo.

La otra excursión se realizó a las ruinas arqueológicas de Palenque en el estado de Chiapas. El éxito, la sorpresa, el asombro, la gratitud y el aprendizaje, fueron los ingredientes satisfactorios con el que nos halagaron los últimos meses del ciclo escolar los padres de familia y los alumnos.

Paralelo a este conjunto de actividades de orden académico, desarrollé otras de carácter estrictamente literario. Una de ellas fue una verdadera sorpresa: obtuve el premio nacional de poesía al que convocó el CREA en 1984. Envié mis poemas a concurso, como si fuesen una botella al mar. El jurado estuvo constituido por Federico Patán, Thelma Nava y Vicente Quirarte. Como el presidente de la república Mi-

guel de la Madrid Hurtado iba a entregar los premios, se dio la consigna de buscarme por cielo, mar y tierra, y fui localizado por mi madre y tres personas más del CREA estatal a las tres de la mañana del día en que se iba entregar el galardón. Ese día era viernes y desaparecí de la escuela dejando un recado en el pizarrón donde explicaba brevemente mi partida.

Me di de baja temporalmente en la universidad para atender las tareas de la telesecundaria. La escuela se encontraba a cinco kilómetros de la carretera federal 180 y como no había medio de transporte hasta ese tramo debía hacer el camino a pie; y de Palo Mulato (entrada al ejido Pejelagartero) a la ciudad de Villahermosa el transporte foráneo tarda dos horas con cuarenta y cinco minutos. Por estos problemas técnicos me vi precisado, pues, a quedarme a vivir en la comunidad, ya que también en esos años a los profesores de nuevo ingreso les comenzaban a pagar a los tres meses de haber iniciado el ciclo escolar. Hacía pocos meses que me había separado de mi primera mujer, y las crisis emocional y profesional se mezclaban con largas tardes de aburrimiento y desasosiego que se volvían más densas a pesar de los partidos de voleibol con los lugareños, los programas de televisión chatos y sosos del canal dos y las pocas lecturas que lograba salvar de los libros que se encontraban en la pequeña biblioteca escolar: Carlos Fuentes, Agustín Yañez, Martín Luis Guzmán, B. Traven... El taller literario que coordinaba Fernando Nieto en Villahermosa lo había cancelado el rector Josué Vera Granados y los participantes Delia Sambarino, Rodolfo González Maza, Mario de Lille Fuen-

res, María Dolores Bravo Ramírez, Salvador Córdova León, Jorge Lamoyi, Bertha Ferrer de Priego, Lucía Torpey Oliva y yo, nos hallábamos dispersos y ambulantes. Para distraer mi soledad organicé un taller de lectura y uno de creación literaria con mis alumnos. Les contaba a medias una historia, los dejaba «picados», los motivaba y después les entregaba el libro para que ellos concluyeran la lectura. Los invité a escribir y a regresar por las tardes para revisar poemas, canciones y cuentos. Me desesperaba en ocasiones la renuencia que mostraban a mi búsqueda de cómplices para matar mi soledad y para convertirlos al culto de la literatura. Irritado, impaciente, turbado, el dragón y el demonio que llevo dentro de mí dieron la idea perversa de conseguir mi objetivo; y pude reunirlos (cuatro varones y tres hembras), grosero de mí, a punta de empanadas, panuchos, bizcochos y horchatas de arroz. Trabajamos aproximadamente durante seis meses y algunos materiales producidos ahí fueron publicados en el diario Avance. Al enterarse de la existencia de este taller literario, en una escuela rural, Andrés González Pagés, entonces director editorial del Instituto de Cultura de Tabasco implementó en la entidad la Red Estatal de Talleres Literarios que llegó a integrar 23 o 24 que funcionaron en escuelas, bibliotecas públicas municipales, casas de cultura y centros asistenciales.

Concluyó el ciclo escolar 84-85 y como no había terminado aún mis estudios de licenciatura en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, solicité mi cambio de escuela a otra que estuviese cerca de la carretera federal, y viajar a diario a la ciudad de Villahermosa.

Segundo round

Dejé la telesecundaria Carlos A. Carrillo y se me ubicó en la Francisco I. Madero de la ranchería Pico de Oro primera sección, ahí colaboré con los profesores y amigos David Carrillo Pérez (La Camoncha), Jesús Llovén López Madrigal, Luis Vázquez Cabrera (Parafina) y Candelario Vázquez Rueda (El Campeche). Ya no era responsable del plantel pero mi impulso frenético de difusión cultural, así como el disfrute de las expresiones artísticas con los alumnos, me hizo continuar en la realización de excursiones, trabajar con un taller literario del Instituto de Cultura de Tabasco (decían que era una aviaduría, Dios y yo, sabemos que no es cierto); en una ocasión conseguí que el escritor Francisco Hinojosa nos diera una lectura de su libro excepcional *A golpe de calcetín* y que el hermano del gobernador Enrique González Pedrero (que recorrió el estado de Tabasco ofreciendo conciertos de jazz) llegara a la escuela y nos diera un concierto didáctico con obras de Duke Ellington, Ella Fitzgerald..., en la casa ejidal de la comunidad, con la asistencia de padres de familia, cortadores de caña, gallinas, guajolotes, palomas, perros y el aroma impresionante de más de 3,000 cerdos que se engordaban en un criadero cercano.

Antes de trabajar en esta escuela, y como agradecimiento al hecho de haberme favorecido con un cambio de escuela a escuela, el supervisor escolar me envió a suplir a un profesor de nuevo ingreso que recibiría capacitación. Es nomás por una semana me dijo. La escuela estaba ubicada en Paredón, cerca de un rancho del ex-gobernador Manuelurría Ordóñez.

En una sola semana de trabajo me sentí un hombre afortunado y excepcional: un verdadero educador. El profesor a quien yo suplía nunca había estado frente a un grupo, no estaba enterado de los programas, los contenidos, la metodología y el manejo de las guías de estudio; por supuesto, tampoco tenía televisión. La escuela era de nueva creación no tenía nombre, ni clave. El maestro entretenía a los alumnos repasando algunas nociones de aritmética, practicando caligrafía y barbechando la tierra para sembrar hortalizas. Me percaté del desconocimiento y la inocencia del profesor, y me dispuse a orientar a los alumnos en cuanto a los propósitos y fines que persigue la telesecundaria en las comunidades rurales, les hablé de la Escuela Rural Mexicana, de la importancia que tienen las actividades productivas de la comunidad, así como de lo imprescindible de una escuela telesecundaria en ese momento y en ese espacio.

Fue una sola semana magnífica, los alumnos no querían irse a su casa después de la una y media de la tarde en que los retiraba. Se quedaban a platicar conmigo; que les contara de las otras escuelas donde había estado, de la importancia de la poesía y de los cuentos, de las recetas de cocina y las plantas medicinales, del avance de la ciencia y las canciones del divo de Linares, Raphael; me prestaron un machete para que yo cortara naranjas y me hiciera jugo (había como cinco árboles terriblemente cargados), una guitarra para interpretar canciones de Silvio Rodríguez, Leonardo Favio, Javier Solís, José Feliciano y José José. Era un solo grupo de primer grado y los muchachos oscilaban entre los 12 y 21 años. Por las tardes me visitaban los mayorcitos hembras y

varones y platicábamos hasta que los mosquitos se amotinaban impacientes y furiosos.

Cuando me despedí del grupo me sentí conmovido. Me entregaron achiote, huevos de rancho, tres mazorcas de pataste, un trozo de longaniza segmentado con amarres de joloche así como algunas recomendaciones afectivas y de amor, adornadas con gatitos y corazoncitos con flecha y gotitas de sangre. Al subir al camión y pagar mi pasaje el chofer me dijo: -No es nada profe, ya pagaron su pasaje. Me guiñó el ojo y me indicó quién había sido. La muchacha señalada era una alumna que ese viernes no asistió a la escuela; tenía los ojos negros y brillantes, los rasgos de su cara eran finos y delicados, los brazos peludos y las manos cálidas y suaves. Me senté junto a ella y platicamos todo el trayecto hasta la central camionera de Huimanguillo. Recordé las palabras del chofer: -Hasta mujer se lleva, maestro. Pero no fue así, el destino puso entre esta chica y yo la dulzura de otras mujeres y otras melodías, que aún hoy me confunden.

Tercer round

Después de permanecer cinco años y atestiguar la pobreza de la comunidad, la constancia fanática de las iglesias protestantes, los jolgorios de hombres y cenizas que poblaban toda la zona cañera en temporada de zafra para dar vida al ingenio azucarero Benito Juárez, el polvo y la ausencia de lluvias acompañados por el hedor insoportable e industrial de un criadero de cerdos, y después de una lucha constante para obtener el cambio de la zona escolar número 5 a la

número 1 (presenció y sufrí la arbitrariedad del sindicato de maestros y el Departamento de Telesecundaria, quienes acomodaban a profesores de nuevo ingreso en escuelas cercanas y de fácil acceso a las ciudades: profesores que llegaban tres o cuatro semanas a mi zona escolar y poco después ya se encontraban laborando en lugares de privilegio), se me ubicó en una escuela de nueva creación que funcionaría en las aulas prestadas de la escuela primaria *Escuadrón 201*. El supervisor escolar de esta zona era el profesor Carlos Arias Ramírez, con quien tuve pocos roces de amistad y de trabajo académico (a los pocos meses de mi ingreso a esta zona, un conjunto de profesores apellidados Ramírez, lideraron a los maestros para echarlo, y su lugar lo ocupó el profesor y amigo Ruffo Domínguez Pérez).

El cambio geográfico y emocional era estimulante, no solamente estaba ya en la ciudad de Villahermosa, sino en un lugar donde hay una vegetación pantanosa así como ríos, lagunas y esteros que han nutrido y formado mi vida, aunque hasta el sol de hoy no sé nadar. Para llegar a la escuela primaria *Escuadrón 201* se debía cruzar el río que corre entre las comunidades de Aztlán en la margen derecha y Acachapan y Colmena, sobre la margen izquierda. Solamente estuve ahí en una ocasión: la escuela primaria estaba sucia, el río se había metido hasta la pequeña plaza cívica y los salones estaban llenos de gusarapos, mosquitos y colmoyotes. Me presenté ante el delegado municipal y un presunto presidente de la sociedad de padres de familia. Platicamos acerca de la temporada de lluvias, del modo y la forma de cruzar el río y me arengaron con aspavientos en el

sentido de que yo no faltara mucho a clases, como lo hacían los maestros de la escuela primaria. La visión de las palmeras, las grandes extensiones de terreno anegadas, los manglares y los jacintales, el vuelo de las garzas y zanates, así como dos montones de calabazas apilados como rocas en la entrada de la escuela, me tenían conmovido. Con la rapidez acostumbrada en mí, empecé a diseñar algunos proyectos poéticos y relatos en donde el medio ambiente de esta zona fuesen los protagonistas. Hablaría de camarones, pejelagartos, mojarra tilapia, carpas, tenguayacas, castarricas, bagres, lagartos y culebras de agua; de popales y pantanos, duendes y aparecidos; de chozas y bohíos, casas de mampostería con tejas francesas; cayucos y piraguas, lanchas con motor fuera de borda y canoas; amarraderos de embarcaciones y pequeños muelles construidos con palo de tinto; vados, playones y bocas de río; inusitadas muchachas cuya piel quemada por el sol contrastaba con el colorido de sus ojos azules: mujeres propias para la cocina, para el embrujo y para el amor; hombres cuyos alientos aguardentosos se entremezclan con los sueños, con el bien y el mal y con la ternura de toda la población ribereña, en donde en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba yo almorzando una mojarra frita con tortilla de maíz nuevo, un café de olla con canela, los brazos fuertes de una muchacha adolescente que me besa mientras afuera llueve como siempre, como cada año y la chica pronuncia con dulzura y deleite, mi nombre: Teodosio, Teo, Teo..., pero esto es literatura.

No volví a regresar a esa escuela. Al día siguiente se me cambió de adscripción a la ranchería Chilapa margen derecha, en la escuela telesecundaria. *Victor Jacobo Mena.*

Para transportarme a esta comunidad debía tomar el camión que cubre la ruta Villahermosa-Tamulté de las Sabanas. El recorrido era y es todavía reconfortante. el camión salía por la Ciudad Industrial sobre la carretera que conduce hacia el municipio de Centla, recorrido en el que yo apreciaba el proceso de urbanización desmedido que las empresas constructoras desarrollaban en las orillas de la ciudad, las invasiones a predios suburbanos para construir colonias sin los servicios municipales de drenaje, agua potable, energía eléctrica, recolección de basura y vigilancia policiaca. En el viaje no solamente disfrutaba de la frescura matinal (tomaba yo el camión a las seis de la mañana), sino del despertar del campo, la estampida de las aves volando hacia las plantaciones, los encierros de ganado donde se ordeñaba a las vacas, los niños camino de la escuela con sus termos de colores (pepsilindros, con ilustraciones alusivas a la película Batman), que una empresa refresquera obsequiaba a cambio de unas pocas monedas y diez corcholatas adicionales; la plática de los maestros rurales que viajábamos todas las mañanas se silenciaban a veces, para dar paso al locutor del programa Telerreportaje, donde los supervisores y directores de escuela nos informan acerca de alguna actividad. El camión pasaba por las poblaciones de Ocuilzapotlán, Macultepec, La Estancia y la villa de Tamulté de las Sabanas. Bajábamos en un lugar llamado El Bosque donde vendían racos de carne asada y cueritos de chicharrón, frutas y verduras y escasos artículos de abarrotes. Ahí llegaban algunas camionetas que nos transportaban entre taras de pescado y costalillos de alimentos balanceados para aves y cerdos. Maestros y maestras bajábamos en nuestras respectivas comunidades,

las camionetas se iban vaciando de pasajeros y yo me quedaba casi solo hasta el final del recorrido. La escuela a donde usted va maestro, me dijo el chofer, queda enfrente del panteón, todavía falta.

Cuando llegué a la escuela me encontré con Emilio Velázquez García (Piña) y el ya conocido Luis Vázquez Cabrera (Parafina). Eran los profesores del lugar y yo me incorporaba para atender el tercer grado. Fue una recepción cordial y no cordial. Me explico: cordial porque me recibieron con bastante afecto ya que mi amigo Luis le había platicado de mí a Emilio, por lo que me prepararon un banquete. El día que llegué se realizaba una reunión ordinaria con la sociedad de padres de familia. Se me presentó ante ellos, dirigí algunas palabras de agradecimiento y confianza, les hablé acerca de la importancia de la educación y emocionado me senté a cumplir con mi primera comisión: levantar el acta. La asamblea dio inicio con la asistencia de padres de familia, la mayoría mujeres; no había orden del día y los temas se desarrollaron en un caos entre gritos, contrapuntos e incluso voces altisonantes. El responsable de la escuela tenía que gritar cada vez más para hacerse oír. Se discutía muchísimo acerca de las empanadas y un refresco que había consumido la directiva de padres de familia, en una gestión realizada en el municipio de Centla. Yo anotaba todo con bastante mesura y en ocasiones describía el ámbito donde ocurría la asamblea; describía los gestos y ademanes de la gente, la mirada furiosa e impaciente de un director iracundo y desorganizado, que no podía controlar a la asamblea y mucho menos posibilitar el diálogo para lograr un entendimiento que no

fuese sino a gritos. Todo lo anoté con deleite y precisión, fueron como tres hojas de lado y lado, y yo me sentí útil y satisfecho por haber realizado una actividad que me fascina: escribir.

El profesor Luis Vázquez Cabrera había presenciado la asamblea desde fuera del aula y cuando concluyó me dijo de la recepción y en qué consistía. Habían comprado un cartón de cervezas Superior (caguamas), dos kilos de camarón, un queso de Chilapa (de los de ahí, desde luego) y unas *gruesas* (tortillas, no penséis mal). Me sentí halagado por esa inusitada recepción, y cuando ya nos disponíamos a cerrar el salón para dirigirnos al banquete escuché de nuevo la voz de Emilio Velázquez, entre irónico y humorístico: ¡Este pinche Barba de Oro, puras pendejadas escribió en el acta!

En este lugar continué desarrollando las actividades propias de la escuela telesecundaria y la vinculación con la comunidad a través de acciones productivas culturales y artísticas. Conmemoramos con un desfile de cayucos alegóricos, carrera de encostalados y concurso de dibujo, los veinticinco años de la telesecundaria en México; el día de las madres, con un festejo artístico así como regalos adicionales obtenidos en el centro comercial Chedraui; el concurso de la señorita telesecundaria; un curso de dibujo y pintura a cargo del maestro y amigo Ricardo Torres Baños (El copete). Asistimos respetuosos a la conmemoración del día del señor de Tila en la iglesia católica del lugar, a los rezos en el día de muertos, a las matanzas de puerco en algún día de acción de gracias, a la inauguración de expendios de cerveza (de

los cuales fuimos celosos guardianes), y realizamos algunos recorridos con los lancheros disfrutando de los productos obtenidos en el río Chilapa en compañía de personajes textuales y carnales como Fredí, don Marquitos, doña Chabela, la Chorreada, María Piedra, la Zorra, Norbertón (hijo de don Víctor Jacobo Mena, turco cuyo prestigio, conocimiento y gratitud aún persisten en la memoria de los chilapeños y en el nombre de la escuela telesecundaria).

También compartí actividades con las profesoras Gloria Alejandra Benito Pereyra y Violeta Hernández Alejo, sabias y comprensivas mujeres que saben ganarse el afecto de sus alumnos a través de la actividad escolar.

Esta zona por donde bajan las aguas hasta salir al mar, en el municipio de Centla, es una zona evidentemente pesquera. Hay mucho movimiento poblacional con Villahermosa y Ciudad del Carmen, Campeche. A menudo algunas embarcaciones de la marina pasan provocando oleajes intensos. Innumerables fueron las ocasiones en que con alumnos de la telesecundaria y de la primaria nos caíamos al río. Afortunadamente esos naufragios ocurrían a tres o cuatro metros de la orilla.

Durante tres años laboré sin contratiempos en este lugar. Empecé a tener problemas de ausentismo cuando asumí la secretaría general de la Delegación D-II-44 y tuve que dedicar tiempo y espacio a reuniones de temas bizantinos y de postín, que sólo sirven para hacer alharaca; adicionalmente mi euforia por la vida me provocó inestabilidades emocio-

nales que repercutieron en mi nivel de glucosa, razón por la que el profesor Ruffo Domínguez Pérez favoreció mi cambio de escuela a otra que estuviese más próxima a la ciudad.

Cuarto round

En Acachapan y Colmena tercera sección, El Jobo, del municipio de Centro, Tabasco, viví como docente otra etapa inusitada de mi vida. La población escolar era más numerosa y el contacto con la zona urbana más frecuente. Alumnos trabajadores y señoritas ya casaderas me esperaban en el tercer grado que me fue asignado. Ahí me encontré con la profesora Nelly Cardoza Jesús, el biólogo Valeriano Valdemar Sala Argudín, la bachiller Blanca Flor Contreras Morales, y varios años después compartí uno o dos ciclos escolares con Serapio Jesús Ramón, Samuel Pérez Centeno, Josefina Hidalgo Flores y José Luis Hernández Hernández (El Chino).

La población escolar provenía de las rancherías Acachapan y Colmena segunda, tercera y cuarta secciones, El Maluco, El Pajarito y de los Aztlanes, poblaciones que viven del otro lado del río. A diferencia de la zona de los Chilapas, los habitantes de Acachapan y Colmena casi no son pescadores; se emplean más como jornaleros y son hábiles productores de hortalizas y plátano macho; el resto de la población se emplea en diversos oficios que les ofrece la ciudad de Villahermosa. Es abrumador el índice de madres solteras existente en la comunidad.

Con una población escolar mayor, pude participar en la organización de encuentros deportivos, festivales artísticos, viajes de estudio al Yumká y a los museos y parques de Villahermosa (debo dar gracias al apoyo proporcionado por el Instituto de Cultura de Tabasco y a la Secretaría de Educación a través del IV Comité Regional de la CONALMEX para la UNESCO); impartí pequeños círculos de lectura y de creación literaria (en un concurso de crónicas organizado por el CONAFE, uno de mis alumnos obtuvo el tercer lugar con un premio de mil pesos; con tres mil pesos, el primer lugar, yo). También, como en todo tiempo pasado, de este lugar me acompañan personajes de grata memoria: Pollo, El Pavo, Canica, Nance, Panuchón o Chococrispi, Juana, Loyda, Ana Martina, Deyanira, Olga, Potota, el Merengue negro...

Concluí el ciclo escolar 1998-1999 y he cumplido los quince años de servicio docente en el nivel B de carrera magisterial.

Sólo he laborado oficialmente en cuatro escuelas telesecundarias de las cuales he tenido que arrancar mi corazón dejando en esas comunidades y en sus gentes (pese a mi mal humor y léxico altisonante) pedazos de mi vida que se aderezaron con alguna noche de insomnio y un cáliz de lágrimas dulces.

Las armas secretas

En 1984, cuando me inicié en el servicio de telesecundaria, los programas de televisión los recibíamos a través de la señal TRM y de la unidad de televisión educativa, a través de antenas panorámicas. Las televisiones existentes eran en blanco y negro, y los programas conducidos por un telemaestro eran bastante rígidos pero buscaban ser atractivos y amenos. Recuerdo en el programa de matemáticas al chistoso y preguntón *Homotecio*; al personaje *Atomito* en la materia de ciencias naturales entre otras peculiaridades más.

Las Guías Académicas incluían a todas las materias en voluminosos libros que convertían a nuestros alumnos en alijadores en proceso de aprendizaje, con el lomo duro y paciente que tradicionalmente sus padres habían cebado.

Los programas de telesecundaria estaban impresos en sendos bloques tamaño oficio (sólo recuerdo las portadas verde y gris, el otro programa que estaba en mi poder se encontraba deshojado y sin carátula). Eran cartas descriptivas en donde los contenidos venían dosificados en ocho unidades de trabajo, objetivo general, objetivos particulares, número de la lección, nombre de la lección, objetivo general de la lección, objetivos específicos y actividades a desarrollar.

Al iniciar mis clases en telesecundaria me era difícil articular la lección televisada con el programa, la guía de estudios y el

nivel de conocimiento de los alumnos. No había televisión en la escuela, aquella estaba rota o fallaba la luz constantemente. Las Guías Académicas llegaban con retraso a mediados o a finales del ciclo escolar; cuando no ocurría esto llegaban incompletas. Cuando por alguna circunstancia del destino o de la eficiencia administrativa teníamos todos los elementos didácticos que posibilitan la metodología de la telesecundaria, el nivel de conocimiento de los alumnos era inaceptable, el grupo escolar no estaba completo (la norma exigía 15 alumnos como mínimo por grado escolar) o el profesor fallaba a menudo.

En 1999, hoy, que reflexiono en torno a la telesecundaria, estas desarticulaciones entre los agentes educativos que participan en el proceso didáctico de la telesecundaria, ya no se presentan. Con el desarrollo de la tecnología educativa, la formulación de nuevos planes y programas, la excelente cobertura de la señal televisiva que nos proporciona la red EDUSAT y que recibimos con antenas parabólicas, el diseño y la clasificación de los materiales impresos en Conceptos Básicos, Guía de Aprendizaje, Guía Didáctica y libros para el maestro, las cosas están saliendo más que bien.

Sin embargo, una espinita aún me produce dudas: ¿por qué cuando todos los elementos materiales y humanos deben dar como resultado la excelencia en el rendimiento escolar, éste no es óptimo ni aceptable?

Cursos de actualización docente

Los profesores de nuevo ingreso recibimos el primer curso de actualización y capacitación docente para familiarizarnos con la metodología de telesecundaria, directamente de la Unidad de Telesecundaria, de viva voz, con la paciencia y el conocimiento pleno de los maestros Leticia González Ramírez y Leodegario Ríos Pineda, así como de los diversos responsables de redactar las estrategias didácticas, los contenidos y la forma de evaluación de las áreas académicas que se incluían en el programa de estudios vigente en el país en 1984.

En ese año, y para fomentar y propiciar el autodidactismo en los maestros (espíritu que anima las actividades de los Centros Nacionales de Maestros) que estábamos en servicio, se nos hizo entrega de un paquete de libros que nos instruía y nos daba un caudal inimaginable de herramientas e instrumentos técnicos, organizados en didácticas específicas para conducir con eficiencia el aprendizaje de nuestros alumnos, detectar e inventariar las posibilidades de experiencias de aprendizaje que nos podía posibilitar la comunidad, elaborar proyectos productivos para elevar el nivel de vida de los alumnos y de la comunidad... Era el Segundo Curso de Actualización para Profesores de Telesecundaria, cuyos títulos eran los siguientes: 1. Desarrollo lingüístico del adolescente; 2. El adolescente ante las Ciencias Sociales; 3. Estructuras básicas del inglés; 4. (Este libro se me perdió); 5. Elementos de estadística aplicables a la investigación; 6. La experimentación en las Ciencias Naturales; 7. Tecnolo-

gías agropecuarias; 8. Desarrollo físico y artístico del adolescente. Los responsables de esta empresa de superación académica eran: Leonardo Vargas Machado, como coordinador general; Pablo Xelhuantzi Tizapán, Leodegario Ríos Pineda, Elías Villar Quijano y Ernestino Macedo Vences como supervisores. Una o dos decenas de revisores y consultores aparecían en la nómina de cada pequeño ejemplar (17.3 centímetros de largo por 13.5 cm. de ancho) como responsables del contenido de cada curso de capacitación.

Posteriormente hemos estado recibiendo cursos y materiales impresos que orientan y norman el trabajo docente en el aula donde se desarrolla la metodología de telesecundaria. Si en cada escuela los profesores organizáramos una exposición de los diversos materiales didácticos con los que ha evolucionado la telesecundaria en México, llenaríamos varios espacios o salas; si recabáramos el testimonio de los egresados de este subsistema, una decena de volúmenes no se darían abasto para compendiar la riqueza de las experiencias vividas y agradablemente evocadas por quienes pasaron por esta peculiar y grata estadía en este rincón pedagógico del Sistema Educativo Nacional.

El espacio que ocupaba *La Casa de la Mujer Tabasqueña* (hoy Centro de Difusión número 1), ubicado casi en la esquina de las avenidas Francisco Javier Mina y Gregorio Méndez Magaña, fue el lugar donde se nos impartieron los primeros cursos y en donde se impartieron también las clases de la licenciatura en telesecundaria, con el propósito de nivelar y capacitar a todos aquellos docentes que habían in-

gresado a este servicio educativo con solamente estudios de bachillerato u otras licenciaturas inconclusas. Era reconfortante y saludable asistir a este lugar todos los sábados y saludar a los amigos, con quienes después intercambiábamos sabrosos platillos regionales con camarones gordos, cervezas heladas con su sal y su limón, adicionalmente, música de teclados y bailarinas, que aderezaban el entusiasmo de nuestra felicidad docente y de la tarde.

Control de mando

La organización escolar en telesecundaria tiene la misma estructura que las otras escuelas del nivel básico. Al iniciarse la telesecundaria en Tabasco, los profesores asistían directamente al Departamento de Telesecundaria, en la ciudad de Villahermosa, para entregar la documentación de registro y certificación, los trámites y las gestorías necesarias para conseguir el mobiliario escolar, así como las Guías de Estudio y las listas de asistencia elaboradas específicamente para las telesecundarias (eran proporcionadas por la Secretaría de Educación de forma gratuita, y sin mediar explicación alguna desaparecieron). Realizar este tipo de acciones provocaba el excesivo ausentismo de los docentes por lo que se crearon las primeras supervisiones escolares, que en este momento son 24. Se empezaron a dictaminar también las primeras direcciones efectivas en aquellas escuelas de organización completa que sobrepasaban la cantidad de siete grupos. Incluso se consiguió crear la Secretaría de Trabajo y Conflictos de Telesecundaria, en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, ya que este organismo gre-

mial nos descontaba religiosamente la cuota sindical, sin velar por los intereses y necesidades de nosotros.

Con la creación de carrera magisterial, al concluirse el programa de horas de fortalecimiento cocurricular, los profesores de telesecundaria hemos conseguido un despegue salarial que posibilita la optimización de nuestras potencialidades creativas y académicas en favor de los alumnos y comunidades donde nos desempeñamos a diario.

Los jefes

Solamente en una ocasión fui responsable de escuela (director le llaman los egocéntricos), en las tres escuelas restantes donde trabajé, fui profesor de grupo. Recibí llamados de atención de todos los supervisores: Víctor Manuel Aparicio Márquez, Luis Antonio Avalos Rueda, Wenceslao Rodríguez Ramón (la Wenchá), Carlos Arias Ramírez y Ruffo Domínguez Pérez. La mayoría de estos documentos nefastos, por razones sosas y superfluas. La impetuosidad en el accionar de mis actividades culturales y educativas, mi léxico desinhibido y franco y el expresar mis desacuerdos de viva voz ante decisiones irreflexivas y ominosas fueron las causas. También cuando eché a perder algunos certificados de ciclo por un llenado incorrecto, es justo decirlo, pero un accidente del destino accionó la palanquita que instaura el color rojo entre las teclas de mi empolvada máquina de escribir Olimpia. Un adagio, propio para extrovertidos, dice que el que no hace nada nunca se mete en problemas y yo siempre tengo maravillosos problemas.

La del estribo

Sentado frente a un grupo de niños que observan con atención el primer programa de la televisión educativa, la clase de matemáticas; relleno una hoja de datos personales que me han solicitado con una fotografía de mi espléndido hocico en tamaño infantil. Reparo en las telarañas que se forman cada fin de semana en el techo del aula, y que algunos alumnos retiran con las escobas de acuerdo al rol de comisiones que estructuramos entre todos hace varias semanas. Siempre llueve en los primeros días de septiembre y a pesar del humo que producen los conos de huevo y las conchas de coco seco ardiendo, los mosquitos incomodan e interrumpen la atención de los alumnos. Alguien entró al salón, se robó la franela y la bolsita de jabón: debo reportarlo. Dentro de un momento, al concluir la transmisión del programa, alguien levantará la mano, solicitará permiso para ir al baño y yo como un ser omnipotente me haré el remolón antes de decir que sí. Escucho el camión de transporte rural que regresa a la ciudad de Villahermosa, el chillido de los pájaros en un cocotero cercano y el ladrido de un perro; llega hasta mí el aroma de huevos revueltos con tomate y fritos en manteca de cerdo, que sale de una casa cercana donde todavía están escuchando el programa de Telerreporteje el que se anuncia una temporada de lluvia inusitada.

Observo el uniforme de los alumnos: es rosado en las niñas y verde pistache en los niños. Durante quince años he trabajado frente a grupos diversos y complejos y siempre el proceso de aprendizaje me ha enseñado a mí y a los mucha-

chos. Aprendo y disfruto como cuando uno silba una canción de moda debajo de la regadera. Al concluir la jornada, un poco cansado y con los ojos llenos de gis, vigilo que los alumnos comisionados realicen el aseo del aula mientras los otros salen corriendo hacia el portón o acompañan «echando novio a las muchachas de otros grados». Cuando entre la noche en este sitio y se prendan las luces para iluminar la oscuridad, el recuerdo de un maestro rural como lo he sido yo durante estos quince años, se expandirá en la memoria de otros maestros y muchos alumnos míos, como una brizna de menta en una boca amarga. Snif. ¡Bah!

Un fantasma recorre Villahermosa: el fantasma de Fernando Nieto Cadena.

En 1979, pocos días antes de que el anciano edificio del Instituto Juárez cumpliera cien años, y que se organizara aquí lo que se llamó Jornadas de Cultura y Humanismo, a las que llegaron entre otros, Gabriel García Márquez, Roberto Fernández Retamar, Mario Benedetti, Manuel Cofiño López, Miguel Donoso Pareja, Renato Prada Oropeza, para hablar de la cultura, de su tiempo y de su circunstancia, llegó a la ciudad este escritor ecuatoriano. Su presencia se dejó sentir en los diversos ámbitos de la cultura y el arte y empezó a notarse un cambio en el modo de ver y de afrontar el hecho literario, por parte de quienes fueron y son sus alumnos.

En la Casa de la Cultura donde se instaló el taller literario que patrocinó el INBA en coparticipación con la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, se empezó a leer la literatura local y la literatura nacional; a mirar con ojos críticos el lenguaje, sus productos artísticos, el papel del escritor en la sociedad, la asunción del oficio como un modo de vida, y no a la escritura como un pasatiempo para ganar los juegos florales de la feria o para que al escritor de moda (aquí en Tabasco) se le diera un reconocimiento porque logró hacer una buena paráfrasis de los poemas de César Vallejo o de Pablo Neruda.

Bajo el magisterio de Fernando Nieto Cadena, un grupo de entusiastas participantes (arquitectos, periodistas, estudian-

tes, amas de casa, tráfugas, pederastas, pintores, etc.) se dieron a la tarea de leer y escribir una literatura más contemporánea, y un poco más cercana a las letras nacionales y latinoamericanas; la paternidad instaurada por la tradición anacrónica de ensalzar a los valores menores de las letras locales (Pellicer, por ejemplo) no tuvieron sustento en las voraces lecturas de este grupo de escritores que se volcó hacia una sensibilidad de carácter más universal.

Para todo problema de orden teórico en cualquier género literario, estaba la sabia palabra de Fernando Nieto; pero no sólo el consejo, sino también un libro; no sólo el libro sino también una bibliografía, y no sólo la bibliografía sino trabajos prácticos para que no quedara duda.

En el trabajo formal de orientar una literatura que fuese respetuosa de sí misma, también se anexa el testimonio de una literatura existencial: busca recrear en todas sus charlas a la vida; no hay mejor fuente que nutra a la escritura que la vida misma, porque producto de la vida han sido las obras más reveladoras y auténticas de la literatura universal, que han sido protagonizadas por hombres, hablan los hombres y ha sido escrita por los hombres para los hombres mismos.

Primera muerte de Fernando

Cuando se publicó *Sin lugar a dudas*, mi primer libro, por una falta de precisión en la redacción de la cuarta de forros, se habla de la muerte de Fernando, en vez de la muerte del taller literario que impartía en la Casa de la Cultura de la UJAT.

El mencionado taller literario fue cerrado a instancias del rector protestante Josué Vera Granados, y de un grupo que se hizo cargo de Difusión Cultural, barriendo con quien se encontrara enfrente y sobre todo con el ecuatoriano que no tiene pelos en la lengua oral y escrita.

Fernando Nieto fue la primera víctima y quienes participamos en ese grupo decidimos trascender la existencia del taller literario a través del testimonio de nuestras obras; es así que cuando publico mi primer trabajo, se hace alusión a la muerte del taller literario, pero en la torpeza de la redacción se entiende que es la muerte del coordinador.

De Cuba, Fayad Jamís mandó una carta en la que mostraba su consternación por el acontecimiento y la irreparable pérdida de tan inusitado amigo. Admito que este parricidio involuntario acrecentó la fama de Fernando, porque cuanto cabrón me encontraba, me daba el pésame, y cuando se hallaban con Fernando, mentaban madres porque, dicen, cómo es posible que hubiese colocado eso en el libro.

Verle la cara a Fernando Nieto Cadena, su hocico humeante, es como acercarse a los hornos de pan en una tarde lluviosa y con relámpagos, es como llegar a hablar con un gurú acerca de lo que entrañan los oráculos y recrear lo que las divinidades quieren que se recree. Es hablar con confianza y con sentido común de lo que es la literatura y la vida.

Y la vida en la literatura es soledad. Un destino manifiesto, una razón de ser. Por eso es que los poemas de Fernando Nieto revelan a la vida cotidiana desde las más trágicas dinámicas de nuestra contemporaneidad. Lo que a veces no vemos en nuestro trajinar diario, se revela estéticamente en sus poemas. No son poemas fáciles, testimoniales o de confesión a flor de lengua, no. Son textos que se entran a través de un yo poético que rompe las márgenes conciliatorias del bobalicón y existencial, para convertirse en ese yo colectivo del cual formamos parte, y que a veces nos hace reconocernos en otras voces tan humanas como son los poemas de Fernando Nieto.

Provocador de escándalos. Protagonista de encarnizadas luchas por develar de la mentira y de los nombres inflados a nuestra madre literatura, se ha visto ninguneado por los ningunos, relegado por los relegados, odiado por los mediocres, resentido por los resentidores, pero siempre asediado, venerado, respetado, escuchado, santificado, linchado, escupido, ultrajado, leído, soñado, esculpido, vomitado, homenajado, vituperado, madreado y explotado. Es por decirlo de otro modo, una fichita, una leyenda, un bueno para nada, un mito, lo que sea, pero es.

Segunda muerte de Fernando

En Tabasco existe un individuo que se llama Mario de Lille, y que no quiere pasar inadvertido por estos tiempos postmodernos.

También perteneció al taller literario y cuando llegó a su relato número cincuenta, escribió *cuentacín, cuentacín, cuentacín*, un texto en el que recrea las características más evidentes de cada uno de los asistentes al taller.

En ese texto se cuenta la historia de una mujer a la que se le muere el marido, que es Fernando Nieto Cadena, y cuenta todas sus penas a un licenciado muy conocido de la ciudad de Villahermosa.

A Fernando Nieto tres cosas le han formado un prestigio cultural insospechado: su magisterio literario, su obra poética, y su don de amigo o de enemigo (según le vaya en la fiesta).

Fui su alumno en el taller literario de la UJAT, y escribí un libro que se llama *Exordio de Fernando Nieto*. No quise dejar a un lado el hecho de observar que Villahermosa tuvo una grata transformación también en las letras, gracias a este escritor de origen ecuatoriano, tan cercano a las expresiones caribeñas y tropicales, y a la existencia de ese taller literario tan lejano y tan cercano, que hoy nos asombra todavía por la cercanía de los participantes en las diversas tareas que los géneros literarios nos imponen.

Tercera muerte de Fernando

El día de muertos de 1996, en la Galería de Arte El Jaguar Despertado, se realizó una actividad rara; no era precisamente un homenaje a los muertos, un performance, una

dramatización; era una especie de jolgorio realizado por Pilar Márquez, Fernando Elizalde, Francisco Murillo, Víctor Gerardo Grajeda Vargas y Juan de Jesús López López, quienes se ostentan como integrantes del taller literario independiente *Casa Tomada*: Había un hombre envuelto en un petate, unas mujeres lloraban, unos poetas declamaban versos, cantaban y mentaban madres y bebían trago.

Los espectadores degustaron de este evento raro y era precisamente la muerte «oficial» de Fernando Nieto dentro de la cultura mexicana: se le homenajeaba con los elementos propios de la región en día de muertos. Y todo salió bien. Y muy mal tiempo después, en los comentarios de la radio.

Hasta parece una leyenda que anda.

Cuarta muerte de Fernando

Mientras funge como jurado, dicta conferencias y lecturas de obra, imparte seminarios y talleres literarios, organiza encuentros de escritores y asesora editoriales, se continúa deseando su muerte con fervor; muerte literaria desde luego; a menudo en las mesas de cantinas, en las librerías, en las carnicerías y en las fondas del mercado Pino Suárez; algunos presuntos abstemios hasta en las cofradías de alcohólicos anónimos, pero ya son muertes de gustos anacrónicos. Fernando Nieto Cadena sigue saliendo en la historia local como un escritor de verdad que sabe lo que son las letras, así como se sabe lo que son las penas.

Final feliz

Sólo quiero decir que un verdadero amigo, en la palabra más fiel de una tradición occidental, es el perro; pero en la literatura, para la literatura y para la vida, lo he comprobado que es Fernando Nieto Cadena, mi amigo y mi maestro. Ojalá y él honre este libro, mientras su fantasma sigue creciendo en el sur de México.

mercado pino suárez villahermosa tabasco domingo camino con josué después de salir con el cabello corto de una peluquería a 8 pesos la faena observo con envidia y recelo a los comensales de tacos con arroz supongo tengo hambre pero no debo meterle más al buche siete días hace que no cago algunos padres de familia de la telesecundaria donde laboro andan igual mis compañeras maestras y sus hermanas ídem mi tía carmita apud haciendo cola para cobrar mi quincena lo escucho en la cantina en el restaurante mientras recorro la ciudad en taxi en las bibliotecas públicas y en el café selecto también el estreñimiento la tapadera (mi abuela era cruel) la colitis es mortal la mayoría de las mujeres villahermosinas están tapadas colitiadas estreñidas el merolico vestido a la usanza de mario moreno «cantinflas» se desplaza con teatralidad frente a una decena de marchantes que acudimos domingo a domingo al mercado pino suárez. señoras y señores jovencitas y gorditos público en general que me escucha todos aquéllos que van al baño y sufren aquéllos que van al baño y no van al baño aquéllos (que me perdone mi dios mi santito fernando pessoa) aquéllos que cagan y no cagan como si alguna vez hubiesen cagado yo tengo el remedio yo tengo la solución olvídense de tomar laxantes el remedio para este mal está en la naturaleza con sólo comer y beber asuntos de la naturaleza podemos curarnos olvídense de ese estreñimiento olvídense de esa tapadera olvídense de esa colitis que ya no lleguen a su cuerpo esos escalofríos ese cosquilleo en las manos y en los pies esas posiciones incómodas para poder excretar porque excretar es sacar de sacar esas cochinas que tenemos en los intestinos así lo dice mi compañero y amigo el pequeño larousse

pues bien señoras y señores pongan mucha atención observen que en esta mesita tengo una licuadora y un molino no están para saberlo ni yo para contarlo una persona de alta alcurnia me los ha regalado estaba a punto de una peritonitis más de diez días sin defecar sin sentarse en la dulce taza de baño crisoba con el vientre duro y los intestinos a punto de reventar pero un día dios la condujo a escucharme y he ahí el milagro la curación la terapia observen con atención coloque en el vaso de la licuadora dos nopales una rebanada de piña una cucharada sopera de miel de abeja y media taza de agua licué éstos ingredientes y tómelos en ayuno tres veces a la semana usted comprobará los resultados sus intestinos recibirán con agradecimiento a esta sustancia usted volverá a ser feliz caminará las calles de villahermosa como este domingo fresco ya no padecerá angustias ya no estará irritado pero eso sí hágalo. cúrese usted mismo no es necesario que tome nota señorita bailarina no grave usted mis palabras señor reportero aquí en este libro que les traigo en venta el libro del ajo la cebolla y el limón del sabio investigador n capo aquí están las recetas curativas las terapias maravillosas para los organismos dañados no vengo a venderles licuadoras sábilas nopales miel de abeja ni limones solamente con que usted sepa leer y escribir podrá llevar a cabo con éxito éstos tratamientos pero sepa usted que en esta ciudad tengo dos amigos que le pueden ayudar a conservar su salud por tiempo indefinido los doctores pablo r hernández bejarano y armando soto rodríguez o armando soto rodríguez y pablo r hernández bejarano búsqwenlos enfrente del hospital del niño o por la mercería mendoza aquí cerquita y ahora sí señoras y señores a lo mío el costo de éste libro es de cuarenta pesos

pero el día de hoy lo estoy dejando en quince pesitos josué me entrega su bolsita con churros y se adelanta para comprar uno ya en el camión de transporte urbano hojeo con detenimiento el libro la recomendación de no seguir alimentándome con carne de cerdo y refrescos embotellados hacer ejercicio purificar la sangre etc el conductor del minibús acelera con furia y mientras estrello con ternura mi hocico en la ventanilla escucho a «cantinflas» que dice: ahora voy a hablarles de la chaya

Una pendiente llena de recuerdos y de referencias. Ahí vivía Fontanelly Vázquez, Gutemberg Rivero, Edén García, Lorena del Carmen. En las proximidades, hay paleterías, el callejón Mis Blancas Mariposas, un jardín de niños muy famoso, la escuela «Bolivia Maldonado de Rivas», los mejores helados de Villahermosa, un restaurante de mala muerte donde llega a almorzar Francisco Murillo, Juan de Jesús López, «el último de los grandes enanos», y por ese rumbo vivía con la suegra (que es suegra de armas Otomar) Manuel Martínez Caraveo.

En la esquina de la calle Zaragoza con Morelos, hay una tienda de abarrotes, con un letrero de la divinidad comercial: Coca Cola. Bajando hacia la calle Galeana, donde es perpendicular la escuela primaria Bolivia Maldonado, a unos metros nada más, está una casa que cambia de colores cada año: crema o verde limón. Ahí siempre está cerrada la puerta. Puede verse que cualquier hijo de vecino, ya mayor de edad, llega y toca. Entreabren la puerta, estudian detenidamente al interfecto, y siempre lo dejan pasar.

Al entrar, puede verse una decoración sobria, nada ostentosa, puede decirse que de buen gusto dentro de los buenos gustos de las buenas casas decentes villahermosinas: un almanaque de centros comerciales, los muros decorados con varias golondrinas que suben o descienden, un jarrón de flores artificiales, y en raras ocasiones un lienzo con *La última cena*.

En la sala hay una atmósfera de confianza, como de casa hogareña, pero algo la diferencia de las demás: una fila interminable de muchachas que charlan parlanchinas o que fuman con desgano, hablando de los temas inmediatos que acontecen en la sociedad tabasqueña. Puede verse en ocasiones que muchas de las mujeres que se encuentran sentadas, con las piernas cruzadas y dejando ver buena parte de sus finas anatomías (que exaltan los sentidos), no son tabasqueñas: sus acentos verbales denotan hablas veracruzanas, campechanas, yucatecas; raras pero las hay, de Jalpa de Méndez, de las comunidades rurales de Villahermosa, de Nacajuca: negras, toscas, de caderas ampulosas, cinturas de yeguas rejegas, senos turgentes y duros, labios carnosos y cabelleras de esplendor: un prototipo de mujer tabasqueña, ¡ajúa!, como dice la perrada, carne de monte.

Sus ropas son las adecuadas para estar en cualquier cabaret: pantalones pegados a la piel, los senos queriéndose salir de las prendas, los labios pintados, oferentes, como dice alguna canción despistada que anduvo por ahí en voz de Julio Jaramillo. Ni siquiera una exhibición de reses en la Feria de Tabasco muestra semejantes especímenes. Las hay gorditas, con chamorros que equilibran el peso del mundo en nuestros hombros, delgaditas, como para jugar en toda la extensión de la cama, altas, de buen ver (clasificación de mujeres menores de uno sesenta de estatura y de menos de sesenta kilogramos de peso), jovencitas la mayoría, y algunas que de plano ya no excitan ni el encanto de la lástima.

La sala donde se exhibe el material humano, las putas, las de patitas ligeras, las suripantas (así escriben los periodistas), las sexoservidoras (según las clasificaciones postmodernas), es amplia, bajo un techo de tres metros de altura. A los lados hay salidas laterales que llevan a uno hasta los lugares donde se deben consumir todas las actividades amoratorias. Una vez dentro del cuarto, puede verse una coreografía elemental: una cama que en medio tiene una especie de poza, una almohada sudada, una silla junto a un buró que contiene un espejo grande y manchado, y una estructura de metal que soporta a un aguamanil. En ocasiones hay un almanaque, la foto de un artista de moda, y los grafitis convencionales de tales actividades venusianas y erosianas.

Calle del recuerdo

Como en cualquier descripción de un putero, pero con los matices de una casa decente, así puede imaginarse a La Turca, un lugar en donde las últimas cinco generaciones de villahermosinos, llegó a probar suerte y a comprobar que en realidad su masculinidad sí funcionaba.

La atmósfera de la ciudad puede percibirse como aquellas villas y poblados que aparecían y desaparecían de acuerdo a la existencia de pozos petroleros en las comunidades más apartadas de mitad del siglo XX. La Turca, una casa misteriosa, encantadora, sueño de adolescentes quienes ahorraban durante varios días para ser merecedores de las caricias divinas. Un conjunto de anécdotas y de historias se ciernen sobre esta casa. Una serie de empleos y de amorio también.

Las putitas (con amor tenemos que recordar a quienes nos dieron la bienvenida al mundo activo) mandaban a lavar sus ropas, llegaban a comer a determinadas casas, sostenían un servicio de correos con niños que llegaban al Palacio de Gobierno y regresaban; a los centros comerciales y regresaban, a los sectores de la iniciativa privada. Citas, regalos, consejas, abortos (raspa, le llamaban entonces), orbitaban entre esa casa misteriosa donde todavía, aunque con menor escala, se presta el único servicio que al ser humano no se le puede privar, el del sexo.

El edificio de La Turca, es una leyenda. Si algún villahermosino reniega de la cruz de su parroquia, que tire la primera piedra. Si no lo hace es porque ya sabemos de qué lado está bateando.

La música es una de las pasiones del hombre desde tiempos inmemoriales. Los villahermosinos, que son una mezcla de muchas personas y de gustos, pero sobre todo de un mestizaje peculiar, también han gustado de la música. Y del mismo modo que un perro ladra a la luna, así los villahermosinos le han cantado a la naturaleza, a las mujeres, a los héroes, a la muerte, a las fiestas paganas y también a sus propias caricaturas de seres indefensos ante la agresividad de una naturaleza que vive en libertad o que vivió, y que de todos modos coexiste con el hombre en cualquier terreno, a cualquier hora y como quiera.

Uno de los villahermosinos estimados por los otros villahermosinos (que es muy raro con eso de los profetas y sus tierras), es don Manuel Pérez Merino, cantante y compositor tabasqueño, autor de la letra y música de lo que constituye el canto de batalla de la armonía entre estos hombres y sus alrededores: *Villahermosa*, que más o menos dice (a mí no me gusta ni me extasía, ¡bah!):

*Villahermosa, te vistió de fiesta
la naturaleza.
Son tus tardes remansos tranquilos,
de rara belleza.
Tus mujeres tienen, el divino encanto,
de la sencillez.
El Grijalva canta, su canción eterna,
rendido a tus pies.
Tiene la provincia, en sus noches tibias,
suave languidez.*

*Y bajo tu cielo, pintado de estrellas
aprendí a querer.
Hoy que estoy tan lejos,
quisiera volver,
a sentir el fuego, de tu sol ardiente
por última vez.*

Esta canción aderezada con la armonía de las marimbas, dicen, es una delicia. Sobre todo si el tabasqueño o el villahermosino se va a estudiar a otros lados, se va de viaje o se instala en el exilio personal. Escuchar esta canción, que es todo un turrón de azúcar y de nostalgia, y la otra que se llama *Mis blancas mariposas*, es ubicar a los habitantes de esta ciudad a un lado de Dios, en plena dicha. Nada más que *Mis blancas mariposas* no es obra de Manuel Pérez Merino.

Pues resulta que este señor, que vivía casi atrás de la iglesia La Conchita, cerca de Plaza de Armas y del mismísimo río Grijalva, salía todas las tardes a contemplar precisamente a las tardes que iban vestidas de muchachas relucientes, y saludaba a todo mundo.

- Ese viejito es Manuel Pérez Merino, decían.
- Y ¿qué hace?, preguntaban los ignorantes.
- Es el autor de la canción *Villahermosa*, sonso, la que te enseñaron en la escuela.
- ¡Ah!

Apreciado y muy querido, tenía debilidad por el pozol y los dulces de coco. Igual que todos los villahermosinos que comen cangrejo moros. Igualitos. Y este es su mínimo homenaje a la conversación que nunca tuvimos. Porque este libro sin Pérez Merino no tendría sabor.

I. JORGE AMADO

A)

La primera vez que escuché de él fue en labios de Bertha Ferrer quien iba platicando con Fernando Nieto Cadena camino de la cafetería-restaurante del AGORA. Ella había comprado *Doña Flor y sus dos maridos*, se disponía a leerlo un fin de semana en uno de los ranchos de su esposo. Fernando Nieto asentía emocionado con su abdomen en ristre en pleno remedo de su gran saber y su larga sapiencia. Decía: «cuando termines la lectura, podemos hablar de la cultura brasileña, de sus ritos, de su vudú, de sus bailes afroestizos, de la cultura popular, de la música, de la literatura», eso decía. Eran las once de la mañana un sábado de agosto y entre sesiones de taller literario, cigarros Viceroy, libros y revistas y audiciones de música peruana, uruguaya, chilena y argentina, nos refugiamos en las reconfortables mesas de la cafetería del AGORA, cuya comida exquisita y abundante se apreciaba al parejo de las atenciones caballerosas y cordiales de los meseros amigos de la villa Tamulté de las Sabanas.

Mis pocas lecturas e información cultural se veían enriquecidas por este diálogo. En mí quedaban la mandioca, el arroz blanco con coco, Chico Boarque de Holanda, Vinicio de Moraes, Caetano Veloso, la chica de Ipanema, Edson Arantes Do Nascimento, Joao Cabral de Melo Neto, Joao Guimaraes Rosa, Ledo Ivo, Rubem Fonseca, Carlos Drummond de Andrade, Clarise Lispector, Manuel Bandeira, Jorge Amado.

El entusiasmo en el que se daba el diálogo entre Bertha Ferrer y Fernando Nieto era tan alucinante que yo lograba visualizar algunos ritos de vudú, bailaba samba en el carnaval de Río de Janeiro, jugaba fútbol con Garrincha y con Pelé, fumaba un cigarrillo aromático en la playa de Ipanema mientras bebía agua de coco y mis ojos se detenían en los ombligos de las mulatas y negras que iban de un lado a otro de la playa meneando sus nalgas sólidas y sensuales como un navío que fondea al nivel del entusiasmo.

B)

La segunda ocasión que escuché de él fue al término de una de las enésimas charlas literarias que se realizaban en la galería de arte El Jaguar Despertado. Yo salía de mear de los rotos inodoros de ese sitio, y me uní a la plática, previamente iniciada con Delia Sambarino Birri y Rodolfo Uribe Iñiesta. Hablábamos de los lugares más cómodos para leer: el camión de transporte urbano, una mecedora de Tlacotalpan o Tacotalpa, una hamaca elaborada en el reclusorio de Tabasco (o de Yucatán), una cantina sórdida y mal oliente repleta de tabasqueños borrachos, un fin de semana sin alcohol en la salita de casa o una taza de baño Crisoba. Quién sabe por qué surgió el nombre de él. Creo que por lo chismoso de los tabasqueños, el alcoholismo rampante, inexistente o demediado de su población, la producción de cacao y petróleo, las insidiosas y caricaturescas páginas de sociales, los consuetudinarios suicidios precisos en ciertas épocas del año, las lluvias abundantes y las inundaciones, el pensamiento salvaje y místico de las mujeres supersticiosas, sus intelectuales de aldea y sus poetas de

juegos florales, las mujeres ya entradas en años que abandonan esposos, hijos y comodidades para fugarse con un mancebo sombrero y apenas embigotado, los rezos y los tamales, los caciques y los hacendados, los liderillos estudiantiles y las ofertas tecnológicas, las escuelas de prestigio y la mierda de la enseñanza pública. Sí, decía Rodolfo. *Gabriela, clavo y canela* es la novela del cacao, la novela de Tabasco.

Encendiendo un cigarrillo blanco, Delia Sambarino externó expresiva, que esa novela la había leído en el baño. Es el lugar más fresco y agradable de toda la casa, dijo, yo asentí porque recordaba mis lecturas del diario Presente, el diario de la vida tabasqueña para después limpiarme el culo con sus páginas: Rodolfo sólo decía es cierto, muy cierto. Declaramos pues, a la taza del baño como el recinto celestial, tierno, aromático, dulce y oficial para las lecturas recreativas en la que se concentra la triada de paz, conciencia limpia y placer. Ahí nos aislábamos del mundo, de los pudores del duodeno y yeyuno estreñidos de la peritonitis humana y la colitis social. En la taza del baño somos, como aquel libro de Ernesto Sábato, *Uno y el universo*.

C)

Ante mi precaria bibliografía y las pocas librerías de la ciudad (librería El Alba; libros técnicos y científicos, librería y papelería La Literaria, papelería El Escritorio, Publicaciones Tabasco y el Fondo de Cultura Económica) me di a la tarea de conseguir libros con mis amigos y conocidos: con Ciprián Cabrera Jasso, *La muerte y la muerte de Quincas Berro Dágua*, con Lácides García Détjen (de la legendaria estirpe

de los García americanos), *Teresa Batista Cansada de guerra*; entre adquisiciones a crédito, hurtos y elegantes compras al contado (en mengua de salidas al cine, camisas y ropa interior, borracheras y viajes subrepticios a la calle Constitución para mojar la brocha) logré formar mi acervo: *Juviavá, Doña Flor y sus dos maridos, Gabriela, clavo y canela, Capitanes de arena, Historias del sin fin* y otras que amigos y conocidos no me devolvieron jamás. No es necesario ya viajar a Brasil, un recorrido por la flora y la fauna, por sus usos y costumbres, por la evolución de grupos sociales y por las tragedias asquerosamente humanas y prototípicas de la singular literatura universal es lo que leemos y nos hace ver y sentir este escritor que admiro con una obtusa y turbada ingenuidad, porque en la literatura cabe toda la prontitud del verbo crear. Desde luego, sabiéndolo acomodar.

Pocas literaturas hay con sabor y olor a una región y a una cultura. No es el anacrónico naturalismo ni el paisaje turístico de la mayoría de obras deleznable de escritores americanos y africanos, sino la sencilla y específica función de un novelista nato: contar historias. Así tenemos a Javier Marías, Azorín, Camilo José Cela, Anton Chéjov, Dostoievski, Martín Luis Guzmán, Carlos Fuentes, Guillermo Cabrera Infante, Eduardo Galeano, Ezequiel Martínez Estrada, Roberto Arlt, Horacio Quiroga, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges y él. En varios siglos de literatura impresa por las variables más específicas que se esgriman, sólo un puñado de nombres y obras significativas clasifica la memoria.

D)

En 1993 con la participación de escritores menores de 30 años, se realizó en Mollina, Málaga, el *Foro Joven: Literatura y compromiso: Nuevos desafíos. Nuevas respuestas*, con asistencia de la mayoría de los países hispanoparlantes. Por México asistieron Hugo Salcedo, Ernesto Lumbreras, Roxana Elvige-Thomas, Ana Aridjis y yo, el comandante García. Hordas de argentinos, uruguayos, brasileños y cubanos, se desplazaban en el CEULAJ (Centro Eurolatinoamericano de Juventud) ante la mirada tímida de una solitaria ecuatoriana, dos impertérritos bolivianos, cinco autosuficientes peruanos y aislados participantes centroamericanos, cuya vasta información de la cultura europea era equiparable a la visión idealista de los cronistas de Indias cuando avistaban a un armadillo o a un jabalí iracundo y éstos adquirían en sus textos dimensiones etéreas de ave fénix o cansados dragones. El linaje y algunas peculiaridades del idioma se dejaban escuchar por el patio, en el comedor mientras hacíamos cola para la paella, la torta española y algunos pollos asados al carbón: parece que ya va a venir la *shuvia* ¿sabías vos que en Málaga nació Picasso?, ¿entonces ese Vargas Llosa no es Vargas Llosa, es el hijo?, ¿y eres mexicano vos, así sin bigote?, ¿cómo se llama esa canción que dice «con dinero y sin dinero, hago siempre lo que quiero y mi palabra es la ley»?.

Con mi habitual costumbre de escabullirme de los conocidos o de los compatriotas decidí comer con los cubanos, españoles y centroamericanos, ya que los argentinos, uruguayos y chilenos, constituían un círculo cerrado que no

dejaban de pensar en Francia, Londres, Maradona, el mate, y algunos vinos de tal o cual cosecha envasados en La Rioja. En las mesas preparadas para las comelitonas, entre pechugas de pollo o chuletas ahumadas, coca cola o agua mineral, cerveza San Miguel o vino tinto, se dejaban oír expresiones tales como: esa señora elegante es Ana María Matute: ¡ooohhhh!; buenas tardes don Augusto (dirigiéndose alguien a Augusto Roa Bastos), y yo externaba ¡ah pa' naricita tata!; el de aquella mesa es Vargas Llosa: ¡aaaahhhh!; ¿a poco este viejito que está atrás de mí es Mario Benedetti? Sí, vamos a saludarlo.

También ocurría que coincidíamos en la cola, armados con cubiertos y bandeja. Una española clásica desinhibida y pícaro, me dijo: Me alcanza un cubierto por favor. Teo, yo soy Pilar del Río (ella había leído mi nombre anotado en un cartón a la altura de la tetilla izquierda), te presento a mi esposo José. El tal José, un hombre alto y delgado de frente despejada, dueño de unos anteojos sumamente expresivos, como de intelectual, propietario de una mirada apacible y reposada, alargó su mano huesuda hacia mí: Hola Teo, soy José Saramago, llegamos anoche de Islas Canarias. En otras ocasiones en la misma cola, percibía yo un olor a tequila mariposeando por mi cuello. Incómodo y molesto voltée a ver al sujetillo que andaba borracho a la hora de la comida: era Juan José Arreola: un tipo ataviado con sombrero de hongo, gabardina gris, bufanda y guantes que sostenía en la diestra, una bandeja con alimentos dietéticos y en el sobaco izquierdo un ajedrez de madera adquirido en *El Corte Inglés* por una muchacha chaparra y gorda: su hija. ¡Para qué

lo saludé! Me hizo sentar a su mesa y al saber que yo era tabasqueño desarrolló de su memoria algunas anécdotas inéditas de su relación y amistad con Carlos Pellicer Cámara que yo debía escuchar con atención (¡qué horror!) y así transcurrían las horas, los días, las conferencias, las charlas de pasillos, las amenazas de intercambiar libros autografiados, el cruce indiscriminado de domicilios y las promesas siempre incumplidas de escribirnos.

Allí andaba él y su esposa ambos de aproximadamente 1.60 metro de estatura, pelo blanco, vientre de anciano sesentón o setentón, elegante, con un despliegue iridiscente de luces, de historias, de bailes, de santería, de mar y de libros memorables. Lo había visto después del segundo día de iniciadas las actividades. Pero mi timidez nacida del fanatismo me impidió por varios días intentar el abordaje. Pero a todo santo le llega su día y me quedaban solamente dos espacios en el rollo fotográfico. Caminaba él y su mujer rumbo a su habitación y yo sacaba una coca cola de una máquina a monedas. Lo abordé. Le hablé de mis lecturas. De mis libros preferidos. Y mientras me tomaba del hombro me presentó a su mujer. Mira Zelia, Teo es un poeta mexicano (lo confirmaba viendo el cartoncillo que traía siempre sobre el pecho) y ha leído *Juviavá* y *Capitanes de Arena* en fotocopia con sus amigos y alumnos. Hola, soy Zelia Cattai...

E)

Desayunamos al día siguiente y platicamos como si fuéramos amigos de toda la vida. Zelia también escribe, me dijo. Tiene un libro que se llama *Sombrero para iniciar un viaje*.

Te voy a contar en mi portuñol cómo la conquisté. Trabajaba yo en mis novelas y la había contratado a ella para que me hiciera la comida y aseara la casa. Entre tecleo y tecleo me llegaban los boleros y los tangos que Zelia interpretaba con deleite, atareada en la alquimia de la cocina. Cuando uno de mis personajes evocaba la letra de una canción que yo no sabía del todo, la llamaba y le decía: Hey, Zelia, ¿cómo va ese tango que dice...?, entonces ella venía, se sentaba a mi lado y me la cantaba todita incluyendo uno o dos falsetes, y así es como todavía continuamos juntos. Zelia Cattai, acota que con el paso del tiempo empezó a padecer la enfermedad de escribir: ya llevo tres libros, me dijo.

F)

Me tomé una fotografía con él y otra con Zelia.

A mi regreso a México compraría una caja de caudales para guardar las fotografías, mandaría a ampliar las fotos al tamaño de un cartel cinematográfico (como aquella foto que me hice junto a Madona, en una disco de San Cristóbal de las Casas, en Chiapas), llevaría a casa un abanico malagueño para Estela, suspiros y emociones, recuerdos y más recuerdos. Lo anterior lo pensé mientras meaba (sólo por joder), en el histórico mar Mediterráneo, y de mi orín dulce huían embarcaciones fenicias, armazón de guerreros moros y veía yo el espinazo renegrido del continente africano a través del viento helado que me hacía tiritar y mojarme las manos con orín.

Nada se cumplió. Solamente el sueño de publicar un texto como éste y anotar hasta el final como en una foto: Jorge Amado y yo.

2. MARIO BENEDETTI

Con la animosidad y el entusiasmo de experiencias en la lectura y en la escritura los integrantes del taller literario donde yo participaba, nos hacíamos en ocasiones visitas a los domicilios (raras por cierto); en las correspondientes bibliotecas leíamos con detenimiento el lomo de los libros, tomábamos uno, lo hojeábamos, lo olíamos, lo sopesábamos y con renuencia lo depositábamos de nuevo en su sitio. Previamente habíamos leído un letrero claro y específico, como una tablilla del código de Hammurabi que rezaba sentencioso: no se prestan libros ni discos.

Las pláticas oscilaban entonces entre autores preferidos, queridos y adorables; historias fantásticas y anécdotas curiosas; proyectos de novelas (que hasta ahora no se han escrito), perfil de personajes esotéricos, rurales y citadinos con algún ingrediente tipificado de quienes departíamos bocadillos de queso y aceituna, ron havana o jamaquino en el desván de Mario de Lille, una salita estrecha y atiborrada de libros donde vivía Salvador Córdoba León o el patio lleno de árboles frondosos cuyos mangos criollos caían sobre los platos de arroz o el lomo de algún escritor en ciernes, lugar donde habitaba la *Pepa*: Delia Sambarino.

Mientras se almorzaba era difícil establecer el diálogo: si uno se apendecía Fernando Nieto se acababa la carne, Mario de Lille las ensaladas o Rodolfo González la botella de ron. Los autores latinoamericanos, reaccionarios o no, saltaban como balas, en un juego cruzado de un extremo a otro de la mesa: Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, David Viñas, Eduardo Gudiño Kiefer, Jorge Enrique Adoum, Gabriel García Márquez, Antonio di Benedetto, Eduardo Mayea, Mario Benedetti, Eduardo Galeano....

En esos domingos de atmósferas pesadas, lentas y fatigosas, de agostos terribles y húmedos sentidos al inicio de la década de los ochenta, yo me despedía del grupo y entraba al cine Tropical Plaza, miraba a los pajaritos que bebían el agua de las fuentes, espiaba en la librería del Fondo de Cultura Económica ubicada a un lado del Museo de Tabasco; recorría el malecón para extasiarme y escribir extensos poemas líricos (como le había escuchado decir a Manuel Pérez Merino, en una entrevista radiofónica con Hilda del Rosario de Gómez), continuaba caminando rumbo al mercado Pino Suárez, sobre la calle Bastar Zozaya hasta llegar al primer supermercado flamante de la ciudad: Chedraui, ubicado sobre la calle Miria, esquina con Arboledas .

En el interior de este centro comercial todavía existe una sección de libros: Joaquín Mortiz, Fontamara, Anagrama, Nueva Imagen, Editores Unidos Mexicanos, Losada, Edamex... En este conjunto de editoriales (de remate o en oferta) encontré a Mario Benedetti. Mi sorpresa era grande ya que en un solo estante se encontraban más de siete libros

editados por la firma mexicana Nueva Imagen: *Inventario* (la poesía completa hasta ese momento), *La tregua*, *Montevideanos*, *¿Quién de nosotros?*, *Gracias por el fuego*, *Con y sin nostalgia*, *El ejercicio del criterio*, *El recurso del supremo patriarca*, *Algunas formas subsidiarias de penetración cultural*, *Pedro y el capitán*, *Primavera con una esquina rota*, *Poemas de otros...* Compré el más barato, *La tregua* y camine a la terminal de Autobuses de Oriente para comprar un periódico de circulación nacional; me dirigí a mi casa para soportar como en muchos años de mi vida el tedio dominical y doméstico entre las voces de una madre iracunda y desmelenada, un padre abstruso y borracho, un panegírico reflexivo en el programa «siempre en domingo» conducido por Raúl Velasco y la sierra eléctrica de una maderería cercana.

En mi cuarto había una mesa y dos sillas, una hamaca de henequén y una cama. Los pocos libros que tenía eran escolares (física, química, matemáticas), un puñado de novelas policíacas, poemas de Jaime Sabines y Efraín Huerta. Dejé el periódico sobre la cama y acostado en la hamaca me dispuse a leer mientras me echaba talco en los dedos de los pies. Al iniciar la lectura entré como en un vértigo morboso y febril en el mundo de Laura Avellaneda y Martín Santomé (a quienes más tarde encontraría en *Poemas de otros*). Era curioso pero las voces de mi madre, el programa televisivo y la sierra eléctrica disminuían en intensidad mientras yo avanzaba en la lectura a zancadas rítmicas y constantes. Me sorprendió haber leído el libro antes de las once de la noche ya que no era un lector atento ni tenía ese hábito. Había inicia-

do la lectura entre las cinco y seis de la tarde, y la había interrumpido por una breve cena y tres viajes al baño ya que el café negro tiene su propia opinión. Nunca había leído un libro «de una tirada», al terminar la lectura me encontraba solo e iluminado. Plané entonces leer las obras completas de Mario Benedetti a pesar de lo que decían: que era un mal poeta.

En Mollina, Málaga, me sorprendió que este autor comiera con la «perrada», es decir revuelto entre los asistentes al encuentro *Foro Joven: Literatura y Compromiso: Nuevos desafíos, Nuevas respuestas*, realizado en 1993. Mario Benedetti y yo estábamos de espaldas, y reparé en él por un comentario circunstancial de un panameño. Acompañado de un hondureño, un colombiano y un chileno me acerqué a saludarlo y le dije : Hola soy Martín Santomé. Me golpeó el hombro con su mano abierta y me dijo, ¡ah! qué mexicano. En los recorridos que hacíamos por Sevilla, Córdoba, Granada, Fuente Vaqueros, Antequera y otras poblaciones de la España agrícola y andaluza nos saludábamos, nos deseábamos buena suerte y nos mirábamos como los emisarios de bandos adversarios: el uno escritor, el otro lector, o viceversa.

En una ocasión intercambiamos un café (yo Coca Cola, él té de no sé qué) y al final de la plática me agradeció que no hubiésemos hablado de literatura ya que todos sus lectores lo atosigan con superlativos y elogios sin sentido. No tiene caso, le dije, ya he leído toda su obra y lo único que me ha disgustado es cuando usted se pone a bailar mazurcas. De

nuevo sonrió con ojos encendidos y llenos de ironía con lo que dota de emoción e inteligencia a todos sus escritos ensayísticos o de ficción. En realidad le dije, me da mucho gusto saludarlo y quiero llevarme un recuerdo de usted a México, una foto por ejemplo. Caminamos hacia un mirador donde se observaba la Costa de Sol malagueña y nos colocamos en posición. Una poeta peruana tomó la foto con la cámara desechable que yo llevaba. Después él descolgó la cámara de su cuello y entregándosela a la sonriente poeta peruana le dijo: tómanos otra, yo también quiero una para el recuerdo.

3. ABEL POSSE

Al foro joven: Literatura y Compromiso: Nuevos desafíos, Nuevas respuestas asistieron escritores cuya obra estaba siendo traducida al español y otros con cierta antigüedad y debut exitosos en las pequeñas marquesinas luminosas de las librerías con cafés, emparedados, y vino tinto. Tarik Ali, Wolf Soyinka, Juan Goitisoló, Carmen Martín Gaité, Abel Posse.

En el amplio y cómodo salón de conferencias magistrales y lectura de obra de los asistentes, yo creía observar en la cara de los escritores connotados la carátula de los libros que tenía en mi casa: Seix-barral, Losada, Planeta, Mondadori, Siglo XXI, Era, Nueva imagen, Joaquín Mortiz, Origen, Biblioteca Ayacucho, Fondo de Cultura Económica, Editorial Sudamericana, Alfaguara, Alianza Editorial, Plaza y Janés. En los recorridos a otros pueblos y sitios turísticos (las cam-

piñas andaluzas, el turismo rural, Antequera, el Archivo de Indias, sex-shop, la Alhambra, dos o tres de los abundantes castillos habilitados como museos o restaurantes, plazas de toros, Granada (no encontré la estatua de Agustín Lara), la Giralda, el río Guadalquivir y el parque de Sevilla 92, Ronda (no pasamos ninguna noche de esas, almorzamos en el antiquísimo y tradicional comedor de Pedro Romero donde interpreté acompañado al piano la canción de María Grever *Júrame*; el lugar donde vivió Reiner María Rilque lo ocupaba la estruendosa presencia de una disco: Duinos)); saludaba yo a un libro, a un personaje memorable o a una historia; muchos eran chaparrones y vetustos; otros lentudos y largos, acompañados de mujeres magníficas como Pilar del Río siempre junto al apacible José Saramago que sonreía y saludaba a la menor provocación. Entre todos estos libros andantes y vivos caminaba un figurín: zapatos lustrados, impecable traje inglés, mancuernillas, corbata de no sé qué material (pertinente, apropiada y quizá costosa), olor a fragancias importadas de las Indias, bien peinado, con una mirada de ingenuidad infantil o de escrupulosidad antropológica, como extraído de las páginas de *Marie Claire*, *Hola* o *Vanidades*; también era acompañado por una mujer de enigmática belleza cincuentona (perdón, le quitaré diez años), tan elegante ella, tan elegante él, que parecían personajes propios de *El gran Gatsby*. Eran argentinos, che: el apreciable autor de novelas históricas que ha logrado emparentar el discurso literario de ficción con el discurso de ciertos acontecimientos de la historia de la cultura contemporánea: Abel Posse.

No había leído nada de él pero a través de los ensayos de Jorge Rufinelli o Julio Ortega o Federico Patán o Angel Rama o Emir Rodríguez Monegal, me había enterado de su existencia. En una noche de tequila (Ernesto Lumbreira había llevado un litro de este brebaje jalisciense), tangos, huaynos, valsos, cumbias, sambas, batucadas, sonos, boleros, baladas y otros ritmos que la borrachera imprimió a la noche, la acompañante de Abel Posse nos invitó a platicar con él acerca de nuestras ideas literarias, políticas e ideológicas. Mientras los que tenían suficientes pesetas se lanzaban a Málaga, aquellos que sólo tenían para los cigarrillos o padecíamos el terrible asedio del invierno nos reunimos, después de la cena, en la sala de conferencias; éramos más de cincuenta y el porcentaje de quienes no lo habíamos leído era aplastante.

Abel Posse es un autor pulcro como pulcra es su persona. Hablar con él da la sensación de estar hablando con alguien que sabe; de acercarnos a quien nos va a enseñar. El timbre de su voz y sus ademanes son como el rol que juega el cirujano cuando va a extirpar un órgano; nos habló de las tardes frías, tediosas y con lluvia, en las que no puedes salir a la ciudad, en París, y ocupa el tiempo en reflexionar en torno a la pertinencia del lenguaje y de la literatura en las sociedades actuales. Más que entrevistarle a él, nos preguntaba. Se enteró de nuestras fobias, preferencias, traumas, torpezas, degeneraciones e idolatrías. En el grupo constituido por casi cuarenta o cincuenta personas abundaban los poetas, pero eran más combativos los narradores: les preocupaba más encontrar editoriales españolas para sus inéditos que contextualizar sus producciones.

Me preguntó a boca de jarro qué tanto hacía yo entrevistando gente, le dije que hacía una encuesta en torno a un poeta mexicano llamado Carlos Pellicer Cámara, que era un trabajo muy local y que me llamaba la atención. ¿Y qué ha pasado? me preguntó. Nada, le dije: solamente lo conocen aquí mis compañeros mexicanos (que no lo han leído del todo) y algunos compañeros de Centroamérica. Así ocurre con el mercado de los libros, me dijo, así se van poblando los panteones. Y reímos todos sin saber por qué.

A mi regreso a México volví a encontrarme a Abel Posse en algunas librerías cercanas a la torre Latinoamericana y en una más de Tuxtla Gutiérrez Chiapas. Lo he leído con admiración y deleite, y sus libros, todos se comportan con pulcritud en mis librerías. No me autografió ninguno. Una fotografía tomada por Wolf Soyinka, es el testimonio solo de aquel encuentro.

4. Wolf Soyinka.

¡Ah!, pero eso es otra historia...

La imagen de una familia reunida alrededor de una radio, es típica de los primeros momentos en que arrancaban los caminos sin ley de las comunicaciones y se entraban en la pista del progreso acelerado e insensible.

Las regiones más apartadas de Tabasco podían degustar en ese tiempo de música popular y clásica (vales escolares, coros de iglesias), programas deportivos y sobre todo, noticieros oportunos y programas de servicio social.

Jesús Antonio Sibilla Zurita, ha sido tal vez el locutor que más está arraigado en el recuerdo de los tabasqueños (de los villahermosinos, ni se diga, casi todos dicen que fueron amigos de él), ya que en las selvas apartadas, en los pantanos más densos, en las llanuras devastadas, en las montañas alejadas e intransitadas, por sobre las inundaciones e incendios, en las grandes tragedias, en las alegrías y en las tristezas, ahí estaba la voz de Sibilla Zurita, leyendo las noticias más relevantes del país, haciendo los llamados a las familias más humildes en las horas de duelo, participando en la dinámica afectiva del pueblo tabasqueño, ignorante y analfabeta.

Cuando las familias llegaban a Villahermosa, a los centros de salud, a las peregrinaciones; cuando se gestionaban obras de carácter social ante las autoridades gubernamentales y se extraviaban en las calles; se quedaban sin recursos económicos, morían los familiares más queridos o se buscaba trabajo como un desesperado o un salado que del cielo le caen las macetas y las hojas de tamal, ahí estaba la sutil orienta-

ción de este locutor, la sabia conseja de un hombre que está al servicio de sus semejantes.

Siempre estuvo enfrente de los microfones; siempre permitió que el pueblo se expresara, y en ocasiones, ante torpezas a *nativitate*, los regañaba, los animaba a realizar determinada acción para beneficio y felicidad de sus propias integridades físicas. No se conoce alguna persona que se exprese mal de la conducta moral y ética de Jesús Antonio Sibilla Zurita. Siempre se habla con respeto, con afecto, con nostalgia. En la radio se extraña su tos, su garraspera; su entusiasmo contenido, su fanatismo por el beisbol, por ciertas comidas típicas de la región, por la vida.

Cuando Tabasco apenas tenía luz eléctrica, las radios eran el centro de reunión de las familias, de las fondas, de los convivios y de las tareas colectivas en el campo. Pero maestros, alumnos, trabajadores y hombres de oficio y beneficio, amas de casa y amas de llave, la población de Tabasco y de otras regiones, sabían exactamente a qué hora empezaba el programa, a qué hora debía terminar, y en qué noticias se debía poner mayor atención. Una referencia de la vida cotidiana era el programa de Sibilla; en la jerga popular se expresa, pues como dijo Sibilla...

La vida lenta y apacible de un Tabasco sin desarrollo urbano, sin contratiempos para mirar el paso de los días, fue la época en que este comunicador (así le llaman ahora), cubrió una de las etapas más tranquilas de nuestra entidad, y que se imprimió en la memoria de todos nosotros. Muchas

generaciones de hombres y mujeres, crecimos con esta voz; muchos de nuestros paisanos, de nuestras comunidades tuvieron qué ver con este programa; en varias ocasiones asistí a dejar algún llamado para mi familia, meterlo en un buzón sucio, sin pintar pero que decía con letras muy claras: *Programa Telerreportaje*. Algunas veces a los maestros de municipios los llamaban desde Villahermosa para asistir a un desfile y se enteraba todo el estado; cuando una mujer paría, entendíamos que había sido niña si el paquetito era rosa, niño si había sido azul; de nuestros vecinos sabíamos que estaba en la cárcel por ciertas palabras claves que se dejaban escuchar.

En la memoria de nuestra niñez y de nuestra vida adulta, se ha improntado Jesús A. Sibilla Zurita. Y es que veníamos por el mismo camino hacia la urbanización de esta Villahermosa vieja que se cae de madura, de esta ciudad sin fin que sigue con sus movimientos de matrona, de mamá grande, donde afortunadamente no hemos perdido el reino. Veníamos con Sibilla Zurita hasta donde el destino quiso que la comunidad dejara de escucharlo, pero que gracias a las palabras, lo instalo en este libro con un afecto inusitado. Bienvenido sea.

Villahermosa no es una ciudad gitana; no es gótica ni árabe (aunque quizá lo sea por el trazo de los parques públicos cuadrangulares, con quioscos al centro; sus iglesias y la fachada de los caseríos y edificios gubernamentales, de hace más de ochenta años); ni es tampoco una ciudad anglosajona. Es una ciudad chica, moderna; o no es una ciudad chica ni moderna; ni yo lo sé; y usted, lector, arriesgo que tampoco.

En los últimos veinte años, es decir, 1980 hasta antes del 2000 el aspecto de la ciudad cambió, de ser un gallinero polvoriento a un caserío uniforme y excesivo. Las calles están concebidas para el paso lento y parsimonioso de mulas, caballos, carretones, bicicletas, triciclos y vehículos automotores. Las calles son estrechas y descuidadas. No permiten el desplazamiento a velocidad excesiva de los vehículos. Un villahermosino al volante, es un corredor de fórmula 1, neurótico e insatisfecho; atropella perros, guajolotes, escolares, ancianos y borrachos despistados. Para evitar esto, algunos regidores del Ayuntamiento del Municipio de Centro han colocado pasos peatonales, pero los villahermosinos fieles a su tradición machista, valemadrista, y de una enciclopédica ignorancia y obstinación, los eluden olímpicamente cruzando las calles con ese gusto febril y efímero de torear minibuses y taxis, quedando algunos de ellos tirados sobre el asfalto, mirando al sol y encendidos por un rayo.

Lo anterior ocurría también a menudo en la ciudad de México, en los primeros años del siglo veinte, cuando los tabasqueños llegaban de compras o a estudiar. Solo basta constatar ésta información en el Diccionario Porrúa, el Dic-

cionario Enciclopédico de México y el Diccionario Enciclopédico de Tabasco.

La ciudad se esponjó como un sapo. Músculos por aquí, pellejos por allá, celulitis por acá. Las unidades habitacionales florecieron como mal monte. Construcciones con materiales de mala calidad son las ofertas del día. Invasión de terrenos, desalojos; fraudes, despojos, carteras vencidas; los colonos bautizan las colonias y sectores con el nombre de gobernantes en turno y prospectos políticos en desarrollo. Las populosas colonias de Atasta y Tamulté de las Barrancas han perdido ya su identidad y su idiosincracia. Aceptaron abrasibas, pizzerías, oficinas de organismos internacionales, edificios modernos, oficinas para disfrazar expendios de carne donde las muchachas se ofertan por catálogo, o desfilan por una ventana en la que los usuarios pueden observar y contratar los servicios.

Los villahermosinos están clasificados de acuerdo a su extracción de clase y posición social: los pobres, salvajes, (según John Locke, no yo), analfabetas, rijosos, alfareros, mecánicos, vendedores ambulantes, operadores de taxis y minibuses, por un lado; en una parte intermedia los funcionarios de gobierno, pequeños comerciantes, empresarios y gentes de la aristocracia tabasqueña, turca y española, que han sido vergonzosamente avasallados por la modernidad; y en zonas exclusivas de la ciudad, cerradas y privadas, con vigilancia policiaca y agentes de seguridad personal, funcionarios públicos del área federal, socios de franquicias internacionales, y pocos, pero muy pocos empresarios tabasqueños.

La identidad cultural del villahermosino es la ausencia de una identidad cultural. La vértebra de lo tabasqueño se ciemienta en el habla, el chisme, la borrachera, el posol, el frijol con puerco (con carne salada de cerdo), el sombrero chontal, el pejelagarto asado, el dulce de coco, el dulce de oreja de mico, las galletas keke y las galletas de soda Dos Naciones; con ésta columna cultural el villahermosino sobrevive; y si usted analiza el personal docente que hay en una escuela, los dueños de fondas y restaurantes, una o dos manzanas de la colonia donde vive; propietarios de taxis, funcionarios de gobierno, jefes de primer orden en fábricas refresqueras e industrias petroleras, encontrará usted ahí gente de otros lugares : veracruzanos, campechanos, chiapanecos, chilangos, norteños, yucatecos, oaxaqueños, gerrerenses, dominicanos, colombianos, cubanos, salvadoreños, argentinos, polacos, hindús, turcos (africanos de Líbano), españoles peninsulares, norteamericanos (Remember, José Coffin ; cfr. Diccionario Porrúa), ecuatorianos, etc. Los tabasqueños se emplean como meseros, cantineros, taxistas, vigilantes, burócratas de tercer, cuarto y quinto nivel, maestros de grupo, empleados de comercio, bailarinas, cultoras de bellezas, y en ocasiones excepcionales, algún alto cargo en la burocracia estatal. Eso ocurre con los tabasqueños arguenderos y chismosos, y muy proclives al desmadre y el alboroto.

Los villahermosinos no son a sí. Se definen así mismos como gente que ocupa un lugar en el espacio, tienen carne, hueso y sentimientos; son capaces de ser medibles, vivibles y moribles ; y habitan en la zona luz, la zona remodelada del

espíritu que ha sido remarcada y delimitada dentro de la periferia del municipio de centro. Sea quien sea y caiga quien caiga.

Ande caliente y ríase la gente

(Por su alto contenido chismoso, erótico, y por la descripción del temperamento lascivo de la mujer villahermosina así como de los hoteles y moteles de paso; y por atentar contra la moral y el prestigio de las señoras inmaculadas, amigas de Miss historia de Tabasco, éste capítulo se ha suprimido).

Como decíamos al inicio, este libro no es uno de historia, es una lectura de la historia de esta ciudad con la intención de apreciarla de algún modo, y reconocer algunas peculiaridades de su actualidad, de su carácter; es pues, una invitación a vivirla, a encontrarla por algunos de los entresijos que no hemos descubiertos.

¡Arre! ¡Bestezuelas! ¡Arre!

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre del año 2000, bajo el cuidado de Juan José Ochoa Acudia, Luis Alonso Fernández, Jorge Priego Martínez, Ricardo Torres Baños y Alejandro García Ruíz. El tiraje de la edición es de 1000 ejemplares, y se sospecha que hay algunos bichos de reposición.

Villahermosa, peligro



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



008103

El autor hace un recorrido por los hábitos y las costumbres; por los sitios que se frecuentan y a menudo se exaltan como todo paradigma pueblerino. Sin embargo, este libro no centra su atención en la nostálgica evocación de un pasado renegrido o edénico. Hace una lectura contemporánea de la historia de la ciudad, la describe, la sopesa y la asimila como el lugar donde le ha tocado vivir.

Es también como una autobiografía precoz: el autor describe su desarrollo existencial y los cambios que experimenta; desarrollo y cambios que también ocurren en la ciudad: urbanización, emigración, desempleo, modernización, industrialización, transculturación, desorden, caos. Cambios turbulentos que experimenta la ciudad y quienes la habitan.

Autor y ciudad están retratados en este libro; personajes, cantinas, mercados, plazas, inundaciones y anécdotas.

Villahermosa, peligro para caminantes, es una invitación para leer esta ciudad, para gozarla y disfrutarla, nada más. Lo demás es historia o literatura.

Manuel Martínez Caraveo



CNCA

es, no es un libro de viaje; es de estancia.